

MORRIS VENDEN

*Es Difícil
Perderse*



ES DIFÍCIL PERDERSE

Autor: Morris Venden Año: 1991

jesusyyo.com

CAPÍTULO 1: ESPERANZA PARA EL DESCARRIADO	3
CAPÍTULO 2: ES DIFÍCIL PERDERSE	10
CAPÍTULO 3: BUENAS Y MALAS NOTICIAS	18
CAPÍTULO 4: LA IGLESIA QUE ENFERMA A DIOS	24
CAPÍTULO 5: DE TIBIOS A CALIENTES	30
CAPÍTULO 6: NIETOS DE DIOS	36
CAPÍTULO 7: LA RELIGIÓN PREVENTIVA.....	43
CAPÍTULO 8: MÁS RELIGIÓN PREVENTIVA.....	50
CAPÍTULO 9: PESQUEMOS A LA DERECHA DEL BOTE	55
CAPÍTULO 10: SOLAMENTE JESÚS	60
CAPÍTULO 11: LA VIDA, SIN JESÚS, ES UN DESPERDICIO	68

CAPÍTULO 1: ESPERANZA PARA EL DESCARRIADO

El pastor recibió una nota que decía: "¿Qué puedo hacer, ya que me he apartado de la iglesia? Quiero volver desesperadamente, pero ¿Cómo? He fracasado muchas veces, y el deseo de intentar de nuevo es cada vez menor. Predique sobre esto, pastor, y por favor, ore por mí". Esta nota representa la condición de miles de miembros de iglesia. Algunos de nosotros somos más o menos sensibles frente a peticiones como ésta, porque entre los apartados, se encuentran algunas de nuestras personas favoritas. Muchos de los que se consideran perdidos, probablemente serían los cristianos más genuinos y consagrados, si tan sólo entendieran el Evangelio. Con seguridad, Dios es muy paciente con aquellos que nunca supieron de qué se estaban apartando.

Cuando una Iglesia empieza a escuchar sermones relativos a las buenas nuevas de Jesús y su justicia, sus miembros se conmueven. Cuando exaltamos ante otros la bondad de Jesús en lugar de la nuestra, los oyentes nunca más son los mismos. Se inclinan hacia una u otra dirección.

Lo inexplicable de esto, radica en que entre los primeros que parecen sobresaltarse, están los portaestandartes: los miembros fieles de la iglesia, mientras que los que muy a menudo se muestran realmente interesados, son los aparentemente más liberales: los de adorno exterior, los que se muestran un tanto descuidados con algunas de las tradiciones paternas. Esto podría provocar insomnio a cualquier predicador, a menos que recuerde que Jesús fue acusado de ser amigo de publicanos, borrachos y pecadores. ¡Por lo visto, aquellos eran algunos de sus personajes favoritos! Hay un hecho que resulta doloroso. Es posible que una persona sea miembro de iglesia, y lo sea por muchos años, con el fin específico de huir de una relación con Jesús. Y por supuesto, la iglesia más cómoda para este tipo de personas es aquella que les dice que pueden hacer muchas cosas para ganar su entrada en el Cielo, y donde al mismo tiempo, aprenden a depender menos de Cristo. De ahí que las religiones que basan sus creencias en formas externas resultan más atractivas para los inconversos. "Dame algo que hacer, para no tener que admitir que no puedo hacer nada para lograr mi salvación". Este parece ser el lema de quienes huyen de Dios, pero quieren seguir manteniendo una apariencia de religión.

Lo menos que podemos esperar, es que los que permanecen en la iglesia huyendo de Dios, uno por uno, puedan ver algo mejor, puedan caer sobre la Roca y ser quebrantados, y que también uno por uno de los liberales empiece a conmoverse y cambiar su estilo de vida cuando escuchen el evangelio. Porque Jesús nunca hace su morada en un individuo, sin escribir su Ley en su corazón. Así es. Siempre que se exalte la justicia de Cristo, la gente se dividirá en dos bandos.

Algo que sucederá cerca del fin, poco antes de la venida de Cristo, será que muchos de los que se apartaron regresarán a la iglesia, y muchos de los de la vieja guardia, irán a engrosar el grupo de los perdidos.

En Jeremías capítulo 3, encontramos el mensaje dirigido a los rebeldes, y probablemente sea aquí donde más se use esta palabra en un determinado capítulo. Vamos a analizar especialmente los versículos 12 al 15, y 22 y 23:

"Ve, y clama estas palabras hacia el norte, y di: Vuélvete, oh rebelde Israel, dice el Eterno. No haré caer mi ira sobre ti, porque soy compasivo, dice el Eterno, no guardaré para siempre el enojo. Reconoce tu culpa. Te has rebelado contra el Eterno tu Dios. Has esparcido tus favores a dioses extraños debajo de todo árbol umbroso, y no me has obedecido, dice el Eterno. Convertíos, hijos rebeldes, dice el Eterno, porque Yo Soy vuestro esposo. Y os tomaré uno de cada ciudad (esto es, de una familia de ciudades), y dos de cada familia, y os introduciré en Sion. Y os daré pastores según mi corazón, que os apacienten con conocimiento e inteligencia."

El versículo 22 dice: "Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones". ¿Te gustan las promesas de la Biblia? Esta es una de ellas: "Sanaaré vuestras rebeliones".

“Aquí estamos, venimos a ti, porque tú eres el Eterno nuestro Dios. Ciertamente vanidad son los collados, la multitud de los montes. Ciertamente en el Señor nuestro Dios, está la salvación de Israel”. (Versículos 22, 23).

HAY DIFERENTES TIPOS DE DESCARRIADOS

Ahora encontraremos una definición. ¿Quién es un perdido? Es posible, que a veces consideremos perdidas a personas que no lo están. Y viceversa, que pensemos que nosotros no estamos perdidos, y lo estemos.

El descarriado legalista. Es posible que un descarriado legalista, se haya criado en el seno de una familia que profesa una religión legalista, orientada hacia la conducta o el comportamiento, pero que se ha apartado de ella. Según la lógica y la razón, y sabiendo cómo es el carácter de Dios, él es muy paciente con este tipo de descarriados. Hay personas que se apartan de la fe, porque se educaron bajo un sistema académico legalista. Sin duda, Dios trata a esas personas con una gran comprensión. Y es muy posible que haya personas que se apartan de una congregación legalista. Si la religión que ellos conocen consiste en "haz esto", "no hagas aquello" y normas y reglamentos (si sabe bien, no lo comas, si luce bien, no lo mires, si parece bueno, no lo toques, y si parece divertido, por favor, no lo hagas), entonces podemos entender por qué hay tantos de los así llamados perdidos.

Hay quienes argumentan que ellos se apartaron de la iglesia, no de Dios. Esto crea un verdadero problema, porque de acuerdo con la Biblia, ambas realidades son inseparables. En 1era Corintios 12, dice que es imposible que un miembro del cuerpo viva separado del resto del cuerpo. Si le cortas la cola a una lagartija, es posible que le crezca de nuevo, pero esa cola jamás se convertirá en otra lagartija. Disfrázalo como quieras, pero la persona que se aparta porque se desanima de la iglesia, de su familia, o de una escuela, invariablemente se enfriará y le resultarán indiferentes las cosas de Dios. Nadie puede vivir mucho tiempo separado del cuerpo. Hay personas que encuentran ayuda en un cuerpo místico de creyentes fuera de la iglesia organizada, pero la Biblia habla tanto del cuerpo místico, como del organizado. Ambos están comprendidos en 1era Corintios 12.

De manera que tropezamos con personas que se apartaron de la iglesia, y que nunca tuvieron la intención de alejarse de Dios. Pero allá afuera hace frío, y se sienten sus efectos. Quizás esto no fuera del todo malo, si esa experiencia despertara en ellos el deseo de sentirse de nuevo partícipes del calor de adentro. Hay quienes me han dicho que pensaron que la Iglesia era fría, pero con asombro descubrieron que afuera hacía mucho más frío.

El descarriado "pecador descarado". Otra clase de "perdido" es aquel que se parece a David, que se desvió de la pureza al pecado descarado, aunque siempre permaneció en la iglesia. De hecho, inunca dejó de ser rey! Por lo tanto, es posible apartarse en términos de conducta, comportamiento y hechos, lo cual podría ser simplemente un síntoma, de que la perdición se efectúa en el mismo corazón. Por fortuna, también hay esperanza para esta clase de personas, como la hubo para David. Y la esperanza se hizo realidad cuando vio su necesidad, como lo evidencia el Salmo 51.

El descarriado "pródigo". Tenemos también al extraviado que ha estado siempre cerca del Padre, que ha disfrutado de su amor y sabe que es bueno. El hijo pródigo es el ejemplo clásico de esta clase de personas. Si buscas en la Biblia casos de perdidos, debes incluir al hijo pródigo,

¿no es cierto? En este relato es difícil encontrar una falta en el Padre. Jesús contó esta

historia para que sepamos cómo es Dios realmente. El Padre del relato es el mismo Dios. Así que no podemos decir que el hijo pródigo creció en un hogar legalista, y que tuvo buenos motivos para apartarse. Él venía de una familia bien constituida, pero decidió apartarse. De manera que lo ves un día andando por la calle, en compañía de la tercera parte de los ángeles del cielo.

Pero un día, el hijo pródigo recapacitó, recordó el amor de su Padre, decidió volver y fue recibido en casa. Contrariamente a su idea de regresar como un sirviente, fue recibido nuevamente como hijo, porque él seguía siendo un hijo. Los hijos siguen siendo hijos aunque se extravíen. El pródigo recibió la bienvenida, sin siquiera haber confesado su falta. El beso del perdón y los abrazos del amor sobrepusieron al intento inútil de disculparse con un "discursito", lo cual comprueba que Dios acepta a la persona que se allega a Él, con sus andrajos, tal como es.

ANATOMÍA DEL REBELDE

Veamos la anatomía del rebelde. ¿Cómo se extravía la persona? ¿Por qué lo hace?

La infidelidad empieza en el corazón. Según Proverbios 14:14, toda desviación empieza en el corazón. "El infiel se hastía de sus caminos, pero el hombre de bien estará contento del suyo". Nota que no dice que el infiel está hastiado en sí mismo, sino de sí mismo (de él). Los caminos del hombre bueno son satisfactorios porque su bondad proviene de Dios, pero los caminos del infiel le producen hastío al final, llega a sentirse "hasta la coronilla", como decimos, harto de sus propios caminos.

Lo que aquí queremos enfatizar es que todo extravío empieza en el corazón. Y puesto que es así, sucede donde más importa. La persona puede sufrir una herida en casi cualquier parte del cuerpo, y sin embargo, puede que se trate sólo de heridas leves y comunes, pero una herida en el corazón es como mil heridas en cualquier parte del cuerpo.

Supongamos que voy al médico y le pregunto cuál es mi problema, y él me dice:

-Usted no tiene ningún problema en sus extremidades. Hasta su cabeza está bien, pero tiene un problema en el corazón.

Yo reacciono y digo:

-¿Mi corazón? ¡Eso es lo principal!

Lo mismo sucede en la vida espiritual. Un corazón herido es lo "principal". Por supuesto, cuando la Biblia habla del corazón, se refiere a la mente, fuente de las emociones y acciones. Y para empezar, esto es algo que no ignoras. Puedes hallarte en la senda de la perdición, y sin embargo nadie lo sospecha, ni siquiera los miembros de tu propia familia, tu iglesia o tu comunidad. Pero allá, en el fondo de tu corazón, sabes que algo anda mal, que por decisión propia, estás teniendo cada vez menos interés en la oración, y menos deseos de estudiar la Palabra de Dios. Hasta te cuesta orar al acostarte. Por supuesto siempre encontrarás una buena excusa para no hacerlo. Algunos la consideran una rutina enferma. "¿Por qué no orar antes de atravesar la puerta?" o, "Yo me mantengo en contacto con Dios durante el día". De hecho, muchos de los perdidos encuentran buenos y justificables motivos, para hacer o dejar de hacer tal o cual cosa, mientras prosiguen su camino descendente.

Descubres que es muy fácil descuidar las cosas espirituales y los deberes personales, tanto dentro de la iglesia, como en la casa en el seno de la familia. Te das cuenta poquito a poco, de que muchas de las cosas pequeñas, por simples que sean, van desapareciendo una por una de tu vida. En otro tiempo, ocupaban un lugar especial en tu vida, pero ahora todas van desapareciendo gradualmente, paso a paso.

El deslizamiento es siempre hacia abajo. Nadie se desliza hacia arriba.

¿Has intentado hacerlo alguna vez? Siempre es cuesta abajo. Ya fuera en el patio de recreo cuando éramos niños, o descendiendo una montaña, siempre es hacia abajo. Uno se extravía con suma facilidad y sin esfuerzo, sin que uno mismo ni los demás lo sospechen. ¡Cuán fácilmente sucede! Por ejemplo, nadie planea jamás tener un accidente. Un accidente simplemente sucede. ¿Has ido manejando alguna vez por las calles, mientras pensabas en los accidentes que ocurren a las demás personas? Y te dices: "nunca tendré uno de esos accidentes, porque soy equilibrado, porque hago esto y lo otro, y manejo con sumo cuidado". No, los accidentes automovilísticos suceden en forma tan inesperada, que cuando nos toca, tenemos que admitir que un accidente es un accidente.

Cierto día caminaba por el pórtico aún no terminado alrededor de mi casa, sin temor, y pensando "debo terminarlo, porque uno de estos días estas tablas sueltas van a provocar un..." Y al instante sucedió precisamente eso. Cuando uno se cae entre dos tablones de 5 por 24 centímetros, separados el uno del otro por 40 centímetros, y uno tiene poco más de esa misma medida en el centro, se da cuenta que deslizarse y resbalarse siempre ocurre hacia abajo. ¡Y tanto lo uno como lo otro puede ser realmente doloroso! ¡Y en esto tampoco se requiere el ejercicio de la voluntad!

A veces, nos confundimos al tratar de entender el lugar que ocupa el esfuerzo en la vida cristiana. Me gusta comparar la vida cristiana con una montaña congelada. Es como tratar de subirla, cincelandos escalones con un hacha para hielo. También se requiere estar atado al guía, porque de lo contrario, caeríamos en las grietas. No sucede de otro modo. Y todo lo que hay que hacer para deslizarse, es dejar de subir, e inmediatamente resbalamos cuesta abajo.

Todo sucede poquito a poco. Ahora bien, el sendero descendente ha sido construido por Satanás mismo. Y él es lo suficientemente inteligente, como para saber que ningún ingeniero capaz intentará construir una carretera que descienda por un farallón. Nadie que esté en su sano juicio, traza un camino desde la cumbre hasta el pie de una montaña, en línea recta. Él sabe que si alguna vez pudiera construirse un camino semejante, nadie viajaría ni transitaría por él. De manera que el camino descendente en la vida cristiana siempre es serpenteante y con curvas. Ahora bien, si miras hacia la derecha, apenas notarás la inclinación hacia abajo. Si miras hacia la izquierda, la inclinación es un poquito más pronunciada. Y entonces sigues alrededor de la curva cerrada, y así continúas. Nunca olvidemos que el enemigo no arrastra a la persona de las alturas a las profundidades, de una sola vez. Siempre lo hace paso a paso, poco a poco, lentamente, tanto es así, que apenas se nota al principio. Pero el camino se vuelve más empinado, a medida que se desciende.

Nunca he sabido que nadie, al despertar por la mañana, piense: "Bueno, hasta aquí llegué. Hoy me convertiré en un infiel". No, el descenso espiritual se produce como en el caso de una crónica y larga enfermedad. Y no se sabe cómo ocurre en cada caso particular. La anatomía de un descarrío, en términos de deslizamiento, probablemente sea imposible de trazar. Pero te das cuenta, tarde o temprano, de que algo anda mal, que te has enfriado.

La persona puede pasar de una vida ordenada a otra descuidada. Puede pasar de una vida descuidada a la indulgencia de la carne. Puede ir desde la indulgencia en las cosas pequeñas hasta un pecado conocido, y puede moverse entre un pecado y otro, hasta finalmente sumergirse en la inmundicia. Si te percatas de que sigues a Jesús de lejos, permíteme decirte que antes de mucho, estarás negando a Dios, como le ocurrió a Pedro. Así sucede siempre.

HAY ESPERANZA PARA LOS DESCARRIADOS

Veamos primero el papel de la esperanza. ¡Te aseguro que la Biblia tiene esperanza para el que se ha apartado! Para empezar, veamos mi texto favorito, Miqueas 7:18: "¿Qué Dios como tú,

que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia".

¿En qué lugar de la Biblia dice que Dios se deleita en la justicia? ¿En qué parte de la Biblia dice que Dios se deleita en la sabiduría o el poder? Pero aquí dice que se deleita en la misericordia. ¿No es esto una buena noticia? Él es sufrido, es paciente. Si fuera solamente un Dios de justicia, no habría esperanza para ninguno de nosotros. Pero una cruz solitaria plantada en una colina pública testifica que Dios todavía se deleita en su misericordia. Él se deleita en mostrar misericordia al peor de los pecadores. Y nuevamente, el hijo pródigo es un buen ejemplo. Su hermano mayor se deleitaba en la justicia, pero su padre se deleitaba en la misericordia.

Dios también muestra su misericordia hacia el cuerpo descarriado. El pueblo de Israel es un buen ejemplo de ello. Si usted duda alguna vez, en cuanto a cómo trata Dios la infidelidad y a los perdidos, todo lo que tiene que hacer es mirar al pueblo de Israel. No se trata de que estuvieran un día arriba y otro abajo. Su problema era siempre el mismo: persistir en sacrificar a los ídolos, y repetir esa rutina año tras año, por cientos de años, hasta sumar milenios. Finalmente vemos al Dios-Hombre, sumido en profunda tristeza mientras cabalga en un pollino, diciendo entre lágrimas: "He aquí vuestra casa os es dejada desierta". (Mateo 23:38). Pero él siguió enviando su mensaje de amor a individuos de esa misma nación, año tras año, y todavía lo sigue haciendo. Si usted quiere saber cómo se siente Dios, y cómo trata a los perdidos, no se olvide del pueblo de Israel.

Jeremías nos da la clave en cuanto a lo que Dios permite, para ayudar al perdido a volver. "Tu maldad te castigará, y tu infidelidad te condenará". (Jeremías 2:19).

¿Has visto alguna vez a un descarriado conocido tuyo, u otra persona, que llega a un punto en su vida cuando se encuentra a sí mismo, y decide regresar al redil? Quizás pensó que su vida sería como un gran carnaval, pero irónicamente, ésta se le tornó amarga. ¿Ha conocido o conoce a personas que se sienten enfermas y cansadas de llevar una vida miserable, porque ésta, después de todo, se ha convertido en un bocado nauseabundo, y estaban hastiados de pecar, de la transgresión y la disipación? Sí, sucede a veces. Pero lo hermoso de todo esto, es que cuando el infiel llega ese punto crucial, muchas veces Dios está allí, influyendo en la conciencia de la persona.

Veamos Jeremías 3:3, donde encontramos otra manera como Dios nos ayuda a entender. "Por eso las lluvias han sido retenidas, y faltó la lluvia tardía". Probablemente veamos cómo se aplica esto a la iglesia actual, y obviamente, al individuo en particular. Hay sequía. El sol abraza. Ha desaparecido el gozo, no más arroyuelos murmurantes. Los pájaros dejaron de cantar para el cabizbajo, lleno de culpabilidad y remordimiento. El mismo Dios lo perseguirá impidiendo la lluvia y otras bendiciones. Sucedió en los días de Elías.

De manera que hay factores que contribuyen al retorno del extraviado. Su propia necedad lo tiene aprisionado, y el mismo Dios lo corregirá. Pero ¿con qué propósito? Sólo con el fin de ayudarlo. Sólo con el propósito de sanarlo. "El que peca debe dolerse, y especialmente si se trata de un hijo de Dios. Porque el Señor ha dicho a su pueblo: 'De todos los pueblos de la tierra, sólo te reconozco a ti, por lo tanto, te castigaré por tus iniquidades'. Cualquiera puede no ser castigado, pero nunca el hijo de Dios. El Señor permitirá que sus adversarios hagan miles de cosas sin ser castigados, ya que ellos sólo pueden prever el juicio venidero. Pero en lo que se refiere a sus propios hijos, ellos no pueden pecar sin ser visitados con azotes". (Charles Spurgeon, Metropolitan Tabernacle Pulpit, tomo 42, págs. 73-81)

Aquí, el caso de David es oportuno. Su grave pecado produjo un escándalo, y pronto su hijo Amnón lo emuló en la iniquidad. Pero Dios no tuvo la culpa de esto. Se trataba simplemente de la ley de la siembra y la cosecha, y Dios no podía hacer nada para impedirlo. David asesinó a Urías hitita, y Absalón, su hijo, asesinó a su propio hermano Amnón. David se rebeló contra Dios, y Absalón

contra su padre. David perturbó la relación familiar de otro hombre, y su propia familia fue desgarrada, y nunca más disfrutó de paz. Él fue saturado de su propia indignidad.

Quizás viene bien una advertencia. Si pensamos que apartarse de los caminos de Dios no trae consecuencias, estamos equivocados. Al que piensa, "creo que me voy a apartar o a pecar, porque la gracia puede sobreabundar", le decimos que la rebelión siempre cuesta caro. No existe pecado sin consecuencias. ¡Nunca ha existido! La ley de la siembra y la cosecha dice que todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Y cosechará, ni más ni menos, lo que sembró. La misma ley también dice que uno cosecha más de lo que siembra. Pero es maravillo saber que Dios continúa a nuestro lado, aun cuando estemos cosechando tristes resultados. Hay esperanza eterna para aquel que escucha las amorosas palabras de Dios, que nos dicen hoy: "Convertíos, hijos rebeldes, y sanaré vuestras rebeliones". (Jeremías 3:22)

Veamos ahora Jeremías 3:12 y 22, porque allí encontramos una aplicación del término errar que es muy significativa para nuestra consideración. "Vuélvete, oh rebelde Israel". "Convertíos, hijos rebeldes". Estas palabras están dirigidas a los rebeldes. No dicen, "regresa, penitente". No dicen, "regresen aquellos que han cambiado su vida y sus hábitos". No dicen, "regresen los que descubrieron que ahora resulta fácil esforzarse". No dicen, "regresen los que de pronto se han vuelto especialistas en eso de conducirse y actuar de la manera correcta". Dicen, "¡convertíos hijos rebeldes!" Y ésta es la única manera de que un rebelde verdaderamente pueda volver... como un descarriado. ¿No es cierto?

Obviamente cuando Dios nos pide que volvamos a Él, espera que lo hagamos con toda nuestra miseria. Notemos que no dice "ahora que cambiaste, te aceptaré". Antes bien, Dios te acepta tal como eres. Notemos también que no dice: "Cura tus heridas, y entonces vuelve a mí". Sino que dice: "Vuélvete a mí, con todas tus heridas infectadas, y yo te restableceré". Veamos, entonces, que si hay alguna esperanza para los perdidos, tiene que ser dentro del concepto de que Dios es el que hace la obra y sana. Tal parece, que muchos pecadores piensan que primero deben mejorar, y entonces acudir a Cristo. Una idea tal carece de fundamento. Se nos invita a ir a Él, tal como somos, carentes de toda bondad, virtud o esperanza. Se nos invita a ir a Cristo, sin importar cuál es nuestra condición.

Alguien podría objetar diciendo, que todos lo que sean rescatados deben creer en Jesús y arrepentirse de sus pecados. Así es. Pero ello no significa que usted deba empezar la obra de su salvación, y dejar que Él la termine. Acuda a Él sin nada. Acuda a Él con sus harapos, tal como es, y crea en ese Dios que justifica al impío. Acuda a Aquel que dice "no he venido a llamar a justos sino a pecadores". (Marcos 2:17). Inclinémonos con humildad, ante Aquel que lanza rayos desde el Sinaí al rostro de toda persona que se auto justifica (un santurrón), pero que ilumina con los suaves fulgores del Calvario, para guiar a todo verdadero y humilde pecador al puerto de paz y amor eternos.

Dios es el que sana. Nosotros no nos sanamos a nosotros mismos, ni siquiera en el plano físico, tampoco pueden hacerlo los médicos. Y eso mismo sucede en el ámbito espiritual. De ahí que la promesa en Jeremías es tan hermosa: "Yo te restableceré". Todo lo que nosotros podemos hacer es volver a Él.

¿Cómo podemos hacerlo? Obviamente, no es tratando de cambiar nuestros hábitos. Es acudiendo a Él, tal como somos. Si piensa que su esperanza se está desvaneciendo, ármese de valor otra vez, porque él dice: "Yo te restableceré". Si usted está leyendo estas líneas, entonces está acudiendo a él. Si está escuchando su Palabra, entonces está retornando a Él. Si se acerca a Él, en oración, está volviendo a Él. Usted no podrá cambiar su estilo de vida, pero puede decidir ponerse bajo la influencia santificadora de la Palabra de Dios. ¡Y Él le dice hoy: "Yo te restableceré!"

¿Cree que hay esperanza para los impíos? ¡Por supuesto que sí! Dios los ayuda a arrepentirse. Lo único que nos pide es que reconozcamos nuestra pobre condición, y nos

deshagamos de nuestra justicia propia y nuestros vanos esfuerzos. Estas son las dos únicas condiciones que debemos cumplir antes de poder convertirnos. Y el mismo Dios estará allí para ayudarnos.

Dejemos de depender de nuestras propias virtudes y de nuestras propias fuerzas.

Hay otra frase que se destaca en este capítulo: "YO SOY vuestro esposo". (Jeremías 3:14). Es sumamente interesante que Dios le diga esto a Israel. Evidentemente, se necesita mucho tiempo para divorciarse de Dios, muchísimo más de lo que se necesita para divorciarnos los unos de los otros. Cuando Dios dice que está casado con nosotros, lo dice valiéndose de casos como el de Oseas. Los teólogos todavía no se han puesto de acuerdo, si el caso específico de Oseas es una alegoría, o se trata de un hecho real. El profeta se casó con una ramera que lo abandonaba vez tras vez, pero aun así seguía casado con ella. En cierta ocasión, la compró en un mercado de esclavos. La perdonó y la aceptó. Usted puede leer la historia en el libro de Oseas. Y en Jeremías dijo lo mismo: "YO SOY vuestro esposo". Es obvio que Israel tenía poco o ningún compañerismo con Dios. Todo lo que el pueblo conocía y veía era acerca de Baal y del altar de piedra erigido en el Monte Carmelo, y de la adoración de ídolos entre los árboles y los bosquecillos verdes. Pero Dios les dijo: "Sigo casado contigo, y aún te amo y acepto".

Cierta vez leí el caso de una esposa, quien poco después de casarse, fue abandonada por su esposo. El hombre se trasladó a una ciudad distante para hacer fortuna y le dijo se comunicaría con ella. Pasaron cuarenta años y él se hizo rico. Pero dilapidó su fortuna. En todos esos años, ella recibió sólo una carta de él. Pero finalmente él supo que ella lo seguía esperando, y aunque estaba muy enfermo y en bancarrota, volvió a su antiguo hogar. Ella lo recibió con alegría, lo atendió en sus últimos días, y le prodigó todas las atenciones, cuidados y consuelos, hasta donde pudo. En mi opinión, ieste hombre merecía que lo ahorcaran! Y hasta creo que la horca habría sido demasiado benigna para él. Y entonces supuse que ella estaría enferma de la cabeza. ¡Pero no era así! Probablemente pocas veces escuchemos casos semejantes en este mundo de pecado, pero éste, en particular, representa el caso de Oseas y Gomer: de Dios y su pueblo, de la iglesia y usted. Él sigue amándonos. Él nos sanará.

Es probable que alguien piense que ha cometido el pecado imperdonable y diga: "He ido demasiado lejos". Pero recuerde que el mismo pasaje del cual extraemos los textos sobre el pecado imperdonable, Mateo 12, también dice: "Todo pecado y blasfemia serán perdonados a los hombres". (versículo 31). El único pecado que Dios no puede perdonar es aquel que no reconocemos ni confesamos. Es entonces cuando el Espíritu Santo llega a guiarnos.

Un día, Jesús dijo con los brazos extendidos: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (Lucas 23:34). Hasta el hijo pródigo que había planeado su vida de pecado, fue perdonado. Dios ha provisto la salida para toda suerte de infieles. No deje que el enemigo aproveche la ocasión para derrotarlo. No permita que lo conduzca a la desesperación. Hay esperanza, hay consuelo y hay ánimo para todos, hasta para usted y para mí. Amén.

CAPÍTULO 2: ES DIFÍCIL PERDERSE

Algunas piensan que la ruta de la perdición es cuesta abajo hasta el final, pavimentada de hielo, y todo lo que la persona tiene que hacer para perderse, es deslizarse por ella fácilmente. Pero si creemos lo que la Biblia enseña en 2 Pedro 3:9, no podemos aceptar este enfoque popular: "el Señor... no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento".

Dios mismo dio todo el cielo en su Hijo, la ofrenda más valiosa de todas. Dios está resuelto a usar todos los recursos del cielo, a fin de que nadie se pierda. Y si él es la Fuente de todo poder en el cielo y en la tierra, entonces no dudemos, Dios ha dificultado la vía de la perdición, pero a la vez ha facilitado la de la salvación. Él hará todo lo posible por salvar a la persona, pero nunca forzará su voluntad, porque él respeta la individualidad y el derecho sagrado de elegir.

Cuando el sabio Salomón dijo que el camino del transgresor es duro, él debe de haber comprendido en primer lugar la naturaleza del Dios que nos creó. Nuestro Señor cuida de cada persona nacida en este mundo. Él es quien mantiene nuestro corazón latiendo en este mismo momento. Dios nunca nos ha culpado por haber nacido en este mundo de pecado. Él sabe que nacimos pecadores, y que lo somos por naturaleza. Y Él ha hecho toda provisión necesaria para nuestra salvación.

Pero algunos piensan que la desigualdad es demasiado grande, que lo único que les queda, es aceptar la premisa de que algunos han nacido para servir de combustible a los fuegos del infierno, y entre ellos me encuentro yo.

Cierta vez me tocó visitar a una anciana elegante y sofisticada, que tenía casi ochenta años. Asistía fielmente a la iglesia y siempre estaba presente en el culto de oración. Después de conversar un rato con ella, me pareció que todo marchaba bien, y me dispuse a salir. Al despedirme, le dije:

-Hermana, ¿hay algo que pueda hacer por usted como pastor, para ayudarla y animarla?

-Sí, sí puede; ayúdeme a olvidar un poquito todo este asunto de Dios, de la fe, de la Biblia y de la religión, contestó ella.

-¿Qué trata de decir? -inquirí.

-Por años he tratado de olvidarme de Dios, de la iglesia, de la Biblia y del Espíritu Santo, y no he podido - replicó la hermana. Me imagino que soy una criatura habituada. Así me criaron mis padres. Voy al culto de oración, pero no puedo soportarlo. Quisiera no ir. Y casi llorando me rogó que la ayudara a salir de ese terrible dilema.

Me apresuré a explicarle, que ayudar a la gente a apartarse de la iglesia, no era parte de mi trabajo. Pero desde entonces he pensado muchas veces en esa experiencia. ¡Qué pedido tan trágico, aunque ejemplifica la verdad de que es muy difícil alejarse de Dios! Quizás en su caso se trataba solo de un hábito, pero debe de haber habido Alguien superior obrando en su vida. Me gustaría creer que Dios ha hecho todo lo posible por colocar obstáculos insalvables, piedras de tropiezo y dificultades en el camino de los que escogerían la ruta de la perdición, haciendo todo lo posible para evitar que se pierdan.

Vamos a considerar juntos siete u ocho de estos grandes impedimentos. Espero que cada vez que usted escuche el texto: "El Señor no quiere que nadie perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento", recuerde algunas de estas barreras y obstáculos colocados por Dios.

Imagino que los primeros cuatro impedimentos serían normalmente aceptables, en los países más o menos religiosos, entre gente que ha tenido la oportunidad de verse confrontada con

el Evangelio, y hasta entre aquellos que tienen muy pocos antecedentes religiosos.

1. LA BIBLIA

El primer gran impedimento que la persona tendría que eludir para poder perderse, sería el obstáculo que representa la Palabra de Dios. Los escépticos e infieles han tratado por siglos de deshacerse de la Biblia, pero este Libro sigue siendo todavía un éxito de librería. Puede que no sea el mejor leído, pero sigue encabezando la lista. La Biblia viene en todos los colores, formas, tamaños y versiones. Si usted no tiene un ejemplar, acuda a cualquier oficina de la Sociedad Bíblica Latinoamericana, e incluso puede conseguir una gratuitamente. La Biblia está en todas partes, y todo aquel que quiera deshacerse de ella, tendrá que realizar una tarea monumental.

Es cierto que la Palabra de Dios "permanece para siempre". (1 Pedro 1:25). Es posible que algunos piensen que sigue siendo a todas luces un impedimento fácil de vencer, puesto que para muchas personas, la Biblia con su sola presencia, sigue siendo un poderoso factor disuasivo, aunque nunca se abra.

Hace algún tiempo fui con mi hermano a cierta ciudad, con el fin de celebrar unas reuniones evangelistas. Allí nos pusimos en contacto con el administrador de un auditorio con doble capacidad. Había dos salones en el mismo edificio, separados por un vestíbulo, con dos entradas, la una frente a la otra. Existía la posibilidad de alquilar uno de ellos. En el otro se realizaban bailes tres noches a la semana. Consideramos el asunto, y finalmente decidimos correr el riesgo y alquilar el salón disponible, a pesar de los bailes que se llevarían a cabo al otro lado del vestíbulo.

¡Hasta pensamos que podríamos repartir volantes, anunciando las conferencias a la entrada del salón de baile! Sin pensarlo dos veces, el administrador nos dijo: -Lo siento. No les puedo alquilar el otro salón.

- ¿Por qué? ¿No está disponible?

-Sí, dijo, pero cuando la gente venga al baile y vea a otros entrar con Biblias en las manos, eso arruinará la fiesta. Así que nos fuimos de allí un tanto frustrados.

Una pareja, al entrar en un motel de cierto lugar, con el fin de "divertirse" ese fin de semana, encuentran una Biblia en la mesa de noche. Me atrevo a asegurar que habrán tenido que esconder la Biblia, si se propusieron transgredir los mandamientos de Dios. Sí, a pesar de los intentos de hacerla desaparecer, la Biblia permanece.

2. LOS SERMONES EVANGÉLICOS

La segunda gran barrera que la persona tendrá que salvar, para poder perderse, son los sermones que haya escuchado en su vida. El apóstol Pablo habló de esto. Él mencionó la necesidad de la predicación (véase 1 Corintios 1:21), y se dio cuenta, que si bien ella podría parecer absurda en varios sentidos, con todo, Dios la escogió para salvar a los perdidos.

Cuando era joven, escuché sermones difíciles de olvidar, sermones que conservo todavía en mi mente, a pesar de los años transcurridos. ¿No le pasa a usted lo mismo? Recuerdo que fui a estudiar un verano en la Universidad de California, campus de San Francisco. Más tarde, cuando regresé nuevamente a una universidad cristiana y escuché la exposición de la Palabra de Dios, me di cuenta de lo que mucho que había perdido, al haber escuchado sermones evangélicos durante ese verano en una institución secular.

Cierta vez, escuché un sermón acerca de Jesús cuando él pasaba por el camino. Estaba basado

en la historia del ciego Bartimeo, que pedía limosnas junto a ese camino. Cuando escuchó que se acercaba una multitud, Bartimeo preguntó:

- ¿Qué sucede?

-Que está pasando Jesús de Nazaret.

Ahora bien, lo peor que le podía suceder a Bartimeo era que Jesús pasara de largo; por lo tanto, empezó a gritar: - ¡Jesús! ¡Hijo de David! ¡Ten misericordia de mí!

Mis amigos, yo no quisiera que Jesús de Nazaret pasara de largo frente a mí. ¿Y ustedes? Yo quiero que se detenga y se quede en mi vida, en mi casa, en mi iglesia. Yo no quiero que pase de largo. Si quiero perderme, tendré que olvidarme de esta frase. Pero el Espíritu Santo se encarga de recordármela. "Jesús de Nazaret está pasando por aquí".

Probablemente usted recuerde sermones que han hecho un impacto semejante en su vida. Por cierto, fue el sermón que Saulo había escuchado y la forma en que terminó, lo que dio lugar a su extraordinario encuentro con Dios en el camino a Damasco. Recordemos que Él se encontraba entre la multitud que apedreó a Esteban, y un poco antes había escuchado la predicación del mártir. Durante aquel discurso, los corazones de los oyentes fueron impresionados, incluso el de Saulo.

Cuando Esteban llegó al final de su sermón, miró hacia el cielo, comprendiendo que le quedaba poco tiempo, y vio a Jesús de pie junto al trono de Dios. ¡De pie! Jesús no iba a soportar la terrible escena. ¿Se imagina a Esteban viendo realmente a Jesús, que de pronto se levanta de su trono para estar a su lado, interesado, preocupado por él, en este momento crucial de su vida? Él dijo: "Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios". (Hechos 7:56)

Saulo no pudo olvidar esa experiencia. No pudo olvidar el sermón que pronunció Esteban, y la manera en que lo concluyó. Trató, pero no pudo. Ese recuerdo lo persiguió a lo largo del camino a Damasco, hasta que cayó al suelo, exclamando: "¿Qué haré, Señor?" (Hechos 22:10).

3. EL BUEN DISCERNIMIENTO

Pienso en otro gran impedimento que tendría que vencer la persona que quisiera perderse, y es la del discernimiento, el buen sentido común. Todos sabemos que lo que el mundo ofrece al final de la vida, no es en realidad demasiado impresionante. ¿Se ha puesto a pensar en las opciones? El cristiano dice: "Por la gracia de Dios, espero la vida eterna". El profano, que no tiene tiempo para la fe y la Biblia, dice: "Al final de esta vida, moriré, y permaneceré muerto y enterrado para siempre". Francamente, no me impresiona la oferta del secularismo. No me atrae. Creo que aceptaría cualquier otra cosa.

Me gusta la ilustración que una vez alguien me presentó. Supongamos que hay dos personas. Una de ellas cree en la vida eterna, en Dios y en la Salvación; pero la otra, no. Una cree que cuando muera, permanecerá en ese estado por mucho tiempo. Estas dos personas empiezan a hablar de la vida eterna, del cielo y del infierno, basándose solamente en la lógica y la razón. ¿En qué terminará la discusión?

Sería justo que admitieran que ninguno de los dos podría probar su punto de vista, como suelen los seres humanos probar las cosas. Yo no puedo probarle en un laboratorio científico o mediante algún experimento, que hay vida eterna. Esto es algo que hay que aceptar por fe. Pero tampoco usted, ni nadie, puede probarme lo contrario. ¡Ello también debe aceptarse por fe!

La fe sigue siendo el gran misterio, el gran enigma de la humanidad; y el interrogante que ocupa el primer lugar entre las cinco preguntas que más hacen los seres humanos, es este: "¿Hay vida

después de la muerte?"

Bueno, para ser justos, digamos que nos ponemos de acuerdo en que haya un cincuenta por ciento de probabilidad de que yo esté equivocado, y usted en lo cierto; y un cincuenta por ciento de probabilidad de que usted esté equivocado, y yo en lo cierto. Eso sería lo justo,

¿no cree? De manera que ambos disfrutamos hasta el final nuestras vidas, y descubrimos que usted tenía razón: No hay Dios, no hay vida eterna. Los dos morimos y nos entierran en el mismo lugar. ¿Está bien?

Pero al final de nuestras vidas, cierto día vemos una nube que se acerca a la tierra, y que súbitamente llena todo el espacio celeste, usted tendrá que admitir que yo estaba en lo correcto. Que hay vida eterna. Jesús ha venido y usted habrá perdido todo. El salmista dice: "Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría". (Salmo 90:12)

Por supuesto, el razonamiento acostumbrado será: "Sí, pero por ser religioso, usted se ha perdido toda la diversión que depara la vida". La idea común es que los cristianos nos pasamos la vida sentados en la iglesia, cantando himnos. Aunque la realidad es muy diferente, ¿No es cierto?, pero lo que sigue siendo verdad mientras dure la vida, es lo que dijo el sabio: que el camino de los transgresores es duro. En Isaías 1:18, leemos: "Venid y razonemos, dice el Eterno". Sorprende saber que usamos tan poco nuestro buen discernimiento y sentido común, cuando pensamos en el tiempo y la eternidad.

Una vez conocí a cierto hombre que fumaba cigarrillos, uno tras otro. Él me dijo: "Cualquier cobarde puede dejar de fumar. Pero se necesita ser verdaderamente hombre para afrontar el cáncer de pulmón".

¿Hay lógica en esto? No, porque este razonamiento se desbarata desde la primera palabra. Por cada cigarrillo que él encendió, tuvo que superar la gigantesca montaña del mejor discernimiento, que trataba de advertirle el peligro.

4. LA ORACIÓN INTERCESORA

El otro gran obstáculo que la persona con antecedentes religiosos tiene que vencer, si quiere perderse, son las oraciones intercesoras de sus amados. Y ésta es una barrera bastante difícil de superar.

Hubo una vez un hombre llamado Pedro, a quien Jesús amaba. Cierta noche, en el jardín, Pedro recordaba lo que Jesús había dicho poco antes. "Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte". (Lucas 22:31-32). "He orado por ti". Pedro no pudo olvidar esas palabras.

¿Le ha dicho alguien alguna vez que está orando por usted? ¿Qué le ha producido esto? ¿Lo hizo sentirse agradecido, o molesto? Hay algo que usted tiene que admitir, y es que no puede impedir que alguien ore por usted. Todo el mundo tiene el privilegio de orar por quien desee.

Hace algún tiempo, durante varias semanas, estudiamos en mi iglesia el tema de la oración, a la hora del culto de oración. Los miembros insistían con esta pregunta: "¿Puede una persona orar por alguien que esté a muchos kilómetros de distancia, y beneficiarlo aún si ese alguien no lo sabe?". Existe un enfoque moderno, según el cual la oración intercesora solamente tiene valor por motivos psicológicos; y por lo tanto, puede ayudar a la persona por quien usted ora, sólo si sabe que usted lo hace. Si no es así, de nada le valdrá.

Finalmente, llegamos a la conclusión de que únicamente podríamos encontrar la respuesta correcta en el laboratorio de la vida. La gente dijo: "¿Por qué no oramos por un caso imposible sin

que la persona lo sepa?"

Ese día precisamente se nos presentó un caso imposible. Se trataba de un obrero que había regresado del campo misionero; sentía que había sido maltratado en aquel lugar. El hombre había abandonado el servicio misionero; había dejado la iglesia; había abandonado la fe, y estaba amargado y sin esperanza. Alguien me pidió que lo visitara; y todo lo que hizo cuando llegué a su casa, fue insultarme. Después de haber hecho todos los esfuerzos para ayudarlo, sin ningún resultado positivo, me disponía a salir un tanto desanimado, cuando apareció su esposa y también procedió a insultarme. Cuando ya me iba, dijeron los dos: "Y no ore por nosotros".

Recuerdo que me dije a mí mismo: "Bien camarada, no te lo voy a decir". En el culto de oración esa noche, mencioné su nombre. Muchos de los presentes lo conocían. Acordamos que oraríamos por esa familia todos los días durante un mes, tanto en forma individual, como juntos en el culto de oración. También decidimos no decírselo a ellos. Se trataba de un pequeño experimento de laboratorio.

La primera semana de nuestro experimento, leímos en los periódicos que la casa de esta familia se había quemado. En la siguiente reunión de oración, pregunté: "¿Por qué están ustedes orando al fin y al cabo?"

A la siguiente semana, alguien informó que a este hermano le habían robado una pieza valiosa del equipo que usaba en su trabajo. ¡Durante ese mes le sucedieron muchas cosas a esa familia! Nos preguntábamos por qué. No nos lo podíamos explicar. Pero la última semana de ese mes, durante el culto de oración, la puerta de la iglesia se abrió, para dar paso a este hermano y a su familia. Los asistentes se quedaron estupefactos en sus asientos.

Yo no me lo explico. Ni conozco todos los motivos. Lo que sí sé, es que pudimos restablecer la comunicación con esa familia. Y endoso los resultados de ese experimento de laboratorio, por encima y sobre todos los análisis y especulaciones en cuanto a los hechos o la ausencia de ellos.

¿Ha descubierto usted que la oración cambia las cosas? Es muy difícil olvidar las oraciones de sus amados. Ellas son un impedimento tremendo, si usted quiere perderse.

5. LA CONCIENCIA

Los siguientes cuatro impedimentos se aplican a todos. Uno es el obstáculo de la conciencia. Juan 8:9 dice: "Acusados por su conciencia". Un grupo de hombres malvados querían apedrear a la mujer, pero su conciencia se lo impidió. En Romanos 2:14-15 dice que hasta aquellos que no conocen a Dios tienen conciencia. Es difícil definir lo que es la conciencia, pero usted sabe lo que es sentirse acusado por su propia conciencia.

Recuerdo que cuando tenía cuatro años, le mentí a mi papá. Más tarde, al observar a mis propios hijos de cuatro años, no pude entender cómo serían capaces de mentir a esa edad, ni mucho menos saber lo que significa la mentira. Pero yo recordaba aquella mentira claramente. Durante siete años mi conciencia me habló de ella. Cuando cumplí once años, finalmente una noche tuve que levantarme de la cama, ir al cuarto de mi padre, despertarlo y pedirle que me perdonara aquella mentira de hacía siete años. Nunca he olvidado la sensación de paz que inundó mi corazón en ese momento. Es sumamente difícil traspasar la barrera de la conciencia.

6. LAS DIFICULTADES

Pienso en otro gran obstáculo que tiene que vencer quien quiera perderse. Se trata de las tristezas y los problemas de la vida. No nos gusta la idea de usar a Dios, la fe y la religión como una escalera de escape. Pero ¿a dónde volvernos?

En cierta ocasión, Jesús preguntó a sus discípulos: "Queréis iros vosotros también". Muchos otros lo habían dejado.

Pero los discípulos contestaron acertadamente: "Señor, ¿a quién iríamos?" No hay adónde volverse. (véase Juan 6:66-67).

¿De dónde obtienen fuerzas los rebeldes para afrontar las tristezas, las dificultades, los dolores de cabeza, los chascos y las lágrimas de la vida, si no es de Dios? ¡Qué tremendo obstáculo para vencer!

Y el diablo se ve confrontado consigo mismo, cuando nos produce tantas tristezas y dificultades que nos llevan a nuestras rodillas. Si el enemigo fuera realmente inteligente y me dejara tranquilo y solo, ya hace tiempo me tendría de su lado. Pero él es tan tonto que opta por perseguirme y causarme dificultades, hasta hacerme caer sobre mis rodillas.

¿Ha tenido alguna vez esta experiencia? El enemigo no se contenta con lograr que la persona viva su vida apartada de Dios. Él quiere apartarnos y empujarnos hasta la cuneta. Pero en su esfuerzo por arrastrarnos a algunos de nosotros hacia abismo, nos impulsa a volver a Dios. Y Dios está allí. Él nos recibirá siempre y cuando pueda asirnos. Los problemas de la vida pueden hacer difícil que nos perdamos.

7. EL ESPÍRITU SANTO

Otra montaña gigante es el Espíritu Santo y su obra. En Juan 16:8, dice que él convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio. Ello incluye hasta a los paganos y salvajes incivilizados. No se necesita tener antecedentes religiosos para ser convencidos por el Espíritu Santo. El Espíritu de Dios toca los corazones de la gente en todas partes. Isaías 30:21 nos habla de aquella voz que susurra detrás de nuestras espaldas, diciéndonos a dónde debemos ir. El Espíritu Santo supo cómo atravesar el pellejo de una ballena y la mente de Jonás. ¿Cómo lo hizo? No lo sé. El Espíritu Santo sabe cómo permear y penetrar los lugares imposibles. Él no se da por vencido. Hasta cuando dormimos, sigue trabajando las veinticuatro horas del día.

Cuando consideramos las dificultades que implican la elección de perderse, debemos recordar el gran poder del Espíritu Santo.

8. EL CALVARIO

Y finalmente, la elevada cúspide de la montaña que surge a través del cielo azul, como una cumbre nevada, es una montaña que se asemeja a una calavera. En su cima hay tres cruces, y la del medio tiene sus amorosos brazos extendidos, para seguir alcanzando a las personas en todo lugar, diciendo: "Dios te cuida, Dios te ama". "El que no eximió ni aún a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él, también gratuitamente todas las cosas?" ¿Cómo se puede transponer el monte del Calvario?

Aun los paganos tienen una leve conciencia, de que uno tiene que morir para pagar la culpa del pecado. Desgraciadamente la idea exacta ha sido distorsionada. El enemigo ha hecho todo lo posible por obliterarla. Pero aun así, persiste la conciencia de que uno tiene que morir para pagar la culpa del pecado. Y el Evangelio empieza a penetrar los corazones de la gente en todas partes. La

historia de la cruz es un hecho imperecedero, un gran impedimento que vencer.

Hace varios años, en cierta universidad cristiana hubo un joven que estaba harto de Dios, de la fe y de la religión; así que un día se fue de la escuela y se unió a la marina de guerra. Su propósito era alejarse de Dios. Pronto empezó a asociarse con gente del más bajo nivel, que encontró en su camino. Trató de aprender a blasfemar. Trató de aprender a fumar y beber. Trató de hacer todo lo que los otros hacían, pero descubrió que no podía.

Después de tratar desesperadamente de ir en la dirección opuesta, cierta noche entró en un auditorio público en San Francisco, vestido con su uniforme de la marina, donde mi padre y mi tío celebraban reuniones evangelistas. Allí se acercó a ellos, y les dijo:

-No he podido lograrlo. He estado tratando de huir de Dios y no puedo.

Asistió a las reuniones, volvió a Dios y renunció a la idea de tratar de perderse.

Cierta noche conté esa historia en una reunión, y cuando ésta hubo terminado, se me acercó un hombre y me dijo:

-Yo hice lo mismo. Ingresé en la marina y traté de olvidarme de mis antecedentes religiosos, de Dios, de la Biblia, de las cosas espirituales.

Siguió contándome que en la marina tuvo un comandante en jefe que lo observaba. Años antes, este mismo oficial había tratado también de abandonar a Dios, y forjarse una carrera en las fuerzas armadas.

-Al parecer, este comandante notó algo diferente en mí, siguió diciendo el joven. Se dio cuenta de que yo trataba de huir de algo, así que un día me llamó a su oficina, y me preguntó: "¿De qué tratas de huir?"

-Yo no sabía qué contestar, así que le dije: "Vine aquí para ayudar a ganar la guerra". El comandante me dijo:

"No lo dudo. Pero ¿de qué tratas de huir?" Y en pocos momentos lo descubrió todo. Descubrió que yo era miembro de la misma iglesia, que él había abandonado hacía años. Y entonces me dijo: "He estado tratando de huir por años, y no he tenido paz. Tú no querrás hacer lo mismo".

-Usted no lo creerá, pero mi comandante me ordenó ir a la iglesia todas las semanas. Me ordenó asistir a la sociedad de jóvenes. Me colocó en un callejón sin salida. Y pensé: Si Dios me persigue hasta en las fuerzas armadas, y es capaz de alcanzarme por medio de mi comandante en jefe, entonces es sumamente difícil escaparme.

Por lo tanto, mi último argumento es éste: la explicación de por qué es más difícil perderse que salvarse, es que si usted decide perderse algún día, tendrá que pelear contra Dios, contra Jesús, contra el Espíritu Santo, contra las dos terceras partes mayoritarias de los ángeles, y con todos sus amigos y amados cristianos, que están orando por usted. ¡Y éste es un drama de consecuencias eternas! Contrariamente, si usted desea ser salvo un día, tendrá que pelear contra el demonio, y contra una tercera parte minoritaria de los ángeles caídos, que clamaron por misericordia en la presencia de Jesús, cuando él estaba aquí en la tierra. Y Jesús ha prometido pelear por usted, contra nuestro enemigo y sus ángeles.

Olvídese de la falsa idea de que es fácil perderse. Dios está determinado a salvar a cada persona. Cuando él asegura que no está dispuesto a permitir que nadie perezca, él sabe lo que dice. Él quiere que cada uno de nosotros nos arrepintamos. Lo único que no hará, es forzarnos a elegir.

¿No cree que debemos estar agradecidos por los grandes impedimentos y piedras de tropiezo, que Dios ha puesto en el camino hacia la perdición, para hacernos volver y atraernos a su reino celestial? ¿Aceptaré usted de nuevo hoy su gran amor, y acudirá a los pies de la cruz para recibir esa salvación que se nos ofrece gratuitamente?

CAPÍTULO 3: BUENAS Y MALAS NOTICIAS

Primero, voy a hablar de las malas noticias. Yo sé que no nos gusta pensar en ellas. El hecho es que todos estamos enfermos, padecemos una enfermedad terrible, incurable. Y nadie puede escapar de ella. Todos moriremos. Lo siento por los jóvenes. No es mi intención tocar una marcha fúnebre. Pero todos vamos a tener que marchar al son de la misma música: todos moriremos. A pesar de los esfuerzos realizados, hemos descubierto que esta enfermedad es fatal en un ciento por ciento. Todos vamos a morir. Desde mi niñez he escuchado esto.

En Eclesiastés 9:5 leemos: "Los vivos saben..." ¿Qué? "Pero los muertos nada saben". Recuerdo que en cierta ocasión mi padre predicaba sobre esto, y trataba de aclarar este texto, puesto que algunas personas estaban confundidas, incluyendo un niño que lo citó de esta manera: "Los muertos saben que están muertos, pero los vivos no saben nada". Y quizás no esté tan equivocado, cuando se trata de llegar a la verdad, de que nosotros apenas prestamos atención a esta certeza.

Roger Williams dijo que el ser humano tiene la gran certidumbre de que ha de morir, junto con ella, otras tres incertidumbres: cuándo, dónde y cómo. Alguien ha dicho con acierto que "el corazón es como un tambor que late constantemente, en forma ensordecedora, hacia una tumba abierta". Y con base en este pensamiento, el poeta Jorge Manrique compuso el apropiado verso: "Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es morir; allí van los señoríos derechos a acabarse y consumirse".

Quizás la juventud piense: "Esto no es para mí; no me interesa lo que me suceda cuando llegue a los ochenta años". Pero no olviden que algún día tendrán 78. Para comprobarlo no hace falta la Biblia. Todo lo que hay que hacer es manejar por las calles y los caminos, o pasar por un cementerio. Vez tras vez encontramos estos monumentos silenciosos, miles de ellos, millones de ellos. No hace falta comprobar esta verdad por medio de las Escrituras. Son monumentos erigidos por corazones rotos. Así es la vida. Por lo tanto, si busca en la Biblia, y si lo busca realmente, tendrá que admitir que los que todavía estamos vivos en este mundo, somos la minoría. Si nos comparamos con todos los que vivieron y murieron en este mundo, aun así somos una minoría. La mayoría de las personas que vivieron alguna vez, yacen en sus tumbas. ¿No es así? De manera que, ¿cómo se sienten al pertenecer a una minoría?

Permítanme contarles una experiencia que me sucedió no hace mucho. Mi madre murió dos años después que mi padre. Tenía 91 años. Un día se enfermó y murió al día siguiente. Estuve a su lado, junto con otras personas, durante sus últimas cuatro horas. Alguien me explicó lo que haría el monitor que le habían puesto. Se convertiría en una línea ininterrumpida. Sostuve sus manos y las sentí frías y la vi exhalar el último suspiro. Y entonces lloré con los demás. En mis más de cuarenta años de ministerio, he tenido experiencias similares. Pero en esa ocasión me sucedió algo que quisiera poder describir. Es algo que permanece en la pantalla de mi mente de alguna manera, aunque todavía no me siento seguro de poder contarlo con claridad. Quisiera saber cómo relatarlo. Pero algo me conmovió: el misterio y la maravilla de la vida.

Esto me conmovió: ¿de dónde había venido esa vida que acababa de apagarse? No vino de ninguna otra parte, sino de Dios. Entonces recordé lo que mi padre predicaba: "No hay científico en el mundo que pueda crear un granito de maíz. Pueden analizarlo, disecarlo, partirlo, y decirnos lo que contiene y en qué proporción, y terminar con nada". Un grano de maíz podría estar en el granero de mi tía Lucy, cerca de Newberg, Estado de Óregon (Estados Unidos), durante diez años, y mi hermano y yo podríamos ir a jugar allí. Podríamos coger esas semillitas y sembrarlas y regarlas, y ellas producirían cientos de otros granos de maíz.

¿Alguien puede explicarlo? Me han contado que con semillas encontradas en las pirámides de Egipto, miles de años después, se ha logrado el mismo resultado. ¡Las maravillas de la vida!

Sabemos de qué estamos hechos. ¿Se ha detenido usted a analizar la lista? Cierta porcentaje de esto y lo otro (todas las sustancias químicas que contiene nuestro cuerpo). Por supuesto, estamos compuestos mayormente de agua. Usted puede ir a cualquier farmacia, comprar todos esos elementos, llevarlos a casa, añadir agua y revolver. ¿Y qué resultaría? Una mezcla de apariencia lodosa. No podemos producir vida. Ni siquiera en forma aproximada.

Pensemos en la capacidad manifiesta del hombre. Sabemos que los aviones son una de sus más grandes invenciones. El Boeing 747 es uno de los grandes aviones construidos por el hombre. Una vez Emilio Knechtle visitó nuestra iglesia en Mountain View, en el área de la bahía.

Uno de los miembros de iglesia me acompañó para llevarlo al aeropuerto cuando iba de regreso a su casa, y allí vimos por primera vez el 747. Cuando aquella gigantesca mole alzó el vuelo, escuché a ese hombre decir casi sin aliento: "Esto tiene que ser obra del demonio". ¡Nos maravillamos de cómo ese gigante desafiaba la gravedad! Pero todavía no he sabido que un 747 haya dado a luz a un bebito 747. Ni siquiera oí de alguno que estuviera embarazado. Tampoco he sabido de un Chevrolet que haya tenido un Chevrolecito. ¿Por qué no? Porque esto incumbe al departamento de la vida, y sólo Dios es responsable de ella. Esto me vino a la mente, cuando vi escaparse la vida de una persona que significaba tanto para mí.

La gente solía preguntarme: "¿Cómo sabe usted que Dios existe? Y yo empleaba una técnica adventista favorita: comprobaba la existencia de Dios por las profecías. Y es increíble predecir el futuro, ¿No es cierto?

¡Predicciones hechas cientos de años antes que se cumplieran al pie de la letra! Si ello no era suficiente, yo decía: "Bueno, lo siento. Dios ha sido bondadoso dándome este don. Yo nunca he tenido problemas para creer en Dios. Crecí creyendo esto. ¿Por qué no leen algún libro de

C.S Lewis? Él trata acertadamente este tema".

Pero desde que la muerte de mi madre y la maravilla de la vida me golpearon con tanta fuerza, si alguna vez alguien me vuelve a preguntar: "¿Cómo sabe usted que Dios existe?", responderé tan amablemente como pueda: "¡Qué torpe es usted! Vaya y mírese al espejo. ¿Quién cree que lo mantiene vivo?".

Creo que hasta que viví la experiencia de la muerte de mi madre, cultivaba la ilusión de que yo era el que me mantenía vivo. Yo soy el que como, respiro y hago algún ejercicio. ¿Hasta qué punto podemos estar engañados? Consideremos las maravillas y los misterios de la vida. Hasta que surja una persona supra inteligente, capaz de producir la más ínfima cantidad de vida de la nada (lo cual nunca sucederá), no existe argumento alguno. No se molesten en desperdiciar su aliento. ¡Qué maravillosa es la vida! Usemos nuestro sentido común y nuestra razón. Y creo que si algunas de las personas que están intentando apartarse, pudieran tener un asidero en esta verdad, la diferencia sería abismal!

Ahora bien, con la maravilla de la vida, vienen las buenas noticias. Hay tres cosas que podemos saber. Las primeras son las malas noticias con las cuales empezamos: todos vamos a morir. La segunda, son las buenas nuevas de que no moriremos. Las palabras registradas en Juan 11:25, están escritas en la tumba de George Washington y en muchísimas otras tumbas: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá". Entonces viene el versículo 26: "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?" ¿Cuándo fue la última vez que usted leyó esto?

Por alguna razón, cuando yo era muchacho este texto de Juan 11:25 era mi favorito. Los viernes de noche, o quizás un sábado de noche, alguien diría: "Vamos a repetir nuestro texto favorito". Y siempre alguien citaba Juan 3:16. Era alivio repetir: "Yo soy la resurrección y la vida". ¿Por qué me gustaba este texto?

Como hijo de pastor, muchas veces acompañé a mi padre a los funerales. Con el tiempo, esto llegó a afectarme. Llegué a odiarlos. También asistí a reuniones donde se trataban temas sobre el espiritismo y veía las imágenes en la pantalla y empezaba a sentir miedo con sólo pensar en eso. Recuerdo que cierta noche mis padres salieron y mi hermano y yo quedamos solos en casa. Era primavera, y el aroma de las flores del jardín de nuestro vecino se filtraba por las rejas del pórtico. Era el mismísimo olor que yo había percibido en los funerales. Por poco me dio un ataque de nervios. Mi hermano tuvo que ir a casa de los vecinos para pedirles que vinieran a tranquilizarme.

Recuerdo el primer servicio fúnebre que tuve a mi cargo como ministro. Uno no practica para efectuar un servicio fúnebre, y aquélla fue una terrible experiencia para mí. Empecé a leer Juan 11:26: "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre". ¿Lo cree usted? ¿Podemos creer esto y ser adventistas del séptimo día? Juan lo dice en Juan 11:26. El que vive en mí y cree en mí, nunca morirá. Esto me intrigó tanto, que empecé a leer todo el Evangelio de Juan, y también sus cartas, descubriendo y subrayando cada vez que el apóstol hacía referencia al tema. Y lo repite vez tras vez, tras vez. Nosotros tenemos vida eterna ya. No moriremos para siempre.

¡Nunca! "¿Crees esto?"

Pero si lo anterior es verdad, ¿de dónde sale este relato de Juan 11? Conocemos el marco histórico. Lázaro era un buen amigo de Jesús, porque en su casa el Maestro no tenía que hablar en parábolas. Jesús empleaba las parábolas por dos razones antitéticas. Él usaba las parábolas, tanto para disimular como para revelar la verdad. Todo dependía de quiénes fueran sus oyentes. Pero en la casa de Lázaro podía hablar sin ambigüedades.

A Jesús le gustaba visitar esa casa. Entonces, cuando le llegó la noticia de que Lázaro estaba enfermo, hizo esta extraña declaración: "Su enfermedad no es para muerte". Los mensajeros regresaron con esta noticia, pero ya Lázaro estaba casi inconsciente. Ellos refirieron la historia, pero era difícil de creerla. Y fue aún más difícil cuando Lázaro "murió". Para sus hermanas, la situación era terrible. ¿Decía Jesús la verdad o no? "Esta enfermedad no es para muerte". ¿Falso o verdadero? ¿Es usted adventista del séptimo día?

¿No somos nosotros los que hemos venido diciendo por años, que cuando la gente muere, está realmente muerta?

A mí me encanta sobresaltar a los adventistas.

¿Quieren saber algo? Un servicio fúnebre, un buen servicio fúnebre, se ha convertido en una de mis ocasiones favoritas. Una vez comencé un sermón como éste en una nueva iglesia, y hubo varias personas que decidieron no escuchar el resto del sermón. Pero me gusta un buen funeral. ¿Creen que es posible tener un buen funeral?

¡Indudablemente! ¿No ha leído alguna vez acerca de un buen funeral, que tuvo lugar hace dos mil años, cuando dos grupos diferentes de personas se cruzaron en la pequeña aldea de Naín? Uno era un cortejo fúnebre que salía del pueblo, en su triste recorrido hacia el cementerio. El otro, que venía del valle, era dirigido por el Dador de la vida. Ese fue un buen funeral. Me hubiera gustado estar allí, ¿y a usted?

En cierta ocasión, hacía una gira con el Doctor Siegfried Horn. Supuestamente se trataba de un viaje de evangelismo; pero no fue así. Era una gira arqueológica. Cuando iniciamos el viaje, yo tenía muy poco interés en la arqueología. Y desde que terminó, me interesa menos. Pero cuando

íbamos en el autobús, en dirección a otra excavación en busca de más fragmentos de vasijas, vi un pequeño pueblo en la ladera de la montaña y pregunté:

- ¿Qué pueblo es éste?

-Es la villa de Naín.

- ¡Naín! Vamos allá, ¿no...?

No, debíamos seguir buscando más fragmentos de tiestos. Ese fue el día en que casi me salí por la ventanilla. Traté de imaginarme la antigua villa, pero me dijeron que ya no era igual. La antigua villa de Naín está dos metros y medio bajo la superficie actual. Ha sido destruida, cubierta y reedificada varias veces. ¡Pero yo quería ir de todos modos, porque allí había habido un buen funeral hacía muchísimo tiempo!

Por suerte he visto otros buenos funerales. ¿Buenos por qué? Porque los verdaderos cristianos nunca mueren. Me gusta ir al hospital y visitar a personas que tienen una enfermedad terminal. Y me encanta decirles: "Esta enfermedad no es para muerte". ¿Está usted de acuerdo conmigo?

Varios días después de haber recibido la noticia de la enfermedad de Lázaro, los discípulos escucharon a Jesús decirles: "Nuestro amigo Lázaro se ha dormido, pero voy a despertarlo".

Por supuesto, los discípulos temían ser perseguidos juntamente con su Maestro, por algún populacho vicioso, así que dijeron: "No vayamos allá. Si Lázaro está durmiendo, que duerma. Él ha estado enfermo, necesita dormir". Pero los discípulos no habían entendido bien, y finalmente Jesús tuvo que hablarles con claridad: "Lázaro está muerto". A Él no le gustaba usar esa palabra. Jesús prefería usar el término "dormir", y así lo hizo. Porque, después de todo, dormir no es del todo malo. Todavía recuerdo cuando estudiaba en el colegio de la Sierra, en Riverside, California, cómo le dábamos la bienvenida a la hora de dormir los viernes de noche, y también los sábados de tarde (después de haber hecho la obra misionera, por supuesto). Dormir es bueno.

Cuando éramos pequeños, a mi hermano y a mí nos gustaba discutir en el asiento trasero del automóvil, al volver a casa después de un largo viaje. Ése era nuestro pasatiempo favorito. Y nuestros padres siempre nos decían: "¿Por qué no se duermen?" Pero ese pensamiento nunca cruzaba por nuestras mentes. Entonces ellos añadían: "¿Quieren saber cómo acortar el viaje? Duermen todo el camino y el tiempo pasará rápido, porque en el mismo instante que despierten, estaremos llegando a la entrada de la casa".

¿Les suena familiar esto? Sí. Usted cierra los ojos, y el próximo instante, llegó a casa. ¿No les gustaría, amigos, saber que se van a dormir ahora mismo, y que en el próximo instante vean a Jesús viniendo? ¿No es ésta una buena noticia? ¡Es una noticia maravillosa! "Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre" (Juan 11:26)

Me gusta la idea de concebir la muerte como un sueño. Me gusta ir a los funerales cristianos y decir a los deudos: "Él no está muerto. Ella no está muerta, sólo duermen". Porque llegará el tiempo de despertar. Y no habrá diferencia si la persona ha estado durmiendo durante cinco mil años o más, como en el caso de Abel, o solamente diez minutos. Cuando Jesús venga, la noción del tiempo y el espacio será la misma para todos.

También se nos ha dicho que en la resurrección volverán los mismos pensamientos que tuvimos al morir. Esto es interesante. Imagínese cómo será levantarse en la resurrección equivocada, junto con la mafia de Chicago. Al momento de despertar, y frotándose los ojos, se escucha de pronto a un pistolero de Nueva York, que produce un escándalo y lanza maldiciones. En otra dirección, observa a una prostituta de otra ciudad que grita, y se dan cuenta de que resucitaron

en la resurrección equivocada, pero bullen en sus mentes los mismos pensamientos que tenían en el momento de morir: "¡Me desquitaré! ¡Lo voy a matar!"

Pero imaginemos lo que será despertar en la primera resurrección. Recuerdo el caso de mi amigo y compañero Ben Riley, que cuando iba un día rumbo a la oficina de la asociación, su auto chocó de frente contra otro y murió instantáneamente. En el servicio fúnebre, estuvieron presentes todos los pastores y el presidente de la asociación, quien nos dirigió la palabra. Nos recordó que en la resurrección, vendrán a nuestra mente los últimos pensamientos que tuvimos en el momento de morir, y él se imaginaba al pastor Riley saliendo de la tumba diciendo: "Tengo que ir a Oakland. Tengo que ir..." Y entonces ve a un ángel, que ha estado acompañándolo toda su vida. Y le dice: "No, ya no tienes que ir a Oakland. Te voy a llevar a un lugar mejor". Y de pronto, se da cuenta, ¡es la gloriosa mañana de la resurrección!

¿No nos sentimos agradecidos por las buenas noticias acerca del mejor lugar adonde iremos?

Así que no importa si usted tiene seis años o noventa. Hoy también tenemos malas y buenas noticias. Sabemos que vamos a morir, pero asimismo sabemos que no moriremos, sólo dormiremos. Y ello es así, por la tercera verdad que podemos saber. Se encuentra en Juan 17:3. "Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado". Es maravilloso poder conocer a Dios. Poder conocer al Señor.

Me gustaría poder compartir con ustedes un solo objetivo: que cada persona conozca a Dios directamente, cara a cara; que sepa lo que significa dedicar un tiempo de calidad cada día a estar a solas con Él. ¿Es éste un blanco demasiado alto? Si todos conociéramos a Jesús, la iglesia tendría todo el poder del cielo. Porque la gente que conoce al Señor alcanza a otros que necesitan conocerlo. Por eso, la pregunta que tengo para usted, mi amigo, es ¿conoce usted a Dios? ¿Mantiene una estrecha relación con Él? Puede usted decir, como dijo Billy Graham cierta vez durante la controversia de que "Dios está muerto": "No, no está muerto, porque yo hablé con Él esta mañana".

¿Sabía usted que Dios conoce su dirección? ¿Se da cuenta de que todo su día gira alrededor del tiempo de calidad pasado a solas con Él? ¿Que esto es algo más que la lectura de un versículo con la mano puesta en el picaporte de la puerta? ¿Conoce usted a Dios?

Creo que si ha estudiado la doctrina de la justificación por la fe, sabe que Jesús es la base única de la vida cristiana. Fuera de Él no existe vida cristiana. Lo único que queda es la conducta. Y por eso nuestros jóvenes abandonan hoy la iglesia. Se cansan de la conducta y la religión y renuncian.

Todo el que viva a base de esa dieta se apartará tarde o temprano. La base verdadera de la fe cristiana es una relación personal con Jesús. ¿Cree usted esto? ¿Lo conoce usted? Que Dios nos ayude a fijarnos esa clase de objetivo, porque en ello se basa la vida eterna. Es durante el tiempo que pasamos todos los días a solas con Jesús, cuando aceptamos su gracia asombrosa, y nos llenamos de valor al saber que nunca moriremos.

Hace algunos años, vivía en Texas una niñita de cabellos dorados que se enfermó, y no pasó mucho tiempo hasta que sus ojos se cerraron por última vez. Padres, madres y muchos amigos fueron a verla. Estos últimos trataban de consolar a los padres, mientras todos lloraban. Entonces, llegó el momento de terminar el servicio fúnebre, y la gente se puso en fila para contemplar por última vez el cadáver. El padre, que no creía en Dios ni profesaba ninguna fe, ni ninguna religión, mirando a su pequeña, lleno de amargura, dijo: "Adiós, adiós para siempre". Y se apartó. Entonces llegó la madre. Se inclinó y besó a la niña, diciendo: "Mi amor las dos pasamos muchas horas maravillosas. Estuvimos juntas seis años felices. Buenas noches, Mamá se encontrará contigo en la mañana, al amanecer, cuando se desvanezcan las sombras".

¿Qué hizo la diferencia? Jesús hizo la diferencia. Y todavía sigue haciendo la diferencia.

Por eso, el pastor H.M.S. Richards escribió este hermoso poema que sigue siendo mi favorito:

Los años transcurridos me han llevado muy lejos del hogar de mi niñez; ya no tengo a mi madre a mi lado cuando llega la hora de dormir.

Me alienta, sin embargo, su recuerdo, y la paz me inunda todo el ser, al soñar que soy un niño todavía y que mi madre me arropa otra vez.

Junto con mi hermano me arrodillaba en nuestro cuarto del segundo piso. A orar mi madre nos exhortaba, y de rodillas nos acompañaba. "Guárdalos, Señor, de pecar", decía; y con sus tiernos y suaves besos, cerraba nuestros ojos al dormir, mientras con amor nos arropaba.

Cuando llegue la última de mis noches, cuando mi vida toque a su final, los lazos que me atan a la tierra se romperán a una por igual.

Entonces, Señor, sé mi consuelo, calma mi alma y dame la paz.

Permite que me duerma suavemente, como hacía en los brazos de mamá.

Pero muchos de ustedes no dormirán, porque Jesús viene muy pronto. Amén

CAPÍTULO 4: LA IGLESIA QUE ENFERMA A DIOS

¿Sabían ustedes, que aquí en la tierra hay una iglesia que enferma tanto a Dios, que él quisiera vomitarla? Pueden leer acerca de ella en el último libro de la Biblia, y probablemente es la iglesia a la cual pertenecemos la mayoría de nosotros.

Apocalipsis 3:14 empieza diciendo: "Escribe al ángel de la iglesia de Laodicea". Bueno, vamos a referirnos a una iglesia que se conoce por su tibieza. ¿Será ésta una iglesia orgánica (organizada) o mística (figurada)? Estas son las dos iglesias de las que hablamos a menudo. Decimos que la iglesia mística está formada por fieles seguidores de Cristo en todas partes, no importa a cuál denominación pertenezcan. Si los verdaderos seguidores de Cristo forman la iglesia mística, entonces, ¿podría ésta ser tibia? No. De manera que esto debe referirse a la iglesia orgánica, ¿no es cierto? La iglesia organizada. ¿Tiene Dios una iglesia organizada aquí en la tierra? Sí. Esta es una premisa que debemos tener en mente al considerar este capítulo.

"Así dice el Amén, el Testigo Fiel y Verdadero, el origen de la creación de Dios". (Apocalipsis 3:14). ¿Quién es este misterioso personaje? Jesús. De hecho, Él es realmente el autor del libro de Apocalipsis. "La revelación de Jesucristo" (Apocalipsis 1:1). Este es su libro. No lo es Mateo, ni Marcos, ni Lucas, ni Juan. Apocalipsis es el libro de la Biblia, cuya autoría podemos trazar hasta el mismo Cristo.

Y entonces sigue algo con lo cual no estamos tan familiarizados: un Salvador que reprende y que lo hace en tono fuerte.

En algunas ocasiones se manifiesta enérgicamente. Una vez cuando estuvo aquí en la tierra hizo algo semejante. Él dice: "Conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!" (Apocalipsis 3:15). Así llegamos a otro detalle interesante. Dios prefiere la frialdad a la tibieza. ¿No es así? Él lo dice. ¿Cómo puede ser posible eso? ¿Tiene usted alguna idea? ¿Estuvo frío alguna vez? Entonces sabe lo que es buscar la tibieza.

Por lo menos conoce su condición; pero el que siempre ha estado tibio, no tiene esa preocupación.

"Porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy por vomitarte de mi boca". (Apocalipsis 3:16). ¡Las personas tibias causan náuseas a Dios! En realidad, eso es lo que quiere decir. "Me repugnas". "Tú dices: 'Yo soy rico, estoy enriquecido, y nada necesito'. Y no conoces que eres un cuitado y miserable, pobre, ciego y desnudo". (Apocalipsis 3:17). Aquí en Estados Unidos decimos que tenemos un gobierno democrático, porque la mayoría de la gente cree en la democracia. Si creyeran en otra cosa, serían llamados de otro modo. Por lo tanto, la mayoría de la gente de Laodicea son tibios, lo que significa que en torno suyo habrá un cúmulo de ellos, ¿No es así? Si hubiera cuatro millones de miembros en Laodicea, más de dos millones serían tibios. Si ello es cierto, entonces usted podría esperar ver personas tibias por todas partes. Esperaría verlos en la iglesia, en las escuelas sabáticas, en las instituciones y hasta entre los dirigentes de la iglesia de Laodicea. Esperaría ver a muchos predicadores laodicenses. La tibieza permearía todo el sistema.

Muy bien. ¿Qué es tibieza? Esta sería la siguiente pregunta obligada, que deberíamos contestar. La tibieza es una combinación de lo frío y lo caliente. Cuando uno quiere que la llave de la cocina deje pasar agua tibia, hay que abrir simultáneamente la llave fría de la derecha, y la caliente de la izquierda, y equilibrar la temperatura. Por lo general así es. Esto no nos dice mucho, porque sería ridículo pensar que los miembros de iglesia fueran fríos en su lado derecho, y calientes en el izquierdo.

Dejemos que la Biblia se interprete a sí misma. Ella dice lo que vuelve tibia a una persona. En

Mateo 23, Jesús emplaza a los religiosos de sus días. Les dice: "Ustedes son una tira de hipócritas. Ustedes, escribas y fariseos, son como sepulcros blanqueados. Son como serpientes y generación de víboras. Así los llama Él: "serpientes". Con voz trémula, los llama serpientes. Y reprender es un tanto difícil. Yo lo he intentado, pero no me va bien. Pero cuando Jesús reprendía, había tristeza y temblor en su voz.

El común denominador del capítulo 23 de Mateo es la analogía de un sepulcro blanqueado. La gente que vivía en tiempos de Jesús estaba muy relacionada con esta figura. Una vez al año iban a las tumbas y los cementerios, llevando una cubeta llena de un líquido blanqueador, para esparcirlo sobre las tumbas de los profetas a quienes sus padres habían dado muerte. Era una versión muy folclórica del Día de los Muertos.

Después de rociar el blanqueador, depositaban flores y decían: "¿No es terrible lo que nuestros antecesores hicieron a estos profetas?" Lloraban, esparcían más blanqueador sobre las tumbas y volvían a lamentarse: "¿No es horrible lo que nuestros antepasados hicieron a estos maravillosos profetas?" Y volvían a llorar y depositaban más flores, hasta que finalmente el cubo de blanqueador se les acababa. Y las tumbas lucían bastante bien el resto del año.

En otra ocasión, después de una ceremonia semejante, regresaron a Jerusalén y planearon la crucifixión. ¿Acaso no fue así? Eran fieles en la devolución de los diezmos, la observancia del sábado, y la práctica de la reforma pro- salud. Eran incapaces de comerse un mosquito que cayera en su sopa, y muy celosos en la observancia del culto familiar. ¡Por cierto, estuvieron muy ansiosos de terminar la crucifixión a tiempo para recibir el sábado!

Pero Jesús les dijo que eran como aquellos sepulcros que blanqueaban cada año. Tenían buena apariencia por fuera, pero interiormente estaban llenos de huesos de muertos. Esto suena sumamente duro; podridos por dentro, pero acicalados por fuera.

Vamos a sustituir los términos con las palabras de Apocalipsis 3. Eran calientes por fuera y fríos por dentro. Entonces, ¿cómo se logra combinar lo caliente y lo frío? Como lo ilustra la Biblia. El tibio está frío por dentro; pero en vista de que sigue la mecánica correcta, parece caliente por fuera. El tibio hace las cosas correctas por motivos equivocados. La persona laodicense, es decir, la persona tibia a la que Jesús reprende, la que le repugna, es religiosa, pero no espiritual. Es aquella que responde a la mecánica, paso a paso, entre su casa y la puerta de la iglesia, pero no conoce al Señor. El tibio conoce las reglas, pero no conoce al Salvador. No se le puede llamar antirreligioso o carente de religión. De hecho, puede ser muy religioso. Puede ser muy celoso defendiendo las normas. Pero carece del Espíritu de Cristo, que es lo que realmente vale. Así dijo Jesús que sería la última iglesia hasta poco antes de su venida. Y esta revelación se hizo hace siglos. ¿No es interesante? Dios no ha sido ni será sorprendido por la condición actual de la iglesia organizada, precisamente antes que Jesús venga. Él ya lo sabía todo.

Desafortunadamente, es aquí donde algunos de los antiguos miembros de la iglesia se inquietan. Ellos dicen: "Miren, necesitamos preocuparnos por la gente de la iglesia y por todos sus pecados, con el propósito de aclararles dos cosas. Debemos decirles cuán desgraciados, miserables, pobres, ciegos y desnudos son, cuando los reprendamos por sus pecados. Que nos oigan. Prediquémosles el testimonio directo. Prediquemos sobre las normas, sobre el problema de la carne. Que nos oigan. Clamemos entre la entrada y el altar, y no escatimemos esfuerzos. Entonces haremos descender sobre nosotros la lluvia tardía y el fuerte pregón y terminaremos la obra de Dios. Tenemos que sacudirlos de su letargo laodicense". Y durante años, hemos soportado a lo que se ocupan en reprender a Laodicea.

Cierta vez, una iglesia del noroeste de los Estados Unidos, organizó una campaña de reforma. Todo el mundo tenía que volverse vegetariano. El "reavivamiento" continuó exitosamente hasta que un día alguien vio un salmón en el congelador del anciano de la iglesia local, y hasta allí llegó el entusiasmo por la reforma. Pienso que lo puso allí cuando nadie lo observaba. Recuerdo que

en el este del país, alguien estuvo dispuesto a comenzar una reforma con el fin de calentar a Laodicea, induciendo a la gente a vestirse correctamente; a que eliminara el uso de prendedores y cualquier otra prenda dudosa. De ello se encargaría el reavivamiento. Pero lejos de eso, lo que fomentó esta "iniciativa" fueron los juicios apresurados y mezquinos, y la proliferación de espías entre nuestro pueblo.

Durante mi primer año en el ministerio, hubo por allí un predicador devoto, que hacía llamamientos sobre la base de que la gente quitara los alfileres de sus corbatas y relojes pulseras. En mi afán por hacer lo correcto, dejé de usar mi prendedor de corbata. Luego me cansé de retirar la corbata de la sopa. De manera que un día conseguí un ganchito para sujetar el cabello, y con él sujeté mi corbata. Por cierto, que realizaba muy bien su función. Pero la gente empezó a notar el ganchito de cabello y a preguntarme:

- ¿Qué es eso que lleva puesto?

-Un ganchito de cabello.

- ¿Por qué lo pone?

-Porque no creo en eso de usar alfileres de corbata. Estoy manteniendo en alto las normas. Estoy contribuyendo al reavivamiento.

Y entonces descubrí que la "última declaración de este hombre fue peor que la primera". ¡Había llegado a enorgullecerme de mi ganchito de cabello!

Por favor, no me interpreten mal. En ese entonces, cuando yo estaba creciendo, no hubiera sabido qué hacer con un pedazo de carne si alguien me lo hubiera dado. Me crié en un ambiente muy conservador, y respetaba mucho a mis piadosos padres. No piensen que estoy haciendo campaña para rebajar a nadie. Pero temo que el reavivamiento y la reforma, y sacar a Laodicea de su estado de tibieza, no se logran de esta manera. Nunca. Hacerlo sencillamente es empeorar las cosas en Laodicea. Demasiado a menudo los que "gritan alto y no escatiman nada", apelan solamente a las cosas externas. Pero la obra debe empezar siempre en el corazón, del interior al exterior. Por eso Jesús estaba en lo correcto, cuando dijo en los siguientes versículos "te aconsejo...". Allí, en el versículo 18, está registrado el consejo de Jesús: "Te aconsejo que compres de mí: oro afinado en fuego, para que seas rico; vestidos blancos, para cubrir la vergüenza de tu desnudez; y colirio para ungir tus ojos y puedas ver".

El oro es la fe y el amor. Eso es lo que necesitan los laodicenses. ¿Y qué es el vestido blanco? La Justicia de Cristo. ¿Y el colirio? El Espíritu Santo, que trae discernimiento y comprensión concernientes a nuestra necesidad. Por lo tanto, si parafraseáramos el consejo de Dios a Laodicea, éste diría más o menos así: "Necesitas la justicia de Cristo, mediante la fe y el amor, producidos en tu corazón por el Espíritu Santo". Esto es lo que los tibios necesitan. Y éste es el consejo a Laodicea. En primer lugar, nos dice lo que anda mal en nosotros, luego añade: "he aquí el consejo". ¿No es maravilloso que Dios nos ame tanto, que nunca nos persigue ni nos reprende, sin darnos también la solución? Él no nos hiere sin ponernos aceite y vino en la herida. Él no nos corta ni daña, sin tener algo con qué curarnos y restaurarnos. Y nunca permite que caigamos sin alcanzarnos y elevarnos. Por eso él nos aconseja.

Hay algo más que nos fascina, particularmente hoy. Todos sabemos que cuando Cristo venga, no existirán personas tibias. Antes de la venida de Cristo, habrá tres clases de personas: calientes, frías y tibias. Pero cuando él venga, habrá solamente calientes y fríos. También se usan otros nombres, como malos y buenos, trigo y cizaña, sabios y necios, y así sucesivamente. ¿Qué sucede con el tercer grupo, antes que Cristo venga?

¿Qué les pasará a los tibios? ¿Dónde estarán? Se habrán vuelto calientes o fríos. No permanecerán en la condición de tibieza.

La siguiente pregunta práctica, sería ¿qué los condujo a una u otra condición? Esto nos intriga más todavía. Quisiera proponer que llegará un tiempo en la historia de este mundo, cuando Jesús no esperará más, a pesar de lo que digan algunas personas. Muchas veces decimos que Jesús nos está dando la oportunidad de apresurar su venida. ¿Han oído esto alguna vez? Pero cuando usted usa la frase “apresurar su venida” ¿qué está sugiriendo? ¿Cómo la entendemos?

Supongamos que termino de predicar a las 12:15, aunque todo el mundo sabe que debemos terminar a las 12:00 y no a las 12:15. En ese caso, yo tenía el privilegio de “apresurar” el cierre del sermón, es decir, clausurarlo antes de las 12:15. De otro modo, no usaría la palabra apresurar para referirme a la hora en que termino de predicar. No cabría la palabra apresurar, a menos que hubiera un momento después del cual dejaría de predicar.

Creo que por años el pueblo de Dios ha tenido el privilegio de apresurar su venida. Podríamos estar tan involucrados en la creencia, de que su venida tendrá lugar antes del momento ya fijado, que olvidemos que hay un punto más allá del cual Jesús ya no esperará más. Sin embargo, no creo que esto se base en un marcador de tiempo. Creo que se basa en condiciones. Preferimos no tratar el asunto de la fecha, pero entendemos las circunstancias. Cuando las condiciones de la historia del mundo hayan llegado a ese punto final, entonces Dios, por medio de su Espíritu Santo, los ángeles, y el mensaje de la justicia de Cristo que nada podrá detener, harán que la gente se divida en dos bandos. Entonces tendrá lugar una gran polarización, y todos los tibios desaparecerán.

Antes de continuar, me gustaría decir que yo también me encuentro entre los que están casi enfermos y cansados de esta mentalidad que ha estado vigente desde que se inventó la pólvora, de que Cristo viene mañana mismo.

¿Saben a lo que me refiero? La bolsa de valores perdió unos puntos, y, “¡ahora sí! ¡Ahora sí! Cristo vendrá mañana mismo”. El papa visitará los Estados Unidos: “¡Ahora sí!

¡Ahora sí!”. Todo cuanto sucede: “¡Ahora sí! Cristo vendrá mañana”. Algunos estamos cansados de este síndrome, frente a evidencias poderosas e incontrovertibles dentro de la iglesia, entre el pueblo, de que la venida de Jesús está a las puertas, entonces, a pesar de nuestra indiferencia debida al síndrome de “ahí viene el lobo”, empezaremos a decir, y a creer, que Jesús viene pronto.

Es poco probable que clamemos, “ahí viene el lobo”, cuando el lobo desaparezca. ¿Por qué? Porque el mensaje de Cristo y su justicia están manifestándose y nada los detendrá. Nada. Aunque el enemigo trate de detenerlos. Pero ahí están. Esta justicia está manifestándose en su doble aspecto: justicia por nosotros, y su justicia en nosotros. Ambas van a seguir manifestándose, y ambas con su propio balance y énfasis, harán que la gente vaya en una u otra dirección.

Esto está sucediendo rápidamente hoy. Y como resultado, la iglesia genuina, verdadera, es decir el remanente, desarrollará lo que hasta hoy ha sido la doctrina del remanente. Yo creo en la iglesia que tiene la doctrina del remanente, y creo que ese nombre le ha sido adjudicado apropiadamente, si pensamos en la doctrina pura, en la doctrina correcta. Pero también hay una iglesia remanente experimental. Para ser la iglesia remanente verdadera, necesitamos tener tanto la doctrina correcta, como la experiencia correcta. Todos sabemos que podemos ser miembros de la iglesia que tiene la doctrina del remanente, y no ser del remanente. ¿No es cierto? Así que la verdadera iglesia remanente, está formada por aquellos que creen en la doctrina del remanente, pero que también tienen la experiencia del remanente; de los que son vehementes, los que cada día se apasionan más con el amor de Dios, y sienten una creciente emoción por el Reino de los Cielos.

Otra cosa muy importante, es que poco antes de la venida de Cristo, muchos, muchísimos descarriados, regresarán a la iglesia, y muchos buenos y antiguos miembros de iglesia, la abandonarán. Eso será doloroso. Nos dejará pasmados. Muchos de los antiguos miembros se atreverán a decir: “No me venga con esas boberías”. Ya he tenido algunos que me han dicho:

-Oiga, mequetrefe, no me diga que todos mis años de pagar diezmos y guardar el sábado no me garantizan la entrada en el cielo. No me diga que el conocido versículo no dice 'Bienaventurados los que GUARDAN sus mandamientos, porque TIENEN DERECHO al árbol de la vida'. No me venga con eso”.

A veces, los predicadores me han hecho ciertas advertencias. Hace veinte años, un predicador me dijo: “Muchacho, estás en el camino correcto. Pero sería mejor que no lo prediques demasiado alto, o te vas a buscar problemas. Y si lo hubieras predicado hace veinte años (ahora serían cuarenta), estarías hundido”.

Algunos estuvimos interesados en el mensaje de Jesús y su justicia durante mucho tiempo; y la explicación es porque lo necesitamos. Los “buenos”, son los que nunca pecan, los que nunca fallan ni fracasan, los que no tienen problemas de ninguna clase, los que no sienten necesidad de la justicia de Cristo.

Un día, mi hijo me preguntó: “Papi, ¿Por qué tu persistes en este asunto de la religión? Porque es tu trabajo, ¿verdad?” Estuve pensando en eso algún tiempo, hasta que el Señor me dio la respuesta. La razón por la cual persisto en los negocios de Dios, en este asunto de la fe, la Biblia y la religión, es “el amor que no me deja”. A veces he tratado de desprenderme de él. Varias veces lo he intentado, pero Dios no me lo ha permitido. Hace varios años, hubo un tiempo en que no había nada que deseara más que salir del ministerio; pero Jesús no me dejó, porque él sabía que si lo hacía, me hubiera apartado de todo lo demás. Y me siento muy agradecido de que él no nos deje.

Al llegar al final de este capítulo, Jesús dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa, y cenare con él, y él conmigo”. Eso es lo que él quiere: comunión, compañerismo, relación con usted y conmigo. Así termina la historia. “Yo estoy a la puerta y llamo”. Pero cuando Jesús toque a mi puerta, no quisiera estar por allá lejos, jugando con mi equipo de radioaficionado.

Me gusta ser radioaficionado. Recuerdo cuando estudié para obtener mi licencia. Aprobé el examen. Pero tuve que esperar seis semanas para tenerla en mis manos, y poder hablar con otros radioaficionados alrededor del mundo. Recuerdo que esperé que Jesús no viniera antes de esas seis semanas, porque yo quería disfrutar el placer de ser radioaficionado. Bueno, esto suena ridículo, ¿no es cierto? Pero hoy, cuando él toque a la puerta, no quisiera estar metido en mi pasatiempo favorito. Es bueno tener un pasatiempo, pero nada ni nadie debe desplazar a Jesús.

Cuando él toque a la puerta, tampoco quisiera estar en la cocina, atragantándome ¿Y usted? Cuando Jesús toque a mi puerta no quisiera estar en el garaje, puliendo el automóvil o lo que sea, ni poniéndole llantas estrafalarias. Tampoco quisiera estar en el recibidor mirando la “idiota” televisión. ¿Y usted? Cuando él toque a mi puerta, quisiera escuchar ese toque cada día, y responderle y decirle “aquí estoy”. Cuando se pase lista, quiero estar presente. ¿No es maravilloso saber que Jesús sigue tocando a las puertas, y que todavía podemos responder? Me alegra saber que la puerta de la gracia sigue abierta. Creo que sigue abierta. Pero no creo que permanecerá así por mucho tiempo.

Cada vez que hablo con alguien que acaba de salir de la perdición mundanal, y escucho algo de lo que Jesús ha hecho para sacarlo de allí, digo: “Bueno, ésta es otra señal de que la venida de Jesús está a las puertas”. Y cuando veo a algún antiguo miembro de la iglesia que la abandona (y algunos lo están haciendo ahora), digo: “Lloremos y lamentemos, pero al mismo tiempo

alegrémonos y levantemos nuestras cabezas, porque nuestra redención se acerca”.

El último suceso consistirá en que la gente cambie de lugar. Algunos de los descarriados han vuelto. Quisiera alabar al Señor por ellos. También le agradezco por lo que hace por usted y por mí, y por todos nosotros, al saber que hemos respondido y que Jesús todavía sigue obrando. Gracias a Dios una vez más por su amor, que no nos abandona.

CAPÍTULO 5: DE TIBIOS A CALIENTES

Publicanos y ramera irán al reino de los cielos, antes que “buenos” miembros de la iglesia, y muchos hijos del reino serán echados fuera (véase Mateo 21:31). En un sentido, la expresión “los hijos del reino”, se refiere a los que se han considerado parte del remanente, los que nacieron en la fe, los que pertenecen a la segunda, tercera y cuarta generaciones de adventistas, aquellos para quienes la religión no es sino una tradición. Muchos de los que aparentemente son primeros, serían los últimos en entrar en el reino de los cielos, si es que lo logran. Y viceversa, muchos de los que parecen ser los últimos, serán los primeros en entrar.

Consideremos siete de los principales descubrimientos o conocimientos de los hijos del reino, que rompen con su formalidad y su rutina para llegar al reino de los cielos.

¿Qué sucede realmente en las vidas, en la comprensión de los laodicenses que ya no son más tibios, sino que se sienten estimulados con las verdades del Evangelio?

UN SENTIDO DE NECESIDAD.

Nadie avanza de la simple posición de ocupar el bando cada semana, a la emoción y el dinamismo del evangelio, hasta que comprende su gran necesidad. Hago referencia a Mateo 9:10-13: “Y cuando Jesús estaba sentado a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y se sentaron junto con Jesús y sus discípulos. Cuando los fariseos lo vieron, preguntaron a sus discípulos:

¿Por qué vuestro Maestro come con publicanos y pecadores? Al oírlo, Jesús les dijo: “Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no vine a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”.

Nadie se transforma de tibio en caliente, hasta que comprende su necesidad real. Nadie va al médico, a menos que se sienta enfermo.

¿Cómo llegamos a comprender nuestra gran necesidad? Tiene que suceder algo más, que el simple hecho de que una persona nos la señale. Tiene que surgir como resultado de nuestra propia experiencia personal, de nuestra comprensión de que la vida es demasiado importante para que la manejemos solos, sin Dios; algo más profundo que la rutina religiosa. Algunos demoran más que otros en llegar a esta conclusión. En realidad, es muy difícil que algunos lo logren verdaderamente. Es increíble que algunos tengamos que sufrir terribles golpes y heridas, antes que admitamos nuestra gran necesidad.

Bienaventurada la persona que comprende su gran necesidad, como resultado de que el amor de Dios ha sido enaltecido, y no llega a esa realidad mediante úlceras y noches de insomnio, y el deseo de saltar desde un puente. Una es la ruta interminable; la otra, el camino corto.

Feliz la persona que comprende su gran necesidad, como resultado de su estudio personal de la Biblia y de la oración, y no de vivir dependiendo de otros espiritualmente. No siempre contará usted, con alguien que esté constantemente enaltecido a Jesús en su presencia. No siempre parecerá que el amor de Dios está presente. La razón por la cual algunos se sienten a veces atraídos a Dios, y otros alejados de él, radica en que han estado dependiendo de otra persona para exaltarlo. Pero no siempre estaremos rodeados de predicadores.

Quisiera recordarles que Mateo, Marcos, Lucas y Juan lo exaltaron, Pablo también lo hizo. Si usted llega a comprender, que la ruta corta consiste en exaltar el amor de Jesús y el amor de Dios, podrá continuar su peregrinaje por el mundo, eliminando muchas úlceras y terribles noches de insomnio. Los que se destacan en exaltar a Jesús, lo aprendieron de la historia de Jesús. Allí

recibieron la inspiración, y con usted puede ocurrir lo mismo.

LA RELACIÓN

No importa si la persona es atraída a Dios mediante la exaltación de Jesús, o a través de su estado de total desesperación, el siguiente descubrimiento es aceptar que la salvación se basa en una relación con Dios, no en nuestra conducta. La Biblia dice: “Porque por gracia habéis sido salvados por la fe. Y esto no proviene de ustedes, sino que es el don de Dios. No por obras para que nadie se gloríe”. “Porque por las obras de la ley ninguno será justificado ante él”. Nuestra salvación no depende de lo que hacemos, sino de a QUIEN CONOCEMOS.

Este descubrimiento en particular ha conducido a algunos cristianos a suponer que sus buenas obras no tienen nada que ver con su salvación.

Después de 1888, A.T. Jones fue advertido de que no debiera decir que las obras no tienen nada que ver con la salvación. Por favor, note esta importante diferencia.

Nuestras buenas obras no son las causantes de nuestra salvación. Esta es la palabra que hace la diferencia. Nuestra salvación se debe totalmente al Señor Jesús, y a nuestra aceptación de su gracia, en virtud de nuestro trato con él. Cuando comenzamos a relacionarnos con Jesús, nuestros pecados son perdonados. A medida que seguimos relacionándonos, nuestra vida cristiana se desarrolla.

Si tomamos la posición contraria, y decimos que las malas obras no son las que causan la perdición de una persona, muchos, por lo menos en nuestra subcultura, se molestarían, puesto que eso parece contrario a las enseñanzas de nuestra iglesia. Pero entonces ¿no es correcto decir que nadie se perderá jamás por sus malas obras? La persona se perderá debido a que descuidó su búsqueda incesante del compañerismo, la comunión y la aceptación de Jesucristo. Las malas obras son simplemente un resultado. Notemos el importante énfasis en la palabra “causantes”. Nuestras malas obras no son las causantes de nuestra perdición, ni nuestras buenas obras las causantes de nuestra salvación. Lo determinante es nuestra relación con Dios. Esto es, cómo seguimos aceptando su gracia continuamente. La pregunta importante sería entonces:

¿Conoce usted a Dios? ¿Lo conoce como su amigo personal?

LA VIDA DEVOCIONAL

Esto nos lleva a la tercera revelación, que nos conduce de nuestra condición laodicense, a la emoción del Evangelio. ¿Cuál es la base de una buena relación? La comunicación. Eso lo sabemos. No es necesario consultar una enciclopedia para descubrirlo. La comunicación siempre es la base de cualquier buena relación personal.

¿En qué forma podemos hablar con Dios? ¿Cómo podemos escucharlo cuando nos habla? Mediante nuestra vida devocional: estudiando la Biblia, orando y comunicándonos diariamente con Él. Esta es la base de cualquier relación. Pero al llegar aquí, la atmósfera se calienta, porque algunos de los especialistas en justificación de hoy, dicen que la vida devocional no es sino salvación por obras. “Usted no se salvará por leer la Biblia”, dicen. “Usted se salva por su fe en Jesús”.

Reconocemos que nuestra vida devocional fácilmente puede convertirse en un sistema de obras. Puede convertirse en una de dos cosas, para la persona no convertida. Cuando un inconverso decide tener una vida de devoción y empieza a leer la Biblia y a orar, terminará yendo en una u otra dirección. O termina en completa frustración y perdición, o experimenta una regeneración, un nuevo nacimiento, una genuina conversión. Veamos el caso de la gente en los

días de Cristo. Él les dijo: “Ustedes escudriñan las Escrituras porque piensan que haciéndolo, van a obtener la vida eterna (justificación por devoción). Pero, dijo más, “ellas son las que dan testimonio de mí. Sin embargo, no quieren venir a mí, para que tengan vida”. (Juan 5: 39-40). La mecánica de la vida devocional no es un fin en sí misma, más bien es un medio para conocer a Jesús.

Antes de entrar en la mecánica del estudio de la Biblia y la oración, ¿Qué es lo que hace la diferencia entre un resultado positivo, y otro negativo? Jeremías tiene algo que decir en cuanto a esto: “Me buscaréis y me hallaréis, ¿cómo?, cuando me busquéis de todo vuestro corazón”. (Jeremías 29:13). Lo que hace la diferencia es el sentido de necesidad, necesidad personal de Dios, no de lo que hacen los demás.

Y éste es ciertamente un departamento que pertenece a Dios, Él está tratando de hacernos comprender esto constantemente, todos los días. Y no sólo al comienzo de la vida cristiana. Al despertar cada mañana es cuando verdaderamente necesitamos a Dios. ¿Ocupa esta práctica el primer lugar en su lista de prioridades? ¿Necesita usted el compañerismo de Dios? ¿Necesita su presencia?

En cierta ocasión, unos estudiantes me pidieron que me reuniera con ellos, y les hablara de la vida devocional. Accedí a su petición, y me fui a casa a leer en mi concordancia, la palabra “devoción”. Por fin encontré lo que buscaba bajo el encabezado de Juan 17:3: “Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el Único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado”. Este es uno de los mejores versículos de la Biblia sobre la comunión con él, y para que esto sea posible, tenemos que pasar con Él un tiempo en forma personal y privada. Lo cual nos lleva la cuarta revelación.

LA PARTICIPACIÓN CON OTROS

La vida devocional de la persona verdaderamente convertida, que entra en una relación estrecha con Dios, puede conducirla en una de dos direcciones: o ser maravillosa durante corto tiempo, y luego enfriarse; o conducirla a un compañerismo, a un amor, a una relación cada vez más intensa con él. ¿Qué hace la diferencia?

Saber que Dios no sólo quiere hablarnos y escucharnos mientras nos relacionamos, sino también obrar por medio de nosotros. Por lo tanto, esto se convierte en uno de los descubrimientos más emocionantes que puede hacer la persona. Aun si se ha convertido y se siente emocionada respecto al Evangelio, su comunión privada con Dios puede enfriarse si sólo termina allí. Tiene que participar en la TESTIFICACIÓN y en la SALVACIÓN de otros. En nueve de cada diez casos, la explicación de por qué se enfría la relación con Dios, aunque haya sido significativa por un tiempo, es la falta de participación.

El motivo principal por el cual Dios nos ha dado una obra que hacer en la proclamación del Evangelio, es beneficiarnos. El Señor quiere que disfrutemos del compañerismo, que es el resultado de ir y realizar la obra juntos.

LAS PRUEBAS DE LA VIDA.

Aun si usted ha experimentado una relación personal y emocionante con Dios, y quiere hablar de eso; aun cuando usted estudie la Biblia, ore y participe en el servicio, las cosas pueden salir mal. La historia de Job es un ejemplo extremo. Puede desanimar a cualquiera. Lo que puede sacar de quicio a una persona, es el hecho de haber entendido intelectualmente que el cristianismo se basa en una relación, más que en un comportamiento, pero que no lo ha entendido todavía con

todo su corazón. Esta extraña enfermedad de basarnos en nuestra conducta para estar seguros de nuestra salvación, no se descarta fácilmente. Hasta podemos creerlo mentalmente, pero no de corazón.

Muchas veces Dios permite algo terrible, una experiencia dura al principio de la vida del verdadero cristiano, para probarlo y ver si está en el camino por amor a Dios, o por otro motivo egoísta. Muchas veces acudimos a Dios por razones equivocadas. De manera que cuando pasamos de la condición laodicense a la del Evangelio, podemos volvernos dolorosamente conscientes, de que el techo puede venirse abajo.

La persona puede hasta caer y fracasar más, que si no fuera cristiana. El enemigo puede perseguirnos día y noche. Y uno piensa, “¿dónde está el poder de Dios?”. Quisiera sugerir que está actuando paralelamente, porque la generalidad de las personas, en la mayoría de los casos, cuando experimentan el verdadero reavivamiento y la verdadera emoción del Evangelio, descubren que todo les sale mal. Puede estar seguro de ello. Si, por el contrario, todo le sale bien, agradezca a Dios por la bonanza, porque la mayoría de las veces no será así.

Entonces, la pregunta crucial sería: ¿Va a seguir tratando de conocer a Jesús por medio de una relación personal, considerando lo mucho que Él ha hecho por usted, o va a tirarlo todo por la borda de una buena vez? Usted sabe lo que quiere el enemigo. Y muchas veces tiene éxito.

¿Se mantiene invariable nuestro amor a Dios, aun cuando todo se derrumba? ¿Sí, o no? En su gran amor, Dios quiere que descubramos esto.

¿No es una evidencia de su amor, que él quiere que lo descubramos, para que sepamos lo que realmente nos conmueve?

LA VOLUNTAD

El sexto descubrimiento es saber cómo actúa la voluntad, en el contexto de la Salvación. Sé que en general, este tema aún no está del todo cocinado, pero me gustaría asegurar que pronto figurará de un modo notable. Desde hace mucho tiempo, se nos ha dicho que estaríamos en constante peligro hasta que entendiéramos el papel correcto que desempeña nuestra voluntad en la vida cristiana, y que en virtud de ello, se podría efectuar un cambio completo en nuestras vidas. ¿Ha estudiado este tema? Todo tiene que ver con el asunto de si la santificación es solamente por fe, o no. Tiene mucho que ver, con el problema del esfuerzo humano y el poder divino. Creo que antes que terminemos el presente diálogo en la Iglesia, descubriremos que la gente puede estar impedida, de aceptar la premisa de que la justificación es sólo por la fe, pero que es duro sustraernos a la idea de que hay algo que podemos hacer, en algún punto, en el proceder la Salvación. Algunos pelearemos como perros, antes de ceder a la idea de que vivir la vida cristiana, y lograr la santificación, es hacerlo mediante la fe y las obras.

Si a estas alturas hemos escuchado discusiones intensas sobre la justificación, les aseguro que escucharemos otras más intensas todavía sobre la santificación. Es posible que en su mente, no esté aún claro lo que Dios enseña realmente concerniente a cómo funciona su voluntad, día tras día, en la vida cristiana; pero quiero pedirle, quiero invitarlo, quiero rogarle que estudie el asunto por usted mismo. Estará en constante peligro mientras no lo haga. ¿Por qué? Porque si no entiende correctamente cómo funciona su voluntad en el desarrollo de su vida cristiana, el enemigo tiene ya estudiado un método para desanimarlo, y provocar un cortocircuito en su relación con Dios. Estudie este asunto cuidadosamente.

Ahora bien, me doy cuenta de que sugerí un orden de ataque, que surge de la experiencia personal. También estoy dispuesto a admitir, que mi orden puede estar fuera de tiempo. En cierta ocasión, a mi viejo automóvil se le detuvo el motor. Descubrí que la correa se había averiado. Estaba

lejos de mi casa, por lo tanto el asunto era serio. Pero en el proceso de lograr que el motor arrancara, descubrí que es muy importante hacer las cosas en el momento oportuno.

Es posible que mi momento oportuno, en términos de conocimiento de la vida cristiana, y de la revelación o descubrimiento de las cosas del Evangelio, difiera del suyo. El momento oportuno en mi experiencia ha estado fuera de foco, particularmente en lo que se refiere a esto último. Debí haberlo experimentado mucho antes en mi vida, y sólo ha llegado a ser una hermosa realidad en los últimos dos años.

LA SEGURIDAD

La séptima revelación tiene que ver con la seguridad de nuestra salvación, es decir, la seguridad de que hemos estado en lo correcto desde el principio.

¡Qué diferencia hace esto en la vida del cristiano, en su andar con Dios, día tras día!

El versículo que viene a colación, particularmente en cuanto a la seguridad de la salvación, es el de 1 Juan 5:12: “El que tiene al Hijo, tiene la vida, el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida”.

¿Qué significa tener al Hijo? Significa tener una relación con Él. Yo tengo a mi esposa. Y me relaciono estrechamente con ella. Me trato con mis amigos, me relaciono con ellos. Así que tener al Hijo, es tener una relación, un trato, un compañerismo con él, y si es así, tenemos la vida, ahora mismo. No es asunto de esperar a ver si somos fieles, si nos comportamos bien. La tenemos ahora mismo.

¿Qué diferencia hace esto? Si este conocimiento llega temprano, y no tarde, a su vida, le traerá paz. Y según el libro “El Camino a Cristo”, la victoria proviene de la paz. Si estudio la vida y obra de Jesús, y la certidumbre de la salvación provista por él, y acepto esa seguridad, podré disfrutar de paz ahora mismo, en el momento en que me acerco a él. Y esta paz en sí misma es un elemento tremendamente transformador. ¿Ya lo ha descubierto? A veces llegamos a comprender esto muy tarde en la vida.

¿Por qué?

Supongo que por el hecho de haber estado expuestos a ciertos énfasis, a lo largo de nuestra historia y de nuestra subcultura. Temo que de alguna manera, sigamos pensando que no es correcto sentirnos seguros de nuestra Salvación.

Me atrevo a decirle, que usted seguirá teniendo luchas, a pesar de las revelaciones que haya experimentado. Sin necesidad de hacerle preguntas, puedo predecir que tendrá luchas mañana, y pasado mañana, y el próximo jueves, hasta que Jesús venga. Mientras Satanás reine en este mundo, mientras dure la vida, estaremos siempre en batalla. Pero indudablemente, es una buena noticia saber que Jesús ha hecho provisión, para que nuestro destino eterno esté asegurado. Ya está decidido. Y si somos fieles a Él, porque lo conocemos como nuestro mejor Amigo, podremos tener esta seguridad.

EL AMOR CONSTANTE DE DIOS.

Yo solamente he compartido con usted los siete descubrimientos (o revelaciones), más sobresalientes en mi vida. Actualmente, el Señor está trabajando con el octavo. Puedo adelantarme en qué consiste, puesto que Él se mantiene asegurándomelo siempre. Y es que el amor de Dios es constante. El amor de Dios nunca falla. Siempre está allí. Mi amor es imperfecto, inestable, muy variable, pero el suyo es constante, firme y seguro, y Él se mantiene recordándomelo. Nunca cambia; siempre es el mismo.

¿Está usted descubriendo esto? Y ¿sabe una cosa? Es ese amor, esa sublime realidad de la absoluta lealtad de Dios hacia aquellos por los cuales él murió para salvar, lo que finalmente nos conquistará. Ello nos hará tan absolutamente leales a Él, que ni siquiera pensaríamos en mirar hacia atrás durante toda la eternidad. ¿Lo cree usted? El amor de Dios que nunca cambia es algo que no puedo entender. A veces, cuando siento que más le he fallado y que más he caído, el Señor me da una oportunidad de testificar, en cuanto a los asuntos del Evangelio. Y yo digo: “Espera un minuto Dios. Alguien se ha quedado dormido en el conmutador. Tienes que esperar hasta que mi registro demuestre que he estado portándome bien, por lo menos una o dos semanas”. No, Él trata de decirme que está allí esperando, y que quiere obrar en mí, de nuevo, ahora mismo. Él anhela tener ese compañerismo conmigo, y me invita a tenerlo.

Amigo lector, sea lo que fuere que el Señor esté tratando de hacer en su vida, déjele actuar. Escuchemos con atención, y salgamos de Laodicea, para entrar en la emoción de lo que nos depara el Evangelio.

CAPÍTULO 6: NIETOS DE DIOS

¿Cree usted en la justificación por herencia? La humanidad ha inventado cierto número de marcas diferentes de justificaciones falsas. Por supuesto, está la justificación por obras, y la mayoría de nosotros sabe que esto no tiene asidero. Tenemos la justificación por resolución (cada día de Año Nuevo volvemos a intentarlo). Tenemos la justificación por denominación: si pertenecemos a la iglesia verdadera, la obtendremos. Tenemos la justificación de la que habremos oído hablar alguna vez, de someternos a una lobotomía prefrontal (extracción parcial del cerebro), para entonces ser justos. Tenemos hasta la justificación por arquitectura, en virtud de la cual la gente puede maldecir, y jurar, y beber en la calle, y después entrar en una gigantesca catedral, y sentirse movida a una reverencia tal, que ni se atreven a emitir el menor susurro. Recuerdo que cuando entré en la catedral de San Pedro, en Roma, me sucedió algo similar.

También tenemos la santificación por herencia. “Soy cristiano de segunda o tercera generación”. ¿Lo es usted?

¿Es posible pertenecer a la tercera generación de cristianos? Cuando estaba en la escuela secundaria, uno de mis profesores se puso de pie un día frente a la clase, y preguntó: “¿Cuántos de ustedes nacieron siendo adventistas?” La mayoría de nosotros levantamos la mano, y él dijo: “¿De veras? ¡Qué interesante! ¿Cuántos nacieron siendo ya adventistas? Quiero decir, ¿cuántos nacieron creyendo en el sábado, y en la segunda venida de Cristo? Escuchen mis amigos, lo único que les interesa a ustedes cuando nacen, es saber dónde van a encontrar algo qué comer”. Y siguió demostrándonos que nadie es adventista por herencia. Cada uno tiene que experimentar su propio nacimiento en el reino de Dios. No hay alternativa. Por eso, Dios no tiene nietos. Supongo que podríamos encontrar a alguien que pudiera calificar de tal a Abel. Quizás él llegó a ser lo más cercano posible a un nieto, hablando técnicamente.

Pero en el sentido espiritual, Dios no tiene nietos. A veces he pensado si el demonio no tendrá algunos. Es probable que tenga muchos: la iniquidad de los padres, “visitada” en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Pero eso no sucede con Dios. De ahí que él nos llama hijos una y otra vez. Los que han aceptado el gran plan de Salvación, son sus hijos e hijas. Debido a su gran amor, y al hecho de que él lo ha derramado sobre nosotros, nos llama sus hijos. La Biblia dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios”. (1 Juan 3:2). ¡Ahora! Cuando lea esto, se sentirá tentado a hacer una pregunta: ¿Cuándo es “ahora”?

¿Quiere decir cuando usted esté listo para la traslación (cuando Jesús arrebatará a sus hijos en las nubes de los cielos), cuando haya probado que sigue siendo fiel, y que va a seguir siendo una buena persona? ¿Es así como funciona? No. Ese no es el “ahora”.

¿Querrá decir entonces, cuando haya pagado suficiente diezmo, y nunca haya dejado de asistir a la iglesia? No. Ese no es el “ahora”.

¿Cuándo llegamos a ser hijos de Dios? He encontrado un primo hermano de este texto en Juan 1:12-13, que declara específicamente así: “Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. Nadie puede lograrlo por su propia fuerza de voluntad, ni por disciplina personal. No es posible lograrlo por ningún medio humano. Viene como resultado de ser nacidos de Dios. La palabra potestad, en este texto, significa realmente “derecho” o “autoridad”. A ellos les dio el derecho o la autoridad de llegar a ser hijos de Dios. De manera que cuando una persona cree en Jesucristo como su Salvador personal, entonces llega a ser hijo de Dios. Y esto implica más que un simple ejercicio espiritual, más que una actitud mental. Comprende más que un asentimiento mental. Implica llegar a tener una relación constante de

dependencia y confianza, de comunicación personal con el Padre.

-Pero aguarde un minuto, dirá alguien. Cualquiera puede deslizarse. Eso no hace ninguna diferencia. Ahora esa persona es hijo o hija de Dios. En esto están incluidos los que se deslizan, caen y pecan, los que siguen cometiendo errores. “Ellos siguen siendo mis hijos, dice Dios, siguen siendo mis hijas”. “Amados, ahora ya somos hijos de Dios”. ¿Escribe Juan a personas perfectas? No. Él mismo dijo: “Pero si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos ante el Padre”. Aquí no estamos tratando de construir una plataforma para la licencia para pecar, sino diciendo que podemos tener un hijo inmaduro, pero ello no quiere decir que no sea nuestro hijo, y que por lo tanto lo vamos a echar a la calle cada vez que cometa un error. Y si las personas están dispuestas a aceptarse unas a otras, a pesar de sus imperfecciones, ¡cuánto más Dios!

A veces olvidamos que cada uno de nosotros, individualmente, es responsable delante de Dios, y que debemos aceptar por nosotros mismos el gran plan de salvación. La justificación no es hereditaria. Nadie entrará en el Reino de Dios en los brazos de su padre, ni en las faldas de su madre. Cuando llegó el momento de irme a la universidad, este hecho fue una de las cosas que tuve empezar a considerar por mí mismo. Yo iba a estar fuera del ambiente agradable, amistoso y protector de mi familia cristiana, dentro del cual había crecido. ¿Había ya nacido de nuevo? ¿Era hijo de Dios gracias a ese hecho, y esa experiencia personal? ¿Sabía lo que significaba tener una relación con mi Padre Celestial?

“¿Está usted en Cristo? No, si no se reconoce a sí mismo como un pecador errante, desvalido y condenado. No, si se exalta y se glorifica a sí mismo. Si en usted hay algo bueno, todo es atribuible a la misericordia de un Salvador compasivo. Su nacimiento, su reputación, sus riquezas, sus talentos, sus virtudes, su piedad, su filantropía, o cualquier cosa en usted, o que esté conectada con su voluntad, no forma un vínculo de unión entre su alma y Cristo. No es suficiente que crea en cuanto a Cristo; tiene que creer en Él. Tiene que depender completamente de su gracia salvadora” (5TPI 48-49)

El nacimiento físico no nos hace hijos de Dios. Vivo agradecido por mis antepasados cristianos. Y también estoy agradecido de pertenecer a una tercera generación de adventistas. Agradezco a mi abuelo Nels, quien vino de Noruega, junto con sus hermanos Knute, Ole y Martin. Vivo agradecido, por la herencia y los antecedentes luteranos de esta gente que temía a Dios, que lo amaba, gente del viejo continente. Un día, mi abuelo Nels se puso a leer la Biblia y tropezó con los Diez Mandamientos, y algo le llamó mucho la atención.

- ¿Dónde está el almanaque?, preguntó. Después de mirarlo, empezó a poner las cosas en su lugar. Entonces dijo a mi abuela:

-Madre, creo que no hemos entendido lo que dice la Palabra de Dios. Así empezó a adorar a Dios en su día especial, sin siquiera saber que había otras personas en el mundo que hacían lo mismo. La novedad se divulgó entre la comunidad agrícola del estado de Wisconsin, donde la familia se había establecido. Un día, cierto colportor adventista cristiano, que se dirigía al oeste del país, llegó a ese lugar en una carreta tirada por caballos. El colportor se detuvo en una explanada del camino, y preguntó a los agricultores si había allí alguna Iglesia Adventista del Séptimo Día. Y los agricultores preguntaron:

- ¿Qué es eso?

- ¿Vive por aquí alguien que adora en el día Sábado?

-Sí. Por aquí vive un hombre de apellido Venden, que guarda el sábado. Entonces informaron al colportor a cuántos postes de distancia vivía mi abuelo. Y el hombre se presentó en la

entrada de la finca, precisamente cuando el sol se ponía un viernes de tarde. Descendió de la carreta y preguntó a mi abuelo:

- ¿Usted se apellida Venden?

-Sí.

- ¿Es usted adventista del séptimo día?

- ¿Qué es eso?, preguntó mi abuelo.

-Bueno, dijo el colportor, ¿guarda usted el sábado?

-Sí, señor.

-Bien, permítame estrechar su mano.

Y así conoció mi abuelo al primer adventista del séptimo día. Invitó al colportor a quedarse ese fin de semana con ellos. Se sentaron a la mesa del comedor, y el colportor sacó algunos libros, y empezó a explicar cosas sobre las cuales mi abuelo había estado pensando. A mi abuela no le gustó nada el asunto, así que se sentó en una esquina, y empezó a tejer furiosamente, pero no pudo evitar escuchar con un oído, y pronto atravesó el comedor, y se sentó con ellos.

Mi abuelo Nels se hizo adventista del séptimo día, ese mismo fin de semana. Más adelante se mudó con su familia a la costa del oeste. Todos sus hijos e hijas y sus descendientes, más de setenta de ellos, han sido adventistas cristianos. Y yo pienso, “¿no es grandioso? Me siento agradecido por esto”. Y estoy orgulloso de mi abuelo Nels.

También agradezco lo sucedido cuando se estaba muriendo. Mi padre, que tenía entonces nueve años, y toda la familia estaba reunida alrededor de su cama. Y mi abuelo, como un antiguo patriarca, oró para que todos se encontraran en el Cielo. Pidió a los presentes, uno por uno, que prometieran encontrarse de nuevo con él. Me encanta esa clase de fe sencilla, esa clase de confianza que tenía entonces la gente del viejo continente. Como resultado de estas historias inspiradoras, me he vuelto un fanático de la crianza a la noruega.

Pero mi herencia, mis antecedentes, no significan nada, si no me he convertido personalmente en hijo de Dios. Usted debe sentirse agradecido, si entre sus antepasados tiene familiares amados que defienden la Biblia y la verdad. Pero aun así, tendrá que nacer de nuevo en el reino de Dios. Él no tiene nietos.

La Biblia es bien clara, cuando dice que una vez que usted ha nacido de nuevo, se le adopta en la familia de Dios. Usted lo sabe, ¿no es cierto? Lo encontramos en Gálatas 4:4:

“Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestro corazón el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Padre, Padre! Así, ya no eres más siervo, sino hijo. Y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”.

Antes era un desterrado, forastero en la tierra: por nacimiento, extranjero, y pecador por elección; Mas nombre propio obtuve, por mi adopción: Y heredero soy de un manto, una corona y una mansión.

Tan pronto nacemos de nuevo, Dios está dispuesto a adoptarnos como sus hijos. El hecho de haber aceptado su amorosa invitación, para nacer espiritualmente en su reino, es lo que hace posible que Dios nos adopte. Él es el gran Padre adoptivo del universo. Así que si alguno de ustedes ha

estado coqueteando con la idea de adoptar un hijo, tiene un buen ejemplo en Dios.

Durante ocho años, mi esposa trató de convencerme para que adoptáramos un hijo. Por mucho tiempo no quise tener nada que ver con el asunto. Un día dije:

- Bueno, si el padre fuera presidente de la Universidad de Harvard, y la madre una reina de belleza, quizá lo pensaría.

- Tú no eres presidente de la Universidad de Harvard, me contestó.

- Tampoco tú eres una reina de belleza, le argüí; y seguimos discutiendo.

Cuando uno tiene sus propios hijos, y descubre que uno de ellos va por malos caminos, se resigna a sufrir las consecuencias. Si los hijos salen buenos, por supuesto, es un asunto hereditario. La ventaja de los que adoptan un niño es que, si éste sale bueno, se deberá al ambiente que usted le habrá provisto; pero si no sale tan bueno, la culpa no será suya, pues se deberá a la herencia que usted no le dio.

Al considerar todos estos factores, usted piensa: “¿A quién se parecerá el niño? ¡Me pregunto a quién se parecerá!” Por eso, yo pensé y consideré ambas caras del asunto, y los diferentes ángulos posibles. Entonces un día mi esposa me ganó. Ella conocía mi punto débil. Por fin encontró al niño idóneo. ¡El bebito era medio noruego! Y nunca lo lamentamos. ¡Cuánta emoción! Tener a su hijito o hijita que ha elegido, especialmente cuando se le acerca y le dice: “¡Papito, te quiero mucho!” No hay quien se resista. Saber que este niño también lo ha elegido a usted, es una experiencia única en su clase. Pero ya sea el hijo propio o adoptivo, siempre se corren riesgos. Ahora quisiera cambiar el cuadro. Contemplemos al gran Dios de los cielos, al bondadoso Padre adoptador universal. Él baja la vista, y se encuentra con una larga lista de personas dispuestas a ser adoptadas. En la lista hay un ladrón que cuelga de una cruz. ¡Cuidado, Dios! ¡Cuidado con el aspecto hereditario! Dios dice: “Lo adopto”. ¿Sí? Aquí ve a un hombre que huye. Es un usurpador, un mentiroso, un ladrón y un engañador. Está huyendo de su casa. Es un fugitivo en el desierto, su hermano está ofendido con él, está dispuesto a matarlo. Y Dios envía una escalera que va de la tierra al cielo, y dice: “Lo adopto. Lo adopto”.

Luego, ve a una mujer que ha tenido tremendas luchas. Estuvo endemoniada siete veces. ¿Herencia? Mejor ten cuidado, vecino. ¡Cuidate de ella! ¡Es demasiado riesgoso! Pero Dios mira y dice: “La adopto”. Y yo digo: “Esto no es cosa de humanos. Esto es divino”.

Aquí hay uno de raza amarilla. Dios dice: “¡Lo adopto!” Por allá otro de raza negra. Dios dice: “¡Quiero adoptarlo!” Allá hay un tercero de raza blanca. “También quiero adoptar a éste”. ¿Así funciona esto? He sabido de algunas personas, que parecen tener la misma compasión que corre por sus venas. Adoptan personas, muy pocas parecen tener esa clase de corazón. ¡Pero Dios es nuestro ejemplo! Y me adopta mí. Lo adopta a usted. Adopta a todos los que estén dispuestos a ser llamados hijos, y les da la bienvenida en su familia. Entonces les dice: “Yo soy vuestro Padre”.

¿Cuándo llegamos nosotros a ser hijos de Dios? Ahora.

¿Cuándo es ahora? Cuando creemos, cuando aceptamos. Y Él ha hecho provisión mediante el poder de su Espíritu Santo, para que nos conformemos a la imagen de su Hijo. Y Dios dice: “Si tienes a mi Hijo, tienes la vida, la vida eterna”. Y cualesquiera sean tus malas tendencias hereditarias o cultivadas, hay un poder que puede transformarte y hacerte feliz, darte paz por toda la eternidad. Y Él nos dice como a su Hijo: “Eres mi hijo amado. Me complazco en ti”.

- Oh, pero yo he estado metiendo la pata, dice usted.

Soy inmaduro, cometo errores y fracaso.

- Sí, dice Dios, pero sigues siendo mi hijo.
- Pero, Señor, ¿cómo puedes tú adoptar a personas que son hijos del demonio?

Y el mismo Jesús dijo:

- Tú eres del demonio, tu padre es el demonio.

Y algunos de los que escuchaban en esa ocasión fueron adoptados. ¿Hijos de Belial? Sí. ¿Hijos del Trueno? Sí, también del trueno. Vez tras vez, percibimos el poderoso amor de Dios y su devoción paternal.

Entonces usted dice:

- Yo creía que Dios era un tirano. Pensé que él trataba de castigarme.

No, Él es tu Padre, y quiere que tú y yo seamos más que sus nietos. Él nos quiere como hijos.

Pienso en Moisés que fue adoptado por la hija de Faraón. La princesa Hatshepsut fue la única mujer que reinó en Egipto. Ella escogió a Moisés, porque su padre no tenía heredero. Este fue adoptado en la familia terrenal, mundanal, con el fin de que reinara. Pero llegó el día, dice Hebreos 11, en que él “rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado”. (versículo 24). ¿Por qué? ¡Porque había sido adoptado por Dios!

Un día observé a través del cristal, las momias egipcias en un museo de El Cairo, lugar donde podría haber estado la de Moisés. No pude menos que pensar en la diferencia que hay entre ser elegido hijo de Dios, adoptado en su familia, y haber nacido en el seno de la más grande nobleza del mundo, con sus palacios, sus tronos de marfil y sus leones esculpidos. ¡Cuánto mayor privilegio! ¿No es cierto? Él eligió más bien ser hijo de Dios.

Cierta vez conocí a una muchacha que quería casarse con un pastor, porque según ella, eso le daría un pase seguro para entrar en el Reino de los Cielos: justificación por el matrimonio. Pero lo cierto es que ambos, en forma individual, tuvieron que nacer de nuevo, y ser adoptados en la familia de Dios.

Por eso mi pregunta es: ¿Ha descubierto usted la gran verdad, de que aunque Noé, Job o Daniel estuvieran en la tierra, sólo podemos encontrar liberación mediante nuestra responsabilidad personal hacia el plan de salvación? ¿Ha descubierto usted, junto con Moisés, que la experiencia más feliz de la vida es ser adoptado en la familia de Dios; llamar Padre al Señor Todopoderoso; comprender que Él está listo a vigilar cada pulgada del camino, para cerciorarse de que usted reciba su herencia? Así son los padres, ¿no es cierto? ¿Conoce usted a este Padre, como su amigo personal, como su verdadero Padre?

Cierta vez, un peluquero me preguntó cuál era mi profesión. Le contesté que era un predicador adventista. Él volvió a preguntarme:

- ¿Por qué es usted adventista?

Y entonces procedí a darle todas las buenas razones.

Volvió de nuevo a preguntarme:

- ¿Qué era su padre?

- Adventista, le respondí.

- ¿Por qué es usted predicador?, preguntó entonces. Y le di todas las buenas razones que pude encontrar. Luego, él inquirió:

- ¿Qué era su padre?

- Mi padre era un predicador, repliqué. En ese momento, yo ya quería irme de la peluquería.

Si bien este hombre era un escéptico, a quien le gustaba fastidiar a la gente en cuanto a Dios y la religión, no puedo evitar oír la voz de Dios, haciéndome las mismas preguntas a su manera. Él pregunta a todo el mundo, estudiantes universitarios, jóvenes, miembros que tienen cuarenta años, y aquellos que han sido miembros durante cuarenta años.

Dios pregunta:

- ¿Por qué eres cristiano?

- Oh, soy cristiano de tercera generación.

- Eso no tiene ningún valor, declara el Señor.

No niego que ser cristiano de tercera generación tiene sus ventajas, pero no se toma en cuenta. ¿Por qué? Porque yo he encontrado una relación personal y significativa con mi Padre celestial.

¿Por qué es usted adventista?

- Bueno, así me criaron. Esos son mis antecedentes. No tuve mucha oportunidad de elegir.

No, creo que el mismo Dios, al igual que el peluquero escéptico, está haciendo la misma pregunta. ¿Por qué es usted lo que es? ¿Por qué? Y mientras él sigue preguntando, quiero darle una respuesta convincente, inteligente, comprensiva, voluntaria. ¿Y usted?

Hoy estoy agradecido por el amor de Dios, porque Él puso ese amor en los corazones de padres y madres, cuando se sientan a leer o a lavar los platos, y reaccionan amorosamente cuando un pequeñín llega bamboleándose, y tira del delantal o pantalón. Cuando su hijito dice: “Mami, papí, te quiero mucho”, usted se da cuenta de que la emoción que corre por sus venas se parece a la que Dios siente cuando le correspondemos. Todo el amor que vemos aquí reflejado no es más que una sencilla ilustración, un pequeñísimo ejemplo del gran amor de Dios, que es al Autor de todo. Y cuando nos arrodillamos espontáneamente delante de Él, sin que nadie en la Iglesia nos mire o motive, y sin que medie ningún estímulo externo, y decimos: “Dios mío, yo te amo”, debe significar para Él diez mil veces más, que cuando ese niño se lo dice a usted o a mí.

¿No es cierto?

El Dios que permitió que se inventara la cinta magnética para grabaciones, que podría haber

tenido diez millones de grabadoras repitiendo: “Señor, te amo”, consideró que sería un premio mayor, que los seres humanos inteligentes, individualmente, eligieran decir: “Gracias, Señor mío, por adoptarme como tu hijo. Yo también te amo. Yo también te escojo a ti”.

CAPÍTULO 7: LA RELIGIÓN PREVENTIVA

Hubo una vez un hombre que tenía una extraña enfermedad. Su principal problema era que todo el tiempo sentía latidos en la cabeza, y tenía los ojos dilatados. Visitó al médico. Después de examinarlo, éste le dijo que le quedaban solamente tres meses de vida. Procurando sentirse lo más feliz posible durante esos tres últimos meses, y siendo que no era religioso, decidió ir a una tienda especializada en ropa de hombre, y comprarse algunas camisas, estas camisas estampadas, de colores suaves, con óvalos o rayas, es decir, toda clase de camisas llamativas. Así que compró todas las que pudo, para disfrutar poniéndoselas durante sus últimos tres meses de vida. Cuando se disponía a pagar el precio de las camisas, el dependiente le preguntó qué número de talla usaba. El hombre respondió:

-Bueno, yo uso talla 15 en el cuello.

-Su cuello es más grande que esa medida, le dijo el dependiente, y procedió a medirlo con una cinta métrica. Descubrió que el hombre había estado usando camisas demasiado pequeñas para su tamaño. Si usted usa camisas con cuello 15, cuando su medida es 17, la cabeza le va a latir fuertemente y los ojos se le van a dilatar. El hombre cayó en la cuenta. Desde entonces compró camisas 17 y vivió una vida feliz.

La idea no es cuestionar a la profesión médica en particular, pero hay muchas personas que tienen problemas cuya solución podría no ser tan complicada, ni estar tan distante como ellos piensan. Espero que noten la relación entre este incidente y nuestro tema, “Religión preventiva”, que es una especie de adaptación de la práctica moderna llamada “medicina preventiva”.

Según entiendo, la medicina preventiva no tiene necesariamente el propósito de impedir que la gente ingiera medicamentos, en algún momento. La medicina preventiva promueve un estilo de vida correcto, que no necesita depender de medicinas; es decir, como su nombre lo indica, previene la pérdida de la salud. “Un gramo de prevención vale más que un kilo de curación”, dice el adagio. Cada día, más médicos se interesan en la medicina preventiva. En un congreso campestre hablaba con cierto médico, que si no me equivoco, ya se acercaba a la jubilación, pero estaba tan emocionado con el ejercicio de su profesión, que después de haberme contado algunas de sus experiencias, me pregunté qué estaría haciendo. Quise saber si ya estaba jubilado.

- ¿Jubilado?, repuso, ¡pero si apenas estoy comenzando. Durante cuarenta años, no había entendido lo que realmente significaba la práctica de la medicina. Ahora me siento profundamente emocionado con ella. Se refería, ni más ni menos, que al ejercicio de la medicina preventiva.

Usando este mismo concepto, hablaremos de religión preventiva. No es que estemos en contra de la gente religiosa. Nuestro propósito es ayudar a la gente a mantener su religión, que no pierdan su fe.

Una cosa es llegar a ser cristiano, y otra muy diferente es seguir siéndolo. Muchas personas acuden a Cristo, pero dada la abundancia de la iniquidad, el amor de muchos, incluyendo el suyo, se endurece como la cera. Jesús dijo: “Pero el que persevere hasta el fin, ése será salvo”. (Mateo 24:13). De manera que vamos a considerar asuntos muy prácticos, a fin de descubrir algunos secretos para no dejar de ser cristianos, y cómo vivir la vida cristiana, a partir del momento en que uno llega a serlo.

Los investigadores de la medicina preventiva cada día descubren que hace años los adventistas usamos los ocho remedios naturales, tan conocidos hoy. De hecho, son tan sencillos que muchas veces los pasamos por alto. Hay una diversidad de formas de practicar el arte curativo,

pero existe sólo una que el cielo aprueba. Los remedios de Dios son los sencillos recursos de la naturaleza: aire, sol, temperancia o abstinencia, ejercicio, alimentación adecuada, el descanso, uso del agua, y confianza en el poder divino. Estos son los verdaderos remedios. También son los medios más genuinos de recuperación.

Algunos de nosotros, intrigados por estos sencillos ocho remedios naturales, nos hemos atrevido a colgar un cartelito y dedicarnos a la práctica de la medicina. Muchas veces, los miembros de la iglesia, urbanos y rurales, cuando padecen malestares llaman al pastor para contarle sus problemas y aflicciones. Por eso llevo estos ocho remedios en mi bolsillo, o en mi Biblia, y más de una vez los he compartido.

Sin previo análisis, la gente dice: “¡Bah! ¡Son tan sencillos!”. Sí, lo son, pero ¿los pone usted en práctica?

Invariablemente, alguien que ha luchado con su salud por años, descubre que fracasó en la práctica de uno o más de los ocho, y contrariamente, me he quedado sorprendido del éxito obtenido cuando la gente presta la debida atención a estos ocho remedios. ¡El resultado es fenomenal!

Pero nuestra intención es extender un puente, y pasar del ámbito de la salud física al de la salud espiritual, ya que el mismo Juan lo expresó cuando dijo: “Amado, deseo que prosperes en todo, y tengas salud, así como prosperas espiritualmente”. (3 Juan 2). Él unifica los dos campos: la salud del alma y la salud del cuerpo. Y es verdaderamente impresionante ver la fascinante similitud entre el reino espiritual y el físico. ¿Cuál sería la contraparte espiritual del aire puro? La oración. En el reino espiritual, la alimentación adecuada es el estudio de la Palabra de Dios. El ejercicio. Esto es, el servicio y la testificación. ¿El agua? El Espíritu Santo. ¿La abstinencia? Aquí hay que detenerse un poco. Significa moderación, temperancia, dominio propio, cualidades que son tanto espirituales como físicas. ¿Y qué significa el descanso? “Venid a mí”, dijo Jesús, “y yo os lo daré”, incluyendo el sábado. Jesús, el Sol de Justicia, es comparable con la luz del sol. Confianza en el poder divino. Por supuesto, esto es ya de naturaleza estrictamente espiritual. Veamos los ocho remedios de la religión preventiva.

AIRE

El primero es aire puro. En Lamentaciones 3:55 y 56, dice: “Invoqué tu nombre, oh Eterno, desde la profunda cárcel, y oíste mi voz. No escondas tu oído a mi clamor por alivio”. Es muy probable, que una autora cristiana haya tenido en mente este versículo cuando escribió que “la oración es el aliento del alma”.

Sabemos que es vital que los bebés respiren poco después de nacer. A decir verdad, es de suprema importancia. Mi esposa y yo tuvimos la dolorosa experiencia de asistir a una joven que esperaba ser madre, y a su esposo ansioso en un caso de nacimiento nefasto. Fuimos al hospital de la universidad, como presuntos padrinos. Más tarde nos llamaron sus padres, lo que nos dio acceso a la sala de cuidados intensivos para infantes. Las sospechas del médico resultaron fundadas. El bebé no respiraba. En realidad, ni siquiera daba muchas señales de vida. Pero enseguida empezaron a aplicarle técnicas apropiadas, y ¡qué alivio experimentamos todos, cuando el niño empezó a respirar! Esto es lo primero que el médico observa. Aplica al bebito la primera nalgada, o lo que sea, y todo el mundo sonríe, cuando éste respira y emite su primer grito. No es posible vivir mucho tiempo sin respirar.

Lo propio ocurre en el reino espiritual: nadie puede vivir espiritualmente mucho tiempo sin orar, ya que es el aliento del alma.

Se recomienda que el aire sea puro, y supongo que podemos llamar a esto la necesidad de

que la oración sea pura. ¿Quiere esto decir que hay oraciones impuras? Por cierto que sí. Vamos a considerar el principal propósito de la oración. De hecho, la mayoría de los cristianos tiene la idea de que el propósito principal de la oración es lograr soluciones, y lo que determina que sigan orando es si reciben respuestas o no.

Si su principal propósito al orar es recibir respuestas, muy pronto dejará de hacerlo, porque ése no es el objetivo principal de la oración, como no es conseguir respuestas el objetivo principal de la comunicación en el matrimonio. Toda relación normal, se basa en la necesidad de comunicación, sólo por la comunicación misma, no tanto para recibir contestación. La gente se relaciona por esa necesidad de compañerismo, de comunicación. Las personas conversan sólo con el fin de estar juntas; el asunto de las respuestas es secundario. El propósito más puro de la oración es establecer una relación. Ello no significa dejar de lado las respuestas. Dios sigue invitándonos a pedir, aunque éste no sea el principal propósito de nuestra conversación con él.

También nos invita a orar sin cesar, lo que implica algo más que sólo obtener respuestas. Piense por un momento,

¿cuántas respuestas estaría usted pidiendo sin cesar? Se nos dice que orar sin cesar es la unión ininterrumpida del alma con Dios. También se nos dice que aunque nuestra experiencia inicial de conversión a Dios haya sido maravillosa, la justificación del ser humano requiere mantener viva la fe en Dios, y esa conexión vital con Él. Los que diariamente dedican parte de su tiempo a meditar, orar, y estudiar las Escrituras, estarán conectados con el Cielo y ejercerán una influencia salvadora y transformadora sobre quienes los rodean. La vida de oración es esencial para preservar la vida cristiana.

Una de las primeras cosas que notamos cuando no tenemos suficiente aire, es que nuestros pensamientos empiezan a nublarse. Si nos falta oxígeno, no podemos pensar correctamente.

Recuerdo cierta vez que salimos de excursión en un pequeño motor home, con el fin de acampar. Nuestra intención era subir a las montañas, estar en la nieve. Pero, torpemente, en ese pequeño remolque con capacidad para cuatro o cinco personas, íbamos ocho. A fin de mantenernos calientes esa noche, encendimos la estufa de gas propano, puesto que el remolque no tenía calentador. Bien, todavía estoy aquí para contarles el incidente, pero entonces no nos dimos cuenta de lo que hacíamos. Mi esposa se despertó a medianoche con una urgente necesidad de aire, y la extraña sensación de que algo andaba mal. Ella se las arregló para abrir la ventana, y nos salvó a todos de una muerte segura. Pero por un rato tuvo problemas para pensar. Cuando falta el aire puro y el oxígeno, los pensamientos se nublan. Quizás aquí encontramos una estrecha analogía entre ésta y la siguiente consideración, en cuanto a la religión preventiva: la alimentación adecuada.

LA BUENA ALIMENTACIÓN

¿En qué pensamos, cuando hablamos de la alimentación adecuada en el sentido espiritual? Por supuesto, nos referimos a comer la Palabra de Dios. “Cuando recibía tus palabras, yo las devoraba”. (Jeremías 15:16). Jesús dijo: “Yo Soy el pan de vida. El que viene a mí, nunca tendrá hambre, el que cree en mí, no tendrá sed jamás”. (Juan 6:35). En Juan 6:53-56, Jesús aseveró:

“A menos que comáis la carne del Hijo del Hombre, y bebáis su sangre, no tendréis vida en el vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna. Y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en Él”.

Esta declaración fue incomprensible para sus oyentes, pero si hubieran pensado un poquito más profundamente en algunas de las cosas que los profetas del Antiguo Testamento habían escrito, no habrían estado tan confundidos. Hoy tenemos una clara idea de lo que esto significa. Es mediante la sangre derramada por Cristo en la cruz del Calvario, que podemos vivir una vida de santidad. Y cuando recibimos su Palabra, recibimos esta clase de vida.

Meditemos un poquito en la figura. Jesús dijo que necesitamos comer su carne y beber su sangre. Cuando reflexionamos en ello, pensamos en la sangre derramada y en el cuerpo quebrantado. Y al discutir en esto, nos viene a la mente la cruz, la muerte, nuestro Sustituto. Así que comer la carne y beber la sangre del Hijo de Dios, es aceptar en nuestras vidas lo que hizo por nosotros. Aceptamos en nuestra vida, en nuestro corazón, en nuestra mente, en nuestra misma existencia, todo lo que Jesús hizo por nosotros.

Ahora bien, la persona hace esto cuando acude por primera vez a Dios, después de haber agotado todo recurso, y acepta a Jesús como su Salvador personal. Pero esto no es suficiente, como tampoco lo es la primera comida con que se alimenta a un bebé. El asunto de comer su carne y beber su sangre, debe ser una experiencia diaria. Jesús fue el que usó la similitud entre lo físico y lo espiritual. Se necesita estar verdaderamente convertido, no sólo una vez, sino todos los días. La conversión lleva al hombre a una nueva relación con Dios, y este proceso debe ser constante. Ningún corazón renovado puede mantenerse apacible, sin la aplicación diaria de la sal de la Palabra de Dios. Para mantenernos convertidos, necesitamos recibir diariamente la gracia divina. Creo que por eso Jesús tuvo algo que decir en cuanto a la abundancia de la iniquidad, y el enfriamiento del amor en muchas personas. “Pero el que persevere hasta el fin, ése será salvo.”

Por lo tanto, aceptemos la analogía del propio Jesús, de que comer es un asunto diario. ¿Qué vamos a comer? Vamos a nutrarnos de su Palabra. Esta es la fuente de nuestro alimento espiritual. Pero no es suficiente leer la Biblia. Quiero dejar sentado que el conocimiento, sólo el simple conocimiento, podría destruirnos.

En el tiempo de Cristo, el mayor engaño de la mente humana consistía en creer que un mero asentimiento a la verdad constituía la justicia. En toda experiencia humana, un conocimiento teórico de la verdad ha demostrado ser insuficiente para salvar el alma. No produce frutos de justicia. Una estimación celosa por lo que se llama verdad teológica, acompañada a menudo al odio de la verdad genuina manifestada en la vida. “Los capítulos más sombríos de la historia, están cargados con el recuerdo de crímenes cometidos por fanáticos religiosos”. (DTG 275)

Nuestra única esperanza consiste no sólo en conocer las palabras de las Escrituras, sino también en comprender que los pasajes bíblicos difíciles y su comprensión, nunca son superados por los mismos métodos que se emplean para abordar los problemas filosóficos. Comprender las verdades de la Biblia no depende tanto del poder del intelecto aplicado a la investigación, como de la sinceridad de propósito, y un profundo anhelo de justicia.

Y por supuesto, esto es lo que nos motivará a procurar una experiencia diaria de conversión. Sólo Jesús puede traernos la verdad que es más que meras palabras, que llega hasta lo profundo del corazón y del alma. Quiero preguntarle, mi amigo, ¿anhela usted sinceramente la justicia? ¿Está usted hambriento y sediento de Dios, mucho más de lo que le atrae leer las palabras de un libro común? Doy gracias a Dios por darnos la promesa de que el Espíritu Santo será nuestro Maestro, porque sin Él, estamos hundidos.

Pero el ingrediente más importante en la alimentación espiritual es la comprensión de que la cruz es nuestra única esperanza. El enemigo lo sabe, y por eso trata constantemente de quitar de nuestra vista, lo que originalmente captó nuestra atención. Por eso, debemos pasar una hora diaria contemplando la cruz. Una buena dieta espiritual, tendrá como fondo la vida de Cristo, especialmente las escenas finales de su ministerio. Privar al cristianismo de la cruz, sería como privar al sol de su esplendor; porque sin la cruz, el hombre no tendría ningún vínculo con el Padre.

De ella depende nuestra única esperanza. De ella brilla la luz del amor del Salvador, y cuando desde los pies de la cruz el pecador contempla al que murió para salvarlo, puede regocijarse legítimamente de que sus pecados están perdonados. Cuando el hombre se arrodilla con fe ante la cruz, ha alcanzado el lugar más prominente al cual puede aspirar. Y en esto debe concentrarse su vida devocional. Si su atención no se enfoca en la cruz, entonces el fundamento del evangelio cristiano se volverá confuso, hasta podrá desaparecer de su mente, y usted paulatinamente se convertirá en un cristiano teórico, o en un pseudo cristiano, que lucha con problemas filosófico-religiosos, pero que apenas conoce a Jesús. Él no es el centro de sus pensamientos.

EL EJERCICIO

El tercer elemento necesario para vivir la vida cristiana y no perder la fe, es el ejercicio. Por supuesto, el ejercicio físico está cada vez más en boga en nuestros días. Algunas personas lo practican en forma excesiva. Hace poco un médico me lo dijo. Eso me produjo bienestar. Nuestro mundo considera el ejercicio como máxima prioridad; se piensa únicamente en las funciones del cuerpo. Pero esta práctica ha llegado a convertirse en una manía tal entre muchas personas, que hasta las revistas especializadas se han pronunciado en contra del exceso.

Vamos a pasar del ejercicio corporal, al ejercicio espiritual. El apóstol Pablo hizo una recomendación interesante a Timoteo, que supongo indujo a la gente dedicada a la educación física de aquel tiempo, a que la rechazara inmediatamente. “Desecha las fábulas profanas y de viejas. Ejercítate para la piedad; porque el ejercicio corporal para poco es provechoso, pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera.” (1 Timoteo 4:7-8) ¿Cuál es la petición de Pablo? Estoy seguro de que él mismo debe de haber hecho mucho ejercicio, con todas esas caminatas y viajes que tuvo que realizar. Pero él dijo, que comparativamente, el ejercicio más importante es el de la piedad. El libro “El Camino a Cristo”, página 119, aplica muy bien este concepto en las siguientes palabras:

“La fuerza se desarrolla con el ejercicio; la actividad es la misma condición de la vida. Los que se esfuerzan por mantener su vida cristiana aceptando pasivamente las bendiciones comunicadas por medio de la gracia, sin hacer nada por Cristo, procuran simplemente vivir comiendo sin trabajar. Pero el resultado de esto, tanto en el mundo espiritual como en el temporal, es siempre degeneración y decadencia. El hombre que rehúse ejercitar sus miembros no tardará en perder la facultad de usarlos. Asimismo, el cristiano que no ejercita las facultades que Dios le dio, no sólo dejará de crecer en Cristo, sino que perderá la fuerza que tenía.”

Con mucho riesgo, haré una declaración. A pesar de que lea asiduamente la Biblia, ore, respire mucho y se alimente espiritualmente, si no se ejercita espiritualmente, usted perderá su salud espiritual. Siempre sucede así, y siempre será así. De vez en cuando suena el teléfono y alguien me dice: “He estado leyendo la Biblia, estudiando la vida de Cristo y orando, pero no tengo deseos de hacer nada. Parece que Dios ni siquiera conoce mi dirección. Mis oraciones no suben más allá del techo. Al principio me sentía estimulado, pero ahora no siento nada”. Cuando sondeo un poquito a estas personas, descubro inevitablemente que no estuvieron participando en el servicio cristiano, ni testificando, ni involucrándose en algún plan misionero. Y la falta de ejercicio puede matar a cualquiera, aunque se alimente y hasta respire.

Admiro a los que hacen ejercicio temprano por la mañana y por la noche. Me recuerdan algo que aprendí cuando era estudiante. Se trataba de la clase a la 1 del mediodía, inmediatamente después de la comida. Nos sentábamos a tomar notas, mientras dormitábamos. Al final de la clase, íbamos tambaleándonos como borrachos hasta el dormitorio, para tomar una siesta de tres horas, sólo para despertar sintiéndonos peor que antes.

Entonces, un día todo se aclaró. No era que estuviéramos físicamente cansados, sino que nuestros nervios estaban cansados. Así que empezamos a ir al gimnasio, en lugar de ir a la cama, y a lanzar algunas pelotas o saltar en el trampolín. Después de treinta minutos, volvíamos a sentirnos completamente bien. Tomen nota los oficinistas y quienes tienen ocupaciones sedentarias: si se sienten cansados y agotados todo el tiempo, no es porque hayan dormido poco, sino porque no han hecho suficiente ejercicio. Así es. ¿Lo ha descubierto usted? Si hace suficiente ejercicio, no necesitará dormir tanto.

Pero el ejercicio, el ejercicio cristiano, la TESTIFICACIÓN y el esfuerzo misionero, lo pueden volver sediento. Y esto nos lleva al cuarto de los ocho remedios preventivos de la vida espiritual.

EL AGUA

El ejercicio genera sed y nos incita a tomar agua. Notemos lo que Jesús dijo cuando hablaba de la vida espiritual:

“En el último día grande de la fiesta, Jesús se puso de pie, y proclamó: ¡Si alguno tiene sed, venga a mí y beba! Como dice la Escritura, el que cree en mí, ríos de agua viva brotarán de su corazón. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él. Pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado aún”. (Juan 7:37-39).

Cuando Jesús se sentó a la derecha de su Padre, el Espíritu Santo se puso de pie, y se dispuso a obrar de una manera diferente, precisamente como el Consolador que Jesús había prometido. Y el Espíritu Santo se identifica como la lluvia en las Escrituras. Él trae la justicia. El Espíritu Santo hace descender la lluvia tardía, agua refrescante, y el fuerte clamor de Apocalipsis. El Espíritu Santo se manifiesta a lo largo de la vida cristiana, desde la conversión hasta su final. Pero es el ejercicio, la participación en el servicio, y la testificación, lo que nos atrae al agua. Y crecemos en gracia, cuando somos atraídos al agua para recibir las corrientes profundas de los poderosos recursos de Dios, mediante el Espíritu Santo. Si usted quiere experimentar el gran poder del Espíritu Santo en su vida, permítame señalarle algunos pasos que le ayudarán a entender mejor este proceso.

1. Acepte a Jesús de nuevo cada día, como su única esperanza de salvación. (véase Gálatas 3: 2-5).
2. Acepte el don del arrepentimiento que Jesús le da, y recibirá el don del Espíritu Santo. (véase Hechos 2:37-38; 5:31)
3. ¡Obedezca! Pero que esta obediencia se base en un servicio continuo, en lugar de bajar la antorcha; siga adelante, alcanzando a otros. (véase Hechos 5:32)
4. Admita que tiene sed; dígame a Dios que está sediento; acepte la promesa de que a cualquier costo, usted quiere tener al Espíritu Santo en su vida, dejando de lado cualquier otro método para experimentar una vida cristiana vibrante. (véase Juan 7:37-39).
5. Pídaselo a Dios. Pídale a Dios el Espíritu Santo. A veces llamamos al Espíritu Santo como si fuera un pronombre neutro. Pero el Espíritu Santo es también pronombre personal; y más importante aún, es una Persona. Jesús nos lo ha prometido, y dice que si se lo pedimos, nos lo dará. Él está dispuesto a dar el Espíritu Santo a todos los que se lo pidan.

(véase Lucas 11:13). ¿Por qué no buscar al Espíritu Santo, cuando este gran don trae consigo todas las otras bendiciones juntas?

En el siguiente capítulo, hablaremos de los últimos cuatro remedios preventivos de la religión, que son más que nada el resultado de los primeros cuatro. Los últimos cuatro son el dominio propio (o temperancia), el descanso, la luz solar (la presencia de Dios), y la confianza en el poder divino. Pero, mientras tanto, lo invito a que parta el pan de vida cada día, a respirar cada día, porque no podría ir muy lejos sin estas dos, y a hacer ejercicio todos los días en el sentido espiritual. Eso lo hará estar sediento del Espíritu Santo.

“El Pan de Vida soy, dice el Señor; Ven, alma hambrienta, ahora al Salvador. Hambre jamás tendrá quien viene a mí, Sed nunca sentirá quien cree en mí”.

“Hazme vivir, Señor, cerca de ti; La deuda de tu amor hoy siento en mí. Te entrego a ti mi ser, mi corazón. ¡Llor a ti, Señor y bendición!”

CAPÍTULO 8: MÁS RELIGIÓN PREVENTIVA

La mayoría de los niños han tenido que ir al médico para que los inyecten. Todavía recuerdo el temor que suponía esa experiencia. Son muchas las historias de muchachos, que les gusta contar acerca de esas agujas largas, tan largas que atraviesan el brazo hasta el otro lado. Lo peor de todo es cuando llega el curso escolar, y todos tienen que vacunarse. Ya en ese punto, había toda clase de agujas que atravesaban los brazos. ¡El temor y el espanto eran abrumadores! Pero lo interesante que descubríamos la mayoría de nosotros, era que el dolor y el problema anticipados eran peores que la misma realidad. Cuando llegaba el momento, nos quedábamos sorprendidos de lo sencillo que era el procedimiento para los médicos y las enfermeras, porque éstos habían aprendido a hacerlo en la forma correcta.

Una vez me intervinieron quirúrgicamente, y el médico me dijo que podía irme a casa, siempre y cuando todos los días fielmente se me inyectara un antibiótico. ¡Qué bueno que podía salir del hospital e irme a casa! Pero después del primer intento fallido de mi esposa para inyectarme, y después que su padre trató varias veces, y también su hermano menor, empecé a sentirme como un cojín de alfileres, o una de esas tablas verticales que se usan para practicar el lanzamiento de dardos, así que tomé la jeringuilla para aplicármela yo mismo muy despacito. Pero ello fue peor todavía. De pronto, todos los médicos y enfermeras expertos empezaron a caerme bien.

Cuando uno pretende tratarse a sí mismo, ya sea en el campo de la medicina física, o de la espiritual, las cosas no salen bien. Necesitamos al Médico divino. Y a eso se refiere esta segunda parte del estudio, sobre la religión preventiva. Partimos de la premisa, de que los mismos ocho remedios sencillos que emplean las escuelas de ciencias de la salud y la gente que se dedica a la medicina preventiva, tienen su contraparte en la vida espiritual. En el campo físico, estos ocho remedios sencillos, los remedios de Dios, son simples agentes naturales: aire puro, luz solar, abstinencia, descanso, ejercicio, alimentación adecuada, agua pura, y confianza en el poder divino. En este capítulo, cubriremos las contrapartes espirituales de la abstinencia, el descanso, confianza en el poder divino, y la luz solar.

LA ABSTINENCIA

Abstinencia es una palabra fuerte. Convendría mejor usar la palabra temperancia; y quizás otra, aún mejor, sería dominio propio. Tanto abstinencia, como temperancia y dominio propio, son términos significativos. El dominio propio es la evidencia de nobleza en la vida del cristiano. Es digna de las mejores calificaciones. Pero ¿Qué es el dominio propio? ¿Es lo que hacemos por nosotros mismos, o es el resultado de otra cosa? Creo que ésta es una pregunta práctica que debemos considerar.

Si leemos Gálatas 5, descubriremos que, por lo menos, tres de nuestros remedios naturales forman parte de la lista conocida como los frutos del Espíritu: “Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley”. (Gálatas 5:22-23). En esta lista notamos tres de ellas: templanza (o temperancia); paz (o descanso); y fe (o confianza). A éstas se les llama “fruto del Espíritu”. Una de las primeras cosas que descubrimos cuando consideramos la palabra “fruto”, es que éste es el resultado de algo más. Uno nunca espera el fruto en forma natural. Uno trabaja con el elemento que producirá el fruto, y éste viene como una lógica consecuencia de aquello. Por eso, dividimos en dos secciones nuestra lista de los ocho remedios naturales, aplicados al campo espiritual. Los primeros cuatro remedios, expuestos en el capítulo anterior, tienen que ver con la causa; y los últimos cuatro, a los cuales nos referiremos en este capítulo, aluden al resultado de pasar tiempo con Dios, y el compañerismo con Jesús.

De manera que el dominio propio es un fruto, o don del Espíritu Santo. No es tanto lo que se logra, sino lo que se recibe. Me pregunto cuántas veces nos habremos esforzado por obtener más dominio propio, sin ningún resultado. Pienso en cuántos de nosotros entendemos la diferencia, entre aquello sobre lo cual tenemos control, y aquello sobre lo cual no ejercemos ningún control. ¿Será necesario recordarles, que todos en este mundo estamos bajo el control de Dios, o bajo el control de Satanás? No tenemos alternativa. No existe una tercera opción. El único control que podemos ejercer es sobre nuestra decisión de cuál de estos dos poderes queremos que nos controle. Es posible que a muchas personas les cueste aceptar esto, pero es la realidad. Romanos 8 nos presenta claramente como siervos de Dios, o como servidores del enemigo, y que somos solamente uno de los dos. De manera que,

¿cuánto control deliberado ejercemos sobre nuestra vida?

Lo único con que contamos es la elección de decidir entrar en compañerismo con el Señor Jesús, y decidir si mantenemos esa relación, o la disolvemos. Si desafortunadamente elegimos no ponernos bajo el control de Dios, automáticamente nos pondremos bajo el control del enemigo de las almas.

El resultado de elegir ser controlados por Dios es algo que siempre será nuestro y nunca se nos quitará, lo que podríamos llamar “el dominio de Dios” más bien que “el dominio propio”. Es cierto que Dios siempre toma en cuenta nuestras habilidades. Él obra por medio de nosotros, y nunca de otra manera. Pero el control (o dominio) de Dios, permite que personas como el apóstol Pablo puedan decir: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí”. (Gálatas 2:20) y “Dios es el que obra en ustedes, tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad”. (Filipenses 2:13). Por lo tanto, hay dos clases de control. Uno es el que nosotros podemos escoger. Para obtenerlo, tenemos que hacer uso de nuestro mejor esfuerzo, determinación, firmeza moral y dominio propio. Dicha elección tiene que ver con cuál de los dos poderes queremos que nos controle. El otro es un fruto del Espíritu Santo, que se produce como resultado de nuestra elección. Si elegimos que nuestra vida sea controlada por Dios, recibiremos algo mucho mejor que simplemente dominio propio. Dios mismo controlará nuestros apetitos, pasiones, pensamientos, palabras, actos, motivos, propósitos, y afectos.

El ejemplo más común de dominio propio, al cual siempre se refiere la gente, es el relativo al apetito. Convendría observar cómo actúa realmente el control de nuestro apetito. ¿Cuántos hemos tratado alguna vez de controlar el apetito? Pregunta improcedente, ¿no es cierto? Creo que hasta las personas más delgadas están dispuestas a admitir que el apetito es un verdadero problema. Varios me lo han dicho.

La persona nunca será verdaderamente temperante, hasta que la gracia de Cristo sea un principio dominante en su corazón. Todos los votos del mundo no harán a nadie un reformador de la salud. Ni la más sencilla restricción en su dieta, lo curará de la enfermedad del apetito irrefrenable.

Usted no practicará la temperancia en todas las cosas, hasta que su corazón sea transformado por la gracia de Dios. Las circunstancias no producen reformas. Pero el cristianismo propone una reforma del corazón. La obra que Cristo realiza en el interior se revelará en las decisiones de una mente convertida. El plan de empezar desde afuera y tratar de obrar hacia adentro, siempre ha fallado y siempre será un fracaso. El plan que Dios tiene para usted es empezar en la raíz misma de todas sus dificultades: el corazón. Entonces, desde allí brotarán los principios de la justificación. La reforma será tanto externa como interna.

Por eso, entre todas las cosas, la salud, la alimentación, y el apetito son categorías desafiantes, para cuyo exitoso tratamiento nuestra única esperanza radica en el fruto del Espíritu. Si el dominio propio, que usted ha estado ejerciendo hasta aquí, es el fruto de su esfuerzo, entonces usted se lleva la gloria. La persona de carácter fuerte que vive una vida apartada de Jesús, y cuya

religión consiste en tratar de hacer lo correcto, y que piensa que tiene éxito, descubrirá, tarde o temprano, que este tipo de control o dominio propio a la larga no funciona. No le dará la victoria definitiva. Pero si acepta el dominio propio como fruto del Espíritu, y no como fruto de su esfuerzo personal, entonces descubrirá la clase de control que proviene de Dios. Este tiene que ver, no solamente con los actos externos, sino sobre todo con el corazón, los motivos íntimos, así como con los propósitos, sentimientos e inclinaciones. Entonces sí, es algo que vale la pena.

Quisiera invitarlo a destacar esto, ya sea que se refiera a la escalera de Pedro en su segunda carta, el capítulo 1, o a la temperancia, que es parte del desarrollo de la vida cristiana. No importa el nombre que le dé, es un fruto del Espíritu, no el fruto de la persona. Permitamos también su desarrollo. Los que aceptan por primera vez el cristianismo, los que descubren que carecen de dominio propio, deben recordar que los bebitos recién nacidos tampoco tienen mucho dominio propio. Por eso usan pañales y cosas por el estilo, y por eso a los tales se les perdonan sus molestias. El control o dominio propio forma parte del crecimiento en la vida cristiana. Me alegra que Dios lo vea así, ¿y usted?

LA PAZ

Ahora quiero referirme a otro fruto del Espíritu, presente en la lista de Gálatas 5, llamado PAZ. En todos los demás lugares de la lista de remedios preventivos se le llama “descanso”. En Mateo 11:28, Jesús dijo: “Venid a mí todos los que están fatigados y cargados, y yo los haré descansar”. Es un don. Y el ejercitarlo requiere descanso.

Tengo un amigo que hacía lo correcto cuando se trataba de la dieta prescrita y el ejercicio indicado. Él pensaba que estaba en buena forma, hasta que después de un examen médico, descubrió que necesitaba someterse a una operación de corazón abierto para que se le colocaran tres o cuatro puentes en las arterias. ¡Tenía problemas! ¿Por qué? Porque vivía una vida de constantes tensiones, y éstas dañan el sistema cardiovascular. Aparentemente, todo el mundo está lleno de tensiones. Piense en esto, en términos de la vida física. A los californianos se los conoce como gente que siempre manejan por la vía más rápida. Viven bajo el mismo ritmo y propósito de los primeros pobladores de la región: la búsqueda de oro.

Yo he tenido el privilegio de mudarme un par de veces de California a Óregon y a Colorado, respectivamente. En Óregon, los que pierden un día de trabajo no se preocupan. Por eso tienen fruta envasada en el sótano. Pueden sentarse en la escalera trasera, y observar la puesta del sol. Tienen tiempo para hacerlo. Y lo disfrutan.

Recuerdo el primer día que pasé en un pueblo del Estado de Colorado. Yo esperaba dentro de mi carro detrás de otro, cuyo chofer aguardaba a que la luz verde cambiara a roja. Casi me dio un ataque de corazón. De pronto, reflexioné. Era maravilloso que alguien pudiera hacer eso. El ritmo de vida del pueblo era tranquilo. La gente podía darse el lujo de andar por las calles, y saludar a otras personas. Así que un día traté también de esperar que la luz verde cambiara a roja, pero ello me ocasionó más tensión, porque detrás de mí, venía alguien que creo que era californiano.

Debemos disfrutar del privilegio de poder ir despacio de vez en cuando en la vida, y salirnos de la loca carrera que daña a todos. Lo necesitamos. Pero lo necesitamos aún más cuando se trata de la vida espiritual.

¿En qué consiste la tensión espiritual? La tensión espiritual más pesada, que envuelve a los cristianos en todo lugar, incluyendo su propio entorno, es: “¿Lo lograré?” “¿Cómo saber si estoy bien con Dios?” Pero se nos dice que esta clase de tensión no es saludable, ni necesaria. ¿Lo sabía usted? No deberíamos centrarnos en nosotros mismos, ni espaciarnos en la ansiedad y el temor de si

seremos salvos o no. Como adventistas, mucho hemos pensado en si podemos estar seguros o no, de nuestra salvación.

Todo esto nos aparta de la Fuente de nuestra fortaleza. Encomendemos a Dios nuestro camino, y confiemos en Él. Hablemos de Jesús y pensemos en Él. Que nuestro yo se pierda en Él. Descansemos en Dios. Él es capaz de proteger lo que le hemos confiado. Si nos ponemos en sus manos, nos hará más que vencedores mediante Aquel que nos amó.

De manera que si prestamos sabia atención a los primeros cuatro remedios: el compañerismo con Jesús, el tiempo pasado estudiando su Palabra y sobre nuestras rodillas, más tiempo especial cada día en el servicio y el trabajo misionero; el Espíritu Santo nos dará la certidumbre de que todo está bien, que Jesús ha hecho un sacrificio más que suficiente y eficaz; que la cruz es la real garantía del amor de Dios por cada uno de nosotros, y que Él está más que interesado en llevarnos al Cielo, antes de mantenernos en esta tierra. ¿Ha encontrado descanso en esta verdad?

¿Ha aceptado ese descanso? ¿No es lo que Jesús nos invita a hacer? No se afane ni se abrume más con esto. El descanso es un don. Es suyo, y siempre lo será, mientras se mantenga en los brazos de su amante Padre celestial cada día.

El otro aspecto del descanso deriva del conocimiento de que Dios es capaz de terminar lo que ha comenzado. Podemos disfrutar de paz y seguridad, al saber que Dios sigue en el timón, que Él sigue siendo el que se sienta sobre el globo de la tierra, mientras sus criaturas son como langostas cuando se proponen impedir sus planes. ¡Qué alentador es saber que los planes de Dios no conocen premura ni demora!

Ello también incluye sus planes para la Iglesia. Quisiera recordarle, que algunos tenemos la profunda convicción de que Dios sigue dirigiendo su obra. Admito que fui un tanto irónico, como muchos, en cuanto al gran elefante blanco llamado organización. Pero he estado observando, y cada día estoy más convencido de que Dios está a cargo de su pueblo, y podemos confiar en Él. Veamos algo que nos llega desde los días de nuestros pioneros:

“No se preocupe. La obra se encuentra bajo la supervisión del Maestro bendito... Todos los aspectos de su obra, nuestras iglesias, misiones, escuelas sabáticas e instituciones, están sobre su corazón. ¿Por qué preocuparse? El intenso deseo de ver a la iglesia rebosante de vida debe estar templado por la confianza total en Dios; porque “sin mí, dijo el gran Portador de cargas, nada podéis hacer”. “Sígueme a mí”. Él es el guía; a nosotros nos toca seguirlo. Que nadie abuse de las facultades que Dios le ha dado, en un esfuerzo por hacer adelantar más rápidamente la obra del Señor. El poder del hombre no puede hacer que la obra progrese; el poder de las inteligencias celestiales debe unirse con el esfuerzo humano. Sólo así se puede perfeccionar la obra de Dios. El hombre no puede realizar la parte de la obra que a Dios le corresponde. Un Pablo puede plantar la semilla, y un Apolos regarla, pero Dios es quien le da el crecimiento. El hombre debe colaborar con los agentes divinos con toda sencillez y mansedumbre, haciendo siempre lo mejor que puede, pero manteniendo siempre presente, el hecho de que Dios es el obrero Maestro. No debe llenarse de confianza propia, porque al hacerlo agotará las reservas de su fuerza, y destruirá sus facultades mentales y físicas. Aunque se eliminara a todos los obreros que actualmente llevan las responsabilidades más pesadas, la obra de Dios continuaría progresando”. (7TPI 282-283).

¡Esto es interesante! Usted puede confiar en Dios. Puede tener paz. La paz es un don del Espíritu Santo, si usted se mantiene cerca de Dios. Acepte hoy su paz y descanso, en relación con su poder y capacidad para terminar lo que Él ha comenzado.

LA CONFIANZA EN DIOS

El siguiente remedio es la confianza en el poder divino. Confianza es sinónimo de fe. De

hecho, es la mejor definición de fe. ¿De dónde viene la confianza? Es un fruto del Espíritu. Todos reciben una dosis suficiente de confianza para comenzar la vida cristiana. Y Efesios 2:8 nos recuerda que es un don: “Porque por gracia ustedes han sido salvados por la fe. Y esto no proviene de ustedes, sino que es el don de Dios”. Si su fe es un fruto fabricado por usted mismo, entonces todo lo que tiene y es, se traduce en simple pensamiento positivo. Si su fe es el fruto del Espíritu, entonces lo que debe tener es una relación con Dios, a través de la cual viene la confianza. Y siempre se tratará de la confianza en Jesús, no en lo que nosotros mismos podemos hacer. El verdadero cristiano, el que vive cerca de Dios, desconfía de sí mismo, aunque reconoce su valía personal, y sabe que es de valor eterno ante la vista del Cielo, pero confía solamente en Jesús. El que confía en su propio corazón, es necio (véase Proverbios 28:26). Pero el que confía en Jesús será fuerte, y realizará obras poderosas.

LA LUZ DEL SOL

Finalmente, si utilizamos los sencillos remedios, el estudio de la Palabra, la oración, el servicio cristiano para alcanzar a otros, y la recepción de los frutos del Espíritu, Jesús, el Hijo Justo, será siempre el centro de nuestros más caros intereses. Malaquías 4:2, hablando de Jesús y la luz del sol, dice: “Pero para ustedes que respetan mi Nombre, nacerá el Sol de Justicia, y en sus alas traerá sanidad”. Todos sabemos el invalorable beneficio del sol. Los que vivimos en zonas frías, tratamos de ir a la playa o a las montañas por lo menos una vez al año, para tomar un poquito de sol. Por lo menos, así debería ser. Los médicos así lo recomiendan. Y conocemos los elementos curativos de los rayos del sol. El astro rey echa fuera las tinieblas, derrite el rocío y la bruma, disipa la niebla con su fulgor. Cuando meditamos en Jesús, pensamos en la brillante luz del sol.

“El Sol de Justicia”. ¿Por qué? Porque su justicia es gloriosa, como el esplendor del sol. Y rodea la tierra con una atmósfera de gracia que cada persona puede recibir si lo desea. Agradezco por “la Luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo”. (Juan 1:9). Agradezco que Jesús haya dicho: “Yo soy la Luz del mundo”. Me siento muy agradecido también, porque a través de todos estos remedios, podemos ver a Jesús.

¿Qué otro nombre, sino el nombre de Jesús puede ayudar a los seres humanos a vivir en paz? ¡Cómo quisiéramos que el mundo descubriera esto! ¿Qué otro nombre, sino el nombre de Jesús puede ayudar al hombre a morir en paz? Millones de personas han pasado al valle de sombra y muerte, con el nombre de Jesús en sus labios mustios, y para ellos, el valle ha sido transformado por su luz y su gloria; y las sombras han desaparecido, en la medida que el “Sol de Justicia” alumbró sus últimos momentos con colores esplendentes. Jesús es la figura suprema de todas las edades, y cada día se manifiesta en forma más poderosa. Reinos, potencias y monarquías están desapareciendo rápidamente. Grandes nombres desaparecen y pronto caen en el olvido, uno tras otro. Pero el nombre sempiterno de Jesús, siempre se ilumina de poder y gloria. Jesús, ¡Cuán maravilloso y precioso es su nombre! Él es el Príncipe de paz, el poderoso Dios y el Rey que viene.

“¡Que todos aclamen el poderoso Nombre de Jesús. Que los ángeles se postren a sus pies. Traed la diadema real y coronadle Señor de señores!”

CAPÍTULO 9: PESQUEMOS A LA DERECHA DEL BOTE

Si usted no comparte su fe, tarde o temprano la perderá. Este es uno de los principios más importantes de la vida cristiana. Para mantener la fe, es imprescindible compartirla.

Pero ¿Cómo realizar esta labor? Quisiera llamar su atención, al capítulo 5 del Evangelio de San Lucas, donde se registra el relato de tres, o posiblemente cuatro de los doce discípulos:

Un día Jesús estaba junto al lago Genesaret, y la gente se agolpó alrededor de Él, para oír la Palabra de Dios. Vio dos barcas cerca de la orilla del lago. Los pescadores habían descendido y lavaban sus redes. Subió a una de esas barcas, que era de Simón, y le rogó que la alejara un poco de la tierra. Y sentándose, enseñaba a la gente desde la barca. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: “Boga mar adentro, y echen sus redes para pescar”. Respondió Simón: “Maestro, hemos trabajado toda la noche, y nada hemos pescado. Pero por tu palabra echaré la red”. Y al hacerlo así, apresaron tal cantidad de peces, que la red se rompía. Entonces, hicieron señas a los compañeros que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron las dos barcas, de tal manera que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro cayó de rodillas ante Jesús, y le dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador”. Porque el asombro se había apoderado de él, y de sus compañeros, por los peces que habían capturado. Lo mismo les pasó a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: “¡No temas! Desde ahora pescarás hombres”. Y cuando llevaron a las barcas a tierra, dejaron todo y lo siguieron. (Lucas 5:1-11).

Este suceso tuvo lugar aproximadamente un año y medio después que Jesús comenzó su ministerio. Los discípulos habían estado siguiéndolo, pero sólo esporádicamente. Por lo visto, reanudaban la pesca de vez en cuando para proveer ropa y comida a sus familias. Pero después del incidente en esta ocasión, siguieron a Jesús dejándolo todo atrás, y confiando en que proveería para sus necesidades.

Esta historia tiene su contraparte interesante en otro incidente, que sucedió dos años después. Podemos leerlo en el capítulo 21 del Evangelio de Juan. Ya la crucifixión era un hecho pasado, y Jesús estaba por ascender al Cielo. Había acordado encontrarse con los discípulos en Galilea, y ellos estaban esperando su llegada. El versículo 3 dice:

Simón les dijo: “Voy a pescar”. Ellos le dijeron: “Nosotros también iremos contigo”. Fueron, y subieron a la barca. Y aquella noche no pescaron nada. Cuando amanecía, Jesús se presentó en la playa, pero los discípulos no lo reconocieron. Él les preguntó: “Amigos, ¿tienen algo de comer?” Respondieron: “No”. Él les dijo: “Echen la red a la derecha de la barca, y hallaréis”. La echaron, y no la podían sacar, por la multitud de peces. (Juan 21:3-6)

Por lo menos, tenemos dos grandes milagros en el mundo de la pesca, que llamarían la atención de cualquier pescador avezado.

A los pescadores se los describe de diferentes maneras. Una de las más comunes es la ilustración del pescador recostado en un árbol, profundamente dormido, con el sombrero sobre su rostro; a su lado, el caballo paca, y el pescador espera que el pez sea atraído y atrapado.

Es posible, que la Iglesia cristiana haya sido culpable de poner en práctica este método para pescar hombres.

Cierta vez, leí el informe de una gran campaña evangelizadora que tuvo lugar en el Estado de Ohio (Estados Unidos). Las iglesias evangélicas se unieron al esfuerzo, y calcularon que el pueblo tendría uno 135 mil habitantes. Determinaron que habría más o menos unos 50 mil adultos

necesitados de salvación, pero que estaban sin Cristo.

La campaña duró seis semanas, y fue dirigida por uno de los evangelistas más capaces y solicitados de toda la región. Más de cincuenta iglesias cooperaron mancomunadamente, y el resultado final fue la evangelización de 1200 almas. Esto fue motivo de gran regocijo. Pero ¿qué hicieron las iglesias por las otras 49 mil personas que estaban todavía separadas de Cristo? Nada. No emplearon ni sus esfuerzos, ni sus recursos, para dar a los perdidos de esa ciudad la oportunidad de sus vidas, para aceptar el evangelio salvador. ¿Qué más podrían hacer? Habían hecho todo lo posible por que sus gavillas salieran de los campos para ser cosechadas; por que los peces vinieran a la orilla para ser atrapados; por que los muertos vinieran en pos de la vida. Pero 49 mil de ellos insistieron en quedarse donde estaban, y la iglesia se vio impotente ante este desafío.

¿Armoniza esto con el relato de cómo Jesús instruyó a sus discípulos? Él les dijo: “Echen”. Nada de dormir a la orilla, esperando que algunos peces saltaran del agua para ser atrapados. Jesús dijo a uno de sus discípulos: “Boga mar adentro”. La comisión evangélica dice: “Vayan a todo el mundo”.

¿Qué significa “bogar mar adentro”? Veamos lo que dice Efesios 3:17-19:

“Que habite Cristo por fe en su corazón, para que, arraigados y fundados en amor, puedan comprender bien con todos los santos, la anchura y la longitud, la profundidad y la altura del amor de Cristo, y conocer ese amor que supera a todo entendimiento, para que sean llenos de toda la plenitud de Dios”.

¿Acaso “bogar mar adentro” es estrechar más profundamente nuestra relación con el Señor Jesús? No demos por sentado que todos los miembros de la iglesia ya conocen a Cristo. Hagamos de nuestra relación vital con él, la prioridad número uno, de la cual debe surgir toda nuestra testificación. Sólo entonces estaremos listos para bogar mar adentro, y echar la red por el lado correcto.

Quizás la razón por la cual no podamos bogar mar adentro, en términos de servicio y proyección misionera, sea porque nuestra experiencia con Cristo es demasiado superficial. Estamos a la orilla. Es probable que sólo conozcamos la verdad que está sobre nosotros, no la verdad que está en nosotros. Podemos llenar los bolsillos con volantes acerca del evangelio; podemos estar armados hasta los dientes con recursos y puntos de doctrina; podemos estar cargados de bombas evangélicas, pero si no poseemos la verdad, estaremos todavía a la orilla, e ignoraremos lo que realmente significa bogar mar adentro.

Jesús dijo a los discípulos que echaran sus redes. “Echen las redes”, sus redes, es algo muy personal. Sugiero una de las premisas del testimonio evangélico. El que tiene algo que decir, el que ha visto y oído, experimentado y palpado, es el que sabe lo que significa exaltar a Jesús, porque él es el número uno en su vida. Se trata de su propia red, no la de otro. Habla de la suya. ¿Qué ha estado haciendo usted por su red? Si tenemos nuestra propia red, si sabemos lo que significa exaltar a Jesús, ya sea verbalmente o de otra forma, de manera que el pez sea atraído, entonces estamos listos para ir y hacer, decir y ser.

Por lo menos en estas dos ocasiones, los discípulos experimentaron lo que significa afanarse y no pescar nada. En cierta ocasión, hablé con alguien que había estado pescando en Alaska, y me contó lo que significa estar sentado durante cuarenta y ocho horas, y no pescar absolutamente nada. Eso me dio cierta alegría, porque siempre me he sentido triste por los pobres peces. La única vez que atrapé un pez, lo solté instantes después, con un nudo en la garganta, para que pudiera volver a su lugar de origen. Pero los discípulos lucharon toda la noche, y no pescaron nada. Eso no suena como si no hubieran tenido otra cosa que hacer, como el pescador del cuento sentado a la orilla con el sombrero sobre el rostro, y el cordel atado al dedo pulgar de su pie. Quizás usted se

beneficiaría más, si descansara un poquito sentado a la orilla. ¿Para qué pasar toda la noche luchando, si de todos modos no va a pescar nada?

Pero creo que es mejor luchar toda la noche y no pescar nada, que sentarse a la orilla ociosamente; porque ello podría ayudarle a comprender su gran necesidad, lo cual sería un buen final. El estudiante que fracasa en un examen, y como resultado se pone a estudiar como nunca, y aprueba la asignatura con la calificación más alta la siguiente vez, ha descubierto que ese primer fracaso le ayudó, después de todo, a sobreponerse. El atleta que pierde en un evento deportivo, y qué como resultado, decide entrenar como nunca, descubre que en realidad no fracasó. El que fracasa en la prueba de ejercitación de un hospital, y empieza a caminar y a hacer ejercicio constantemente, descubre como resultado, que un fracaso puede convertirse en ganancia. ¿No es cierto?

Los discípulos que lucharon toda la noche y no pescaron nada, decidieron olvidar su insensata independencia y suficiencia propia. Estaban en buena posición, para admitir que no podían hacerlo solos, lo cual es uno de los secretos importantes para realizar la obra de Dios con éxito. En consecuencia, estuvieron listos para obedecer las palabras de Jesús, “Echen la red a la derecha de la barca”: el lugar correcto.

En esta historia, usted notará que Jesús se encontraba en la orilla, y que el lado derecho del bote apuntaba precisamente hacia él. No era nada inteligente buscar peces en ese lado, y además el sol ya se había puesto; así que de todos modos, era realmente demasiado tarde para seguir pescando. De manera que aquí tenemos a Jesús invitándonos a hacer algo que a simple vista parecería absurdo. Ocurre muchas veces, que los verdaderos discípulos de Cristo son inducidos a hacer algo, que viéndolo superficialmente, pareciera necio. No parecía juicioso invadir el campamento de los madianitas con cántaros, teas encendidas, trompetas y solo 300 hombres.

¿Recuerda lo tonto que parecía, que Jonatán y su escudero atacaran solos al enemigo? Pero cuando Jesús da una orden, nunca es una tontería. “Pero por tu palabra, echaré la red”.

Muchas veces, el lado correcto de la barca es el lado equivocado, y viceversa. Pero sería mejor asegurarnos de echar la red del evangelio, hacia el lado correcto de la barca.

Actualmente, la iglesia cristiana ha llegado a un verdadero atascadero. El hecho de que todavía estemos aquí supone un atolladero. A pesar de nuestras buenas nuevas, de nuestro evidente crecimiento, la gente sigue naciendo con mayor rapidez de la que se difunde el evangelio. Es posible que cuando comparemos la obra realizada, con la que aún no ha sido hecha, comprendamos que la iglesia ha estado procurando pescar toda la noche, sin ningún resultado. Quizás, éste no sea el peor lugar para hacerlo, si eso nos conduce a los pies de Jesús, donde podemos aprender a echar la red al sonido de sus palabras, y a ser sensibles a sus órdenes.

Es posible realizar la obra de Dios, como lo haríamos si trabajáramos para una gran empresa de este mundo.

Aparentamos realizar la obra de Dios sin su poder; pero así no llegaremos a ninguna parte. ¿Cómo saber cuál es el lado correcto de la barca? Quisiera sugerir algunos puntos, que podrían ayudarnos a comprender esto. En primer lugar, echemos la red bajo la dirección del bendito Maestro, y no simplemente por nuestra propia iniciativa. El lado correcto de la barca es donde está Jesús, y eso implica que Él debe ser el número uno en nuestra vida. Solamente así, podremos ser verdaderos testigos.

Otro punto importante es su testimonio personal, no de algo que se le ha encomendado hacer. Imagine que su vecino es testigo de un accidente, ocurrido en el centro la ciudad. Lo llaman a comparecer en el juzgado como testigo, pero el día del juicio enferma. Así que lo envía a usted como su representante, con una lista de 28 puntos que detallan lo sucedido.

Usted llega al juzgado armado con esos 28 puntos. El juez le pregunta si usted es el testigo, y usted le dice que sí. Le entrega los 28 impresionantes puntos. Pero hay algo en lo cual usted no pensó. El juez empieza a hacerle algunas preguntas, pero en vista de que usted no estuvo en el lugar de los hechos, no sabe cómo contestar las preguntas relativas al accidente. Entonces, empieza a titubear aquí y allá.

Finalmente, el juez dice:

-Un momento, ¿es usted testigo del accidente: sí o no?

-Bueno, responde usted, tengo que confesarle que el testigo verdadero no pudo venir, pero él me dio estos 28 puntos en las manos.

A veces, se nos olvida lo que significa ser testigos. Para serlo, hay que haber estado en el lugar de los hechos. Hay que haber visto y experimentado el suceso.

Otro factor concerniente a la pesca del lado correcto de la barca es que todo mundo tiene participación. Esta pesca no es tarea de los profesionales solamente. Todos somos discípulos, y cada uno de nosotros tiene una función que cumplir en el cuerpo de Cristo. A veces, olvidamos esta realidad, y esperamos que el predicador lo haga todo, mientras nosotros contribuimos a que se le pague el sueldo. No, todos somos discípulos. El predicador tiene una obra importante que hacer, pero también la tienen los laicos. Y el predicador nunca puede hacer la obra del laico. Todos tenemos que trabajar juntos. Todos somos discípulos. Jesús también nos ha llamado a trabajar para Él.

Mientras la iglesia siga “promoviendo” la ganancia de almas, seguiremos anunciando el hecho de que estamos muertos. Pero cuando la testificación y el trabajo misionero se conviertan en algo espontáneo, porque tenemos nuestras propias redes, y las lanzamos mar adentro, y esta práctica llega a ser nuestro estilo de vida, entonces descubriremos con alegría que estamos del lado correcto de la barca.

¿Y qué podemos decir del éxito? El éxito siempre ha sido una cuestión que tiene que ver con Dios, no con nosotros. Compartimos con otros, no porque estemos seguros del éxito, sino por el gozo de compartir las buenas nuevas. Si una persona, que está en un hospital, está siendo curada silenciosa y tranquilamente por un médico maravilloso, no se contentará con ir por los pasillos ayudando a los enfermos a tranquilizarse, mientras están muriendo de la misma enfermedad que él tuvo. Él va a gritar por los pasillos del hospital, diciendo que tiene buenas noticias: Que su médico puede curarlos a ellos también, ¿no es cierto?

Finalmente, tras echar la red por el lado correcto de la barca, donde estaba Jesús, los discípulos descubrieron que habían capturado una enorme cantidad de peces. Las redes empezaron a romperse, y la barca a hundirse. Es probable que aquí veamos sugerido un hecho, que no nos es del todo desconocido; y es que cuando experimentamos cierto grado de lo que llamamos éxito, las redes se rompen con facilidad, y las barcas se hunden. Usted sabe, queremos que nuestra foto salga en el boletín de la iglesia y todo lo demás, para que el mundo sepa lo que hemos hecho.

Cuando esto sucedió, uno de los discípulos hizo lo correcto. Se llamaba Pedro. Cuando vio que la red se rompía, y la barca se hundía por el peso, cayó a los pies de Jesús, diciendo: “Apártate de mí, porque soy hombre pecador”. Pedro se sintió anonadado ante la presencia del Gigante. Aquí vemos a alguien que se siente como una ciénaga o pantano, al pie de una montaña cubierta de nieve. Vemos a alguien, que como Daniel, lo abandonaron las fuerzas. (Daniel 10:8), y como Isaías, quien cuando tuvo la visión del Señor, pudo decir: “¡Ay de mí, que soy muerto!”. (Isaías 6:5).

Nos damos cuenta de que no lo hicimos por nosotros mismos, sino que el Señor lo hizo por nosotros; y es más, que nosotros somos pecadores. Debemos sentirnos felices, porque Jesús sigue de pie en la presencia de pecadores, aun cuando ellos digan: “Apártate de mí”. Él se queda ahí. Me

siento feliz por el hecho de que cuando Pedro dijo: “Apártate de mí”, estaba en realidad a los pies de Jesús, confiándole su vida. Esta es una escena interesante, y quisiera ser parte de ella, porque solamente allí se salvan las redes, los peces y las barcas, y todo el mundo puede obtener la victoria.

Entonces, Jesús dijo: “No teman”. “Vengan en pos de mí, y los haré pescadores de hombres”. Él mismo ideó la analogía: “Los haré pescadores de hombres”. (Mateo 4:19).

¿Cuáles son sus planes, compañeros discípulos?

¿Han pensado bogar hacia lo profundo y echar la red?

¿Observarán a su vecino, y tratarán de ministrar sus necesidades? ¿Qué de los miembros de su familia, sus vecinos, los habitantes de su ciudad? ¿Y qué de los distantes? “Sígueme, dice Jesús, y yo los haré pescadores de hombres”.

Así se relata que los discípulos, “dejándolo todo, le siguieron”. Lo cual quiere decir, si leo bien, que ahora su principal prioridad era seguir a Jesús. Cuando se levantaban por la mañana, él ocupaba el primer lugar en su lista de prioridades. Andaban con él, hablaban con él, y compartían con él. Todo lo demás era secundario.

Vamos a terminar con la definición de lo que verdaderamente es la red. Se trata de la red del evangelio, y es lo que realmente atrae a todos a la barca. Y ésta representa a la iglesia. ¿Puede incluir en su red a Juan 3:16?

“Porque tanto amó Dios al mundo, que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él, no perezca, sino tenga vida eterna”. ¿Y también a Juan 6:37? “Y al que viene a mí, nunca lo echo fuera”. Jesús nunca echa fuera a los que acuden a él. Ellos siempre son aceptados. ¿Está eso en su red?

¿Qué podemos decir de Juan 11:26? “Todo el que vive y cree en mí, no morirá para siempre”. ¿Está eso en su red?

¿Puede usted compartir en forma significativa 2 Pedro 3:9? “El Señor...no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” ¿Está eso en su red?

¿Qué diremos de 1 Juan 5:12? “El que tiene al Hijo, tiene la vida”. ¿Cree usted esto? ¿Tiene usted una amistad estrecha con Cristo? ¿Está ansioso de que su amigo, o su vecino, o su pariente, tengan lo que usted tiene?

¿Tiene usted a 2 Corintios 10:4-5 en su red? “Porque las armas de nuestra milicia no son mundanas, sino poderosas en Dios, para destruir fortalezas..., y cautivar todo pensamiento en obediencia a Cristo”. ¿Está esto en su red? ¿Cree usted que Dios tiene poder para darnos la victoria, y ayudarnos a obedecer? ¿Cómo le parece Hebreos 13:20-21? “Y el Dios de paz, que por la sangre del pacto eterno, resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran Pastor de las ovejas, les haga aptos en toda buena obra, para que hagan su voluntad, haciendo él en ustedes lo que es agradable ante él, por medio de Jesucristo”. ¿Está esto en su red? ¿Tiene usted ambos aspectos de las buenas nuevas, que cantamos con el himno “Roca de la eternidad”?

Roca de la eternidad, fuiste abierta para mí; sé mi escondedero fiel; sólo encuentro paz en ti, rico, limpio manantial en el cual lavado fui.

Quiero invitarlo hoy, a unirse a los discípulos de Jesús junto al mar una vez más, porque él nos llama a todos a realizar su obra.

CAPÍTULO 10: SOLAMENTE JESÚS

Cuenta la leyenda, que un león y un tigre se encontraron cuando se dirigían a beber en un riachuelo. El tigre le dijo al león:

- ¿Por qué ruges como un tonto?

-No soy tonto, repuso el león, con brillo en sus ojos. Me llaman el rey de la selva, y lo soy, y eso es lo que anuncio.

Un conejo que había escuchado la conversación corrió un bólide hacia su madriguera, pensando que podría hacer el mismo truco del león; pero su rugido sólo expresó un chillido. Una zorra que pasaba por el lugar, se dio un gran banquete con el conejo. Moraleja: Nunca se anuncie, a menos que tenga las cualidades que pretende.

Hay cristianos, que por años, trataron de testificar, de atraer a alguien al evangelio, y decir algo concerniente a su fe. Pero a veces es posible caer en la trampa del conejo. No vale la pena anunciarse, a menos que esté realmente preparado.

Hace algunos años, el pastor H.M.S. Richards, padre (el fundador de la Voz de la Esperanza en inglés), visitaba la iglesia del Colegio del Pacífico en Angwin, California, y alguien lo invitó a la plataforma durante la escuela sabática, para hacerle una entrevista. Entre otras cosas, le preguntaron:

-Pastor Richards, ¿qué diría usted que es el mensaje adventista? Su respuesta fue inmediata:

-Solamente Jesús.

Bueno, suena bien, ¿no es cierto? Me gusta esa respuesta. Pero luego escuchamos al pastor Richards hablar de muchas otras cosas, además de Jesús. ¿Qué quiso decir con esa respuesta? Hay personas que toman esa respuesta, y la estiran más de lo debido. Hace algunas décadas, hicieron su aparición en nuestra sociedad los así llamados “hippies”, que decían ser seguidores de Jesús. Eran ampulosos en su comportamiento, y hablaban de asuntos religiosos todo el tiempo. No hablaban de otra cosa. ¿Y nosotros? ¿Aparte de Jesús, hablamos de algún otro tema? ¿Cuánto tiempo podríamos hablar sólo de Jesús?

El apóstol Pablo fue quien tuvo esta idea. Él se acercó a la gente de Corinto, con cierta determinación, a la cual yo supongo que muchas veces se han sumado algunos nuevos pastores.

“Hermanos, cuando fui a ustedes a proclamar el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría. Porque me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado. Y me presenté a ustedes con debilidad, y mucho temor y temblor. Y mi mensaje y mi predicación no fueron con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que la fe de ustedes no esté fundada en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios”. (1 Corintios 2:1-5).

¿Qué quiso decir Pablo, cuando dijo “me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado”? Aparentemente, él no cumplió con lo que se había propuesto. En estos versículos, está hablando a los corintios cristianos, y cuando revisamos sus dos cartas dirigidas a ellos, descubrimos que él les habló de muchas otras cosas. Les habló de la carne ofrecida a los ídolos, de la fornicación, de la dadivosidad y el dinero, les habló de asuntos muy diversos. Así que, aparentemente, se apartó de su intención original. ¿Es así? ¿Qué podría significar “sino a Jesucristo y a este crucificado”?

El apóstol Pablo parecía ser un fanático, y lo era en la práctica, si entendemos correctamente el término. Vemos: Si la mayoría de las personas escuchan decir a alguien “no voy a hablar nada excepto de Cristo, y de este crucificado”, piensan: “Este no es equilibrado. La suya, no es una combinación correcta. A éste sólo le interesa una cosa; es incapaz de hablar de otros asuntos. Parece un fanático”.

¿Conoce usted el significado de la palabra “fanático”?

¿Ha caído en la cuenta, de que a los que gustan del deporte, generalmente se les llama fanáticos? El fanático del fútbol es aquel que sólo piensa en él. Es fanático de dicho deporte.

He escuchado varias definiciones de la palabra fanático. He aquí una: “Fanático es aquel que pierde su propósito, pero duplica sus esfuerzos”. Esta descripción me recuerda a alguien muy conocido. Pero la definición que más me gusta es ésta: “Fanática es la persona, que independientemente del tema que inicie, siempre se sabe con qué terminará”.

Cuando analizamos los escritos de Pablo, encontramos que le sucedía precisamente eso. Cualquiera que fuera el tema que abordara, siempre se sabía cómo terminaría.

Los periodistas escriben un párrafo principal o guía, como parte del encabezado del tema principal de una noticia. Seguidamente, tratan de responder las preguntas, quién, cómo, qué, por qué, dónde, y cuándo. En el campo religioso, también tratamos de responder esas mismas preguntas.

Cuando en el contexto de la fe cristiana, consideramos la pregunta “qué”, tendemos a ser legalistas. La juventud de la iglesia ha sido víctima de ese “qué” de la vida cristiana, en grado sumo: Qué hacer, y qué no hacer. De manera que llegamos al hacer, y al no hacer. Y muchos jóvenes, cuya preocupación principal es qué hacer y qué no hacer en la vida cristiana, se desaniman. Tarde o temprano abandonan la fe que un día abrazaron. Me he relacionado con jóvenes, que me han dicho que la parte del “qué”, ha formado el 90 por ciento de su experiencia cristiana.

Otro segmento de la población en el mundo cristiano lucha con el “por qué”, al igual que el periodista. La persona se vuelve un tanto intelectual y sofisticada, en el proceso de entender y discutir. A veces eso es bueno, otras no, porque Dios hace y pide cosas de las cuales no tenemos que recibir explicación, como aquello de mirar a la serpiente en el desierto. Mirar una serpiente de bronce, parecería una necedad. Pero cuando uno se está muriendo, no tiene caso hacer preguntas.

Entonces, podemos unirnos a los que les gusta hacer la pregunta del “cuándo”. Por supuesto, aquí tenemos a los muy interesados en la escatología, o eventos de los últimos días. Los que se preocupan con el “cuándo”, tienen en su casa todos esos diagramas a colores de los últimos acontecimientos. Hasta en nuestra subcultura encontramos este tipo de gente. A mí me interesan los eventos de los últimos días, pero no al extremo de preocuparme por ellos.

¿Y a usted? Tenemos que ser muy cuidadosos para no convertirnos en víctimas de los sucesos de los últimos días, con el fin de asegurarnos la entrada en el último tren. Porque si toda nuestra preocupación es abordar el último tranvía, podríamos correr el riesgo de perderlo definitivamente.

Algunos podrían preguntar “cuál”. Estos son, por lo general, buenos estudiosos de las religiones del mundo. Su gran curiosidad es saber ¿cuál de ellas es la verdadera? Aquí encontramos a los que dedican tiempo para tomar clases, y participar en clubes de lectura, para tratar de analizar y comprender cuál es la mejor religión del mundo. Como usted sabe, algunos cristianos en Estados Unidos han llegado a estar muy metidos en este asunto, en años recientes. “¿Cuál de ellas?” No se necesita mucho tiempo para saber la respuesta, porque entre la mayoría de las religiones del mundo y la fe cristiana, hay una notable diferencia. La mayoría de las religiones del

mundo enseña, que de alguna manera, podemos salvarnos por nosotros mismos. Pero el principio de la fe cristiana es que necesitamos un Salvador. ¿No es así? Esta es la principal diferencia.

Y hasta podría haber quienes pregunten “cómo”. Esta pregunta ha intrigado a la gente últimamente. Ha habido un creciente interés en el “cómo”, no solamente en el “qué”. Así se alejan de lo que debemos hacer y lo que no debemos hacer, y el meollo de cómo vivir la vida cristiana. Al preocuparse por el “cómo”, la gente se interesa en la teoría de la justificación por la fe; porque, en cierto sentido, a esto se refiere la justificación por la fe. “¿Cómo?” Por eso hay tantos jóvenes interesados en la teología de la justificación por la fe, que les brinda algo más de qué hablar, además de lo que se debe o no se debe hacer. Eso les dice “cómo”. No tiene sentido intentar saber qué hacer y qué no hacer, si uno no sabe cómo hacerlo y cómo no hacerlo.

Pero el apóstol Pablo tuvo una mejor precepción cuando dijo: “Porque me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado”. (1 Corintios 2:2), porque aquí él está hablando del “quién”. Y el “quién” es lo más importante de todo. Por cierto, algunos hemos tenido que aprender, por amarga experiencia, que el “quién” es más importante que el “cómo”, por muy importante que éste sea.

Si a usted le interesa la teoría de la salvación solamente por fe, pero pierde su relación con la Persona, terminará sumergiéndose en una teología peor que barata. Por lo tanto, damos al apóstol Pablo un merecido crédito, cuando dice: “Me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo y a este crucificado”.

Hay una pregunta que me gustaría hacer, una y otra vez, mientras exista la oportunidad, y es ésta: “¿Conoce usted a Jesús? ¿Mantiene una buena relación con Él?”

¿Conversa con Él? ¿Conoce de veras a Jesús?”

No es agradable para mí, admitir la zancadilla que el enemigo me puso hace algunos años. En el oeste del país, estábamos tan involucrados en algunos asuntos teológicos que estaban molestando a la iglesia, que algunos pasábamos horas estudiando los temas, las teorías, las verdades, las herejías, y las teologías. Escuchábamos grabaciones, leíamos publicaciones, y nos sentíamos muy devotos al hacerlo. Mientras tanto, permanecieron empolvados en nuestros estantes, libros como “El Deseado de Todas las Gentes” y los cuatro evangelios. ¡Qué desvío más astuto! Y tal parece, que el enemigo de Dios está tratando de poner zancadillas a todo el mundo, en todas partes. Es algo muy sutil. Es un movimiento solapado. No hay nada más importante que el “quién”. ¿Puede verlo?

¿Conoce usted a Jesús como su Amigo personal?

Y de alguna manera, como quiera que empecemos, en todo lo que hablemos, en cada estudio bíblico que demos, y en cada sermón que prediquemos, Jesús debe ser nuestra suprema finalidad. ¿Sería justo esto? Necesitamos ver al Hombre de la Biblia, Jesús, el crucificado, en todos los sesenta y seis libros que forman las Sagradas Escrituras.

El apóstol Pablo tenía una clara comprensión del evangelio. En su Carta a los Romanos, nos presenta una clara vislumbre de lo que entendía que era el evangelio: “No me avergüenzo del evangelio”, de paso, la palabra evangelio significa buenas noticias. No me avergüenzo de las buenas noticias. ¿Qué dice a continuación? Las buenas noticias de “quién”. No del “qué”, o del “por qué”, o del “cómo”, o del “dónde”, o del “cuándo”, sino del “quién”. Las buenas nuevas de Cristo.

De manera que el evangelio son las buenas nuevas de Cristo, y ello tiene que ver con el “quién”. Algunos dicen, “el evangelio es...”, y salen por allí con algún término teológico. Quisiera prescindir de cualquier término teológico, por el bien de todos.

No hace mucho, celebré unas reuniones en el noroeste del país. En el vestíbulo de la iglesia, se me acercó un joven y me dijo:

-El evangelio es la cruz y lo que Jesús hizo en la cruz, y sólo la cruz. Eso es el evangelio.

-Creo que esa es una buena noticia, le dije.

- ¿Buena? Eso es todo el evangelio.

Él trataba de impresionarme, con algo que sentía como una carga. Así que le pregunté:

- ¿De veras? ¿Es una buena noticia para usted, que Jesús quiera hacer algo en su vida, y transformarlo mediante su gracia, y ayudarlo a obedecer, y ser victorioso?

¿Son éstas buenas noticias?

-Sí, estas son buenas noticias, pero ellas no son el evangelio. El evangelio es solamente la cruz.

- ¿Qué significa la palabra evangelio?, le pregunté. Él respondió:

-Bueno, el evangelio significa buenas noticias... Quisiera recordarle, mi amigo, que el evangelio comprende toda clase de buenas noticias. Es cierto que se basa en la cruz. No lo dudamos. “Primero les transmití lo que yo mismo recibí: (esto es, lo primero del evangelio). Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”. Esta es la base del plan de salvación. Pero a partir de este punto, son las buenas noticias de Cristo por doquiera.

Según los teólogos, las divisiones clásicas del evangelio de la salvación de Cristo incluyen, primero, lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz; segundo, lo que Cristo quiere hacer con nosotros día tras día; y tercero, lo que Cristo quiere hacer con nosotros cuando vuelva a esta tierra. El principio es lo que ocurre cuando nos allegamos por primera vez a Jesús. Aceptamos su salvación efectuada en la cruz, en nuestro favor. En segundo lugar, es lo que sucede cuando permanecemos, día tras día, con Jesús. Y en tercer lugar, es lo que sucederá cuando vayamos con Jesús, en ocasión de su retorno. ¿No son éstas buenas noticias? Todo cuando venga bajo estos encabezamientos, son buenas noticias, pero está supeditado al evangelio de Jesucristo.

El evangelio de Jesucristo no es muy popular en el mundo. De hecho, me atrevo a asegurar que siempre que Jesucristo sea exaltado, ya sea en el seno de la familia, en la escuela, en la iglesia, en el estudio de la Biblia, siempre que Jesucristo sea exaltado, la gente se dirige en una u otra dirección, porque hay tantísimas personas que no quieren saber nada de Jesús. Hasta es posible que haya quienes se precien de ser muy religiosos, y no quieran tener nada que ver con Jesús, porque la religión puede convertirse en una forma de escapar de él. ¿Es cierto esto? ¿Es posible esto? Por eso es por lo que alguien escribió un libro titulado “Cómo ser cristiano sin ser religioso”. El autor reacciona contra la idea de que es posible simplemente cumplir la forma de la religión, y estar verdaderamente enfermos de religiosidad. Es posible tener un sendero entre su casa y la puerta de su iglesia. Es posible tener el hábito y la costumbre de ser una persona religiosa.

Tenemos un gran ejemplo de lo que decimos en la iglesia de los días de Jesús. Los judíos estaban tan preocupados por ser religiosos, que no tuvieron tiempo para Jesús. ¿No es así? Estaban tan ocupados con su religiosidad, que lo rechazaron cuando él vino. Me fascina un corto comentario escrito hace mucho tiempo en “El Conflicto de los Siglos”: “Una religión de ceremonias exteriores es propia para atraer al corazón irregenerado”. (CS 623). Analicémoslo unos momentos. La religión de ceremonias externas, reglas, normas, qué hacer y qué no hacer,

formas, ceremonias, es atractiva para los irregenerados, o para los corazones inconversos. El populacho se sentirá atraído. “Millares de personas que no conocen por experiencia a Cristo, serán llevadas a aceptar las formas de una piedad sin poder. Semejante religión es, precisamente, lo que las multitudes desean”. (CS 623).

¿Saben lo que yo haría, si quisiera atraer a una multitud, si quisiera que las masas estuvieran pendientes de mis palabras? Enseñaría una religión de ceremonias externas, y la multitud me seguiría. Eso es lo que le gusta a la gente inconversa.

Dado que nacemos irremediabilmente religiosos, hay un vacío de Dios en cada corazón, que debe ser llenado con algo. Por lo tanto, si la gente no quiere a Jesús, tratará de ser religiosa. Dejará a Cristo fuera del cuadro. Pero siempre que Jesús sea exaltado, siempre que se hable de él, y la atención sea enfocada en él, la gente irá en una u otra dirección, y las multitudes se dispersarán.

En los días de Jesús, las multitudes se dispersaban porque su mensaje era demasiado agudo. Demandaba sacrificio. Finalmente, cuando sólo quedaron sus discípulos, él les preguntó: “¿Quieren irse ustedes también?”. Y ellos respondieron: “¿A quién iremos?”. (Véase Juan 6:66-68).

Doquiera iba el apóstol Pablo, determinado a no conocer a nadie excepto a Jesucristo y a este crucificado, bien había un reavivamiento, o un motín. Nunca hubo un resultado intermedio. Nadie seguía siendo igual. Un reavivamiento, o un motín. Así que no pensemos que si Jesús es exaltado, atraerá a las multitudes. Eso puede causar problemas, o atraer a los verdaderamente sinceros.

Hasta aquí hemos hablado de Jesús en términos de satisfacción, en términos del tema que nos ocupa. Ahora me gustaría tender un puente hacia el segundo aspecto, esto es, Jesús en la vida.

Mi exposición acerca de Jesús no tendría un propósito, si yo no lo conociera. No sería propio entrar en el gozo de Jesús, y tratar de predicar la teoría y la teología de Jesús, si no lo tengo en mi propia vida. ¿Para qué dar un estudio bíblico, o tratar de compartir o testificar ante alguien, si usted mismo no conoce a Jesús? Y la verdad es que no lo lograremos de ninguna manera. Si no conocemos a Jesús, será muy difícil hablar de él. ¿No es cierto? Una de las cosas más difíciles es hablar de alguien desconocido. Si usted no lo conoce, acabará por terminar hablando del “qué”, del “por qué”, del “cómo”, del “dónde”, y del “cuándo”. Usted podrá deslizarse por toda clase de avenidas religiosas, pero nunca hablará del “quién”, si no lo conoce. Durante mis primeros tres años en el ministerio, había acumulado un archivo de sermones e ideas, que había copiado de otros predicadores, ya fuera en la universidad o en otros lugares. Soy adventista de tercera generación, y predicador de segunda generación. En mi archivo, tenía sermones de mi padre, de mi tío, y de mi primo. También tenía anotaciones de los pastores Richards, Fagal, Haines, Vandeman, y otros tantos. Yo podía extraer cualquier sermón de ellos y predicarlo, y la gente podía mover la cabeza y pensar “me gusta este sermón. Me parece que lo he oído antes, pero me sigue gustando”. Valiéndome de préstamos, me fue bastante bien. Esto me recuerda de un predicador, del cual nos habló el profesor de homilética. Este predicador también tomaba prestados los sermones de otros, pero en su congregación había una mujer que leía mucho, y no ignoraba esas fuentes. Cuando él predicaba, ella decía en alta voz:

-Eso es de Vandeman, o de Richards, etc.

Un día, el predicador no aguantó más y gritó:

- ¡Cállese!

-Eso es suyo, repuso ella. ¡Era la primera vez que él predicaba algo original!

Para mí, era fácil tomar pensamientos de esta fuente, de esta otra, y de aquella. Póngase en

mis zapatos. Antes de mucho, se le acaban a uno las fuentes, usted sabe. Y también empieza a comprender, que ha estado hablando de todo, menos de Jesús, y entonces se encuentra con una buena señora que lo está esperando a la puerta de la iglesia, una mujer consagrada. Usted tiene que reconocer que se trata de una hermana devota. Ella es una persona bondadosa, agradable, y dulce cuando habla. Pero se encuentra con usted a la puerta, y le dice:

-Pastor, me gustó mucho el sermón. Le doy las gracias. Pero será maravilloso cuando usted llegue a conocer a Jesús.

Usted traga saliva porque ella le cae bien, aunque en ese momento, no le caiga muy bien. Ella sigue su camino, pero algunas semanas más tarde se le acerca, y le dice:

-Gracias pastor, por ese sermón. Creo que será maravilloso cuando usted llegue a conocer a Jesús.

De nuevo, usted se muerde la lengua y trata de sonreír, mientras ella sigue su camino. Ella siempre se muestra amable. Siempre es atenta y simpática. Pero sigue con lo mismo, y lo que más le molesta a usted, es que sabe que ella tiene la razón.

¿Se da cuenta del efecto recíproco, que se produce entre el pastor y su congregación? ¿Comprende la influencia que puede ejercer sobre su pastor, y la de él, sobre usted? Es una calle de dos vías. Más de una vez, he estado agradecido por lo que mi congregación ha hecho por mí.

Bien, esta dama siguió haciendo lo mismo, vez tras vez. “Será maravilloso cuando...”

Después de tres años, usted se arrodilla y dice: “Dios mío, ayúdame”. Usted clama por poder, y poco a poco, empieza a darse cuenta de que la fe cristiana consiste primero en conocer a Jesús. Eso es todo. No se trata de lo que uno haga o deje de hacer, con el fin de alcanzar el cielo. Se trata de conocer a Jesús. Y creo que eso es lo que necesito, por sobre todas las cosas. ¿Puedo atreverme a decirle, que eso es lo que usted necesita también, en primerísimo lugar?

No obstante, esta es una de las cosas más fáciles de pasar por alto en la vida cristiana. Quisiera demostrárselo. Hace algunos años, surgió en mí, la curiosidad de empezar a pensar, que la única base de la fe cristiana era conocer a Jesús, cada día. Siempre pensaba en cuántos de los miembros de iglesia dedicaban tiempo para tener un encuentro personal con Jesús. Así que me dispuse a hacer una investigación. Tuve la oportunidad de hacerla en varias congregaciones, y cientos de miembros de iglesia de mi propia cultura adventista y cristiana, respondieron a la encuesta. En la hoja de la encuesta, había preguntas que tenían que ver con la vida privada de la persona en cuanto a su relación con Dios. ¿Pasa usted un tiempo leyendo la Biblia todos los días? ¿Cuánto tiempo dedica a su devoción personal? Etc. Para mi desaliento y sorpresa, descubrí que solamente uno de cada cuatro miembros de iglesia, pasaba hasta cinco minutos diarios con su Biblia y en oración. ¡Sólo uno de cada cuatro! Después de eso, supuse que esa encuesta estaría equivocada, y que las preguntas no fueron bien hechas.

Pero me sorprendí al escuchar los resultados de otros compañeros del seminario, que habían hecho encuestas mucho más abarcales. Ellos llegaron a la conclusión de que había uno de cada cinco.

Mis amigos, quiero decirles que éste es el mayor problema que tenemos actualmente en la iglesia. Porque si no tenemos tiempo para Jesús, todos los días, no lo conoceremos, y no podremos hablar de él, ni tampoco lo haremos. Esto da pie a preguntas de menor importancia, como qué podemos y qué no podemos hacer, los porqués, los cómo, los cuándo, los dónde, y los qué. Y muchas veces damos demasiado énfasis a esto, mientras descuidamos lo principal.

Mi hermano enseñó, algunos años, en el Seminario Teológico de la Universidad Andrews.

Cada año, en cierta clase, ponía un examen a los pastores que regresaban para estudiar, y a los nuevos estudiantes de ministerio que se preparaban para el campo. Se trataba de una sola pregunta que decía más o menos así: “Pastor, dígame por favor, ¿cómo podría yo tener una vida devocional personal, significativa y diaria con Dios?”. Los alumnos escribían, escribían, y escribían. Daban innumerables respuestas en sus escritos: que necesitamos estudiar la Palabra; que necesitamos aprender a orar; que la oración en público no es suficiente, que debe ser un tiempo personal y privado con Dios. Así, daban toda una lista de cosas importantes que era necesario hacer, para tener una vida devocional con Dios. Cuando terminaban de escribir, él les decía:

-Ahora bien, no escriban sus nombres en las hojas. Devuélvanme los papeles, y díganme lo que estuvieron haciendo personalmente, por ustedes mismos.

De pronto, el aula quedaba en absoluto silencio. Mi hermano guardó estas respuestas durante años, y muchas de ellas decían: “Lo siento, he estado tan ocupado últimamente. No he tenido tiempo. He estado abrumado de trabajo”. ¡El resultado era que sólo uno de cada cuatro pasaba un tiempo especial con Dios, cada día!

Ese es el gran problema. ¿De acuerdo? Tal el pastor, tal la congregación; tal la congregación, tal el pastor.

Nuestra gran necesidad es conocer a Jesús como nuestro Amigo personal, por sobre todo los demás, es lo principal.

Si usted conoce personalmente a Jesús, tarde o temprano empezará a descubrir que ello ejerce un impacto tremendo sobre lo que usted dice o enseña, predica o comparte. Eso hará una diferencia en los estudios bíblicos que dé. También descubrirá, que sea cual fuere el tema que usted aborde, la gente siempre sabrá que usted terminará hablando de Jesús. Jesús siempre será el tema de su preocupación y atención. Y verdaderamente, éste es el secreto de la vida en la iglesia cristiana. ¿Podría usted imaginar a Adolfo Hitler, dando conferencias sobre el amor? ¿Podría usted imaginar a un muerto, dando conferencias públicas sobre la vida?

¿Puede imaginar a una persona llamada cristiana, que nunca habla de Cristo porque no lo conoce? Su tema siempre será el “qué”, el “cuándo”, el “dónde”, el “porqué” y el “cómo”. El apóstol Pablo, un cristiano verdadero, estaba en lo correcto cuando dijo: “Me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo y a este crucificado”. Si usted conoce a Jesús como a su Amigo personal, dirá lo mismo que Pablo.

Cuando cursaba mi primer año en la universidad, un estudiante de años avanzados me aconsejó lo siguiente, durante la orientación que se daba a los de mi grado:

-Inscríbete en esta clase.

-¿Por qué? ¿Es requisito?, interrogué.

-No, pero tómala de todos modos.

Los estudiantes de los últimos años ejercen una tremenda influencia en los de primer año, y muchos de ellos me dijeron que la tomara; al fin la tomé. La clase era “Vida y enseñanzas de Jesús”, que la dictaba un profesor designado específicamente para esa materia. El primer día de clases yo estaba allí con el resto de los estudiantes, con mi libreta de notas, mi bolígrafo, listo para tomar apuntes, listo para memorizar, listo para dibujar mapas, listo para conocer la secuencia de los sucesos y viajes de Jesús en Palestina. Entonces, el profesor empezó a hablar, y todo lo que habló fue acerca de Jesús, de su bondad, su amor, su compasión, su amistad. Era una persona que gozaba hablando de Jesús. Y cuando lo hacía, se percibía algo maravilloso que uno no podía perderse. Este hombre obviamente conocía a Aquel de quien hablaba.

Las libretas de notas nunca fueron usadas, los bolígrafos se nos cayeron de las manos., y allí nos quedamos sentados, escuchando al profesor hablar de su Amigo Jesús, cada día. Cada vez que terminaba el período de clases, nos encontrábamos caminando por el plantel, extrañamente silenciosos, pensando en Jesús. Desde entonces, nunca he visto, ni antes, ni después, nada que sobrepasara a esta experiencia. Hasta cuando aquel profesor no hablaba de Jesús, muchos pensábamos que lo estaba haciendo.

Cuando terminaron las clases, nos dedicamos a otras cosas y nos olvidamos del asunto. Pasaron los años. Llegó la graduación, y varios años en el ministerio. Un día, entre la multitud reunida en el vestíbulo de un edificio en San Francisco, en un congreso de la Asociación General, con miles de personas a mi alrededor, me encontré cara a cara con mi antiguo profesor. Nos detuvimos y hablamos brevemente. Sólo fueron unos minutos, pero allí estaba él hablando otra vez de Jesús. Me invadieron los recuerdos, y pronto me encontré en una oscura esquina, detrás de alguna escalera, llorando, porque una vez más, mi corazón sintió extrañamente enternecido, al recordar lo que había significado Jesús para mí, gracias a las palabras y a la vida de este profesor. Y me di cuenta. ¿Dónde había adquirido él esto? Lo obtuvo de la misma fuente que está al alcance suyo y mío, sobre las rodillas, con los evangelios, y con “El Deseado de Todas las Gentes”, día tras día.

Y allí es donde usted también puede obtenerlo.

CAPÍTULO 11: LA VIDA, SIN JESÚS, ES UN DESPERDICIO

Cuando Cristóbal Colón inició su expedición, no sabía a dónde iba. Y llegó al Nuevo Mundo. No sabía dónde estaba, y cuando regresó, no supo dónde había estado. Pienso que sería bueno meditar hoy en esto, en términos de nuestros propósitos y objetivos como cristianos.

¿Hacia dónde vamos? Mientras más lo pienso, más me focalizo en una sola idea. Me impresiona pensar, que los propósitos de nuestra vida se reduzcan a un solo asunto. Vayamos a la epístola a los Filipenses, para descubrir a qué quiero referirme.

Aquí habla el gran apóstol Pablo. Él se compara con otros que estuvieron haciendo lo mismo, lo cual no es inteligente, pero él recurría a esta táctica a veces, para comprobar cierto punto de vista. En este caso, dijo: “Aunque no tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más. Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos. En cuanto a la ley, fariseo.

En cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la Ley, irreprochable”. (Filipenses 3:4).

En verdad, el apóstol tenía un extraordinario expediente, ¿no lo cree usted? Pero entonces fue al meollo del asunto, algo que había empezado a comprender en el camino a Damasco.

“Pero lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por amor de Cristo. Y más aún, considero todas las cosas como pérdida, por el sublime valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él perdí todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no en mi propia justicia, que viene por la Ley, sino en la que es por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios por la fe. A fin de conocer a Cristo”. (versículos 7-10).

Quisiera decirles que éste es el blanco; debería serlo de cada iglesia cristiana. Mi blanco personal como pastor es conocer a Cristo por mí mismo, y ayudar a tantos como pueda, dentro y fuera de la iglesia, también para lograrlo. Conocer a Cristo íntimamente, relacionarnos estrechamente con Él, ¡éste es el meollo del asunto!

Ahora bien, quisiera señalar que hay muy buenas y sólidas razones, para creer que éste es el blanco ideal, y por qué todo lo demás termina aquí. En primer lugar, cuando Jesús vuelva, eso será lo único que habrá valido la pena. No habrá nombres famosos, ni logros, ni éxitos, nada. Ni un magnífico currículum de vida, moralidad, buenas obras, nada. No habrá nada que realmente valga entonces, excepto esto: ¿conozco a Jesús?

Otro motivo realmente importante por el cual conocerlo, es que en primer lugar, aquí radica el problema del pecado y de la salvación. El pecado manchó el universo, no por causa de una conducta inmoral, sino porque alguien creyó que era suficientemente capaz de cortar su relación con Dios. Este es el verdadero origen del pecado. Lucifer decidió seguir solo; quiso independizarse y separarse totalmente de su estrecha relación con Dios.

¡Qué actitud tan estúpida: separarse de su Hacedor, de Aquel que le mantenía latiendo el corazón; de Aquel que lo ha seguido manteniendo vivo desde entonces!

No olvidemos que la paga del pecado no es precisamente lo que llamamos muerte. Si eso fuera cierto, el demonio ya habría muerto hace muchísimo tiempo. El ya habría muerto de cáncer, de endurecimiento de las arterias, de problemas renales, y de tantos otros males. Sus dientes se le habrían caído ya. Pero Dios ha mantenido latiendo su corazón con algún propósito; y si él

permite que vayamos al descanso de la muerte; que es sólo un sueño, es porque probablemente 70 u 80 años es todo lo que podemos aguantar, en este planeta enfermo.

Por eso, cuando se trata de la salvación, el cristiano es aquel que conoce a Jesús. “Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado”. (Juan 17:3). No olvidemos por qué el mundo los llamó cristianos la primera vez. Porque es de lo único que podían hablar y pensar.

Hay otra razón fundamental por la cual conocer a Jesús, tiene que ver con este conocimiento que es el fundamento de la fe. La mejor definición de fe, en el Nuevo Testamento, es confianza. Para confiar en alguien, hay que conocerlo, de ahí que conocer a Jesús es la base de la fe en él.

Otra razón fundamental, verdaderamente básica, por la cual conocer a Dios, la constituye el fundamento de la seguridad de la vida cristiana. “Este es el testimonio: Que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida”. (1 Juan 5:11-12). Uno de los principales problemas de la iglesia cristiana es la falta de seguridad, y este hecho ha devastado a la Iglesia Adventista. Una de las razones principales por las cuales hay tantos adventistas que se sienten inseguros, es que nuestro principal énfasis ha sido siempre la moralidad y la conducta; y cualquiera que sea medianamente inteligente, sabe que nadie puede comportarse tan bien como para merecer la entrada en el reino de Dios. El único currículo de vida que cuenta es el de Jesús. Cuando nos miramos a nosotros mismos, nos damos cuenta de que no tenemos la más mínima posibilidad de ser salvos; pero cuando miramos a Jesús, nos llenamos de valor y confianza. De manera que, conocer a Jesús es la única base de nuestra seguridad.

Otro motivo fundamental por el cual conocer a Jesús, es que Él es la fuente de la justicia. La única persona que está a favor de la justicia es aquella que conoce a Dios, porque de él proviene toda justicia. Conocer a Jesús cada día significa aceptar su gracia, y una vez más, aceptar su gracia es el único fundamento de la salvación. Pero esto debe suceder más de una vez; tiene que haber más que una primera vez. Nada hay nada más importante que permanecer en Él. De manera que obtenemos justicia de dos modos: primero, su justicia para nosotros, lo que llamamos justificación; y segundo, su justicia en nosotros, que actúa en nuestras vidas, lo que llamamos santificación. Conocer a Jesús, constituye la fuente de ambas justicias.

Conocer a Jesús es básico, porque este ejemplo nos lo dio el propio Jesús. Él conocía a su Padre de una manera tan íntima, que Dios obraba en su vida. (véase Juan 14:10). Jesús promete hacer lo mismo por nosotros, de tal manera, que como dice Pablo, ya no seamos nosotros sino él quien viva en nosotros. ¿Es explicable esto? Ni siquiera el apóstol Pablo pudo hacerlo, aunque lo intentó. Pero si bien no podemos explicarlo, sigue siendo verdad. Cristo realizó su obra gracias a la ayuda del Padre. Sus palabras provenían de Él. Su hermosa vida fue el resultado de la intervención de su Padre. Nosotros tenemos esta misma oportunidad, mediante la obra del Espíritu Santo.

Y por último, conocer a Jesús, es la motivación para el servicio. Es la motivación para la mayordomía de nuestro tiempo, nuestros talentos y nuestro dinero. Recuerdo el comentario de uno de nuestros pioneros que realmente me impresionó: “Cuando la luz y el amor de Jesús iluminen los corazones de sus seguidores, nunca llegará la ocasión en que se necesite urgir o rogar por su dinero o su servicio”. De manera que si nos levantamos y usamos nuestro tiempo, para urgir y rogar a la gente a que dé su dinero a su servicio, estaremos, ni más ni menos, admitiendo el fracaso. “Cuando ellos sean uno con Jesús, rendirán las cosas que le pertenecen a él, con corazones alegres, agradecidos y llenos de fidelidad constante”. Me gusta esto. Y éste es mi blanco personal, en relación con los motivos que impulsen mi mayordomía y mi servicio.

Pero hay un problema que debemos considerar: el misterio de la conversión. Hay evidencias, de que solamente una minoría de miembros de la iglesia cristiana está convertida.

Quisiera que esto no fuera cierto, pero es un problema real y delicado. Esta es una de las razones por las cuales personalmente me sigo sintiendo conturbado y frustrado al estudiar, investigar, pensar y orar, concerniente a este tema. No hay manera de que una persona pueda realmente conocer a Dios y a Jesucristo, si no está convertida. No cuenta con los recursos para hacerlo. ¿Por qué hemos descuidado este tema, y seguido adelante con otros sustitutos, en lugar de conocer a Jesús? Vayamos a la base de lo que constituye el punto inicial en nuestra intención de conocer a Dios: la conversión.

Primero pensemos en todos los sustitutos, Pablo tenía sustitutos hasta que se encontró con Jesús en el camino a Damasco. Veamos una vez más, el texto citado al principio de este capítulo. El primer sustituto presente en la lista de Pablo, en este pasaje, es su herencia. Provenía de buena estirpe. Pero ¿cómo calificó aquello después de encontrar a Jesús en el camino a Damasco? Como basura. En realidad, la palabra original no era basura. Pablo usó otros términos. Y hay versiones de la Biblia que usan vocablos aún más atrevidos. Pero me voy a quedar con esta versión más discreta. Nunca pensé que Pablo fuera tan audaz, pero tenía un carácter bastante fuerte. Él dice que hasta el mejor abolengo, sin Jesús, es basura.

El segundo sustituto que localizamos en este pasaje tiene que ver con ritos y ceremonias, entre ellos, la circuncisión. No sé cuánto pensamos en esto hoy. Me gustaría un día de estos preparar un sermón al respecto, porque es un tema significativo. Se remonta a los tiempos de Abrahán, donde nos encontramos con un símbolo, y el hecho de procrear a un hijo con nuestros propios esfuerzos. El rito de la circuncisión, lejos de ser meramente una práctica de salud y purificación, era un símbolo de algo mucho mayor. En su estado natural, Abrahán fue capaz de procrear un hijo, pero este estuvo lejos de ser el hijo de la promesa. La salvación tenía que venir totalmente de Dios, no de su propia carne. Por eso, Dios eligió la circuncisión como símbolo de la justificación por la fe.

Pablo descendía de la estirpe correcta, su herencia era pura, y también las ceremonias. ¿Cuál sería la contraparte moderna? El bautismo. “Estoy bautizado”. Pero si no conozco a Jesús, es basura. “Tengo el certificado que acredita mi bautismo”. Basura. “Fui confirmado. He cumplido todos los requisitos”. ¡Basura!

Entonces, Pablo coloca algo más en la lista. “En cuanto a la Ley, fariseo”. En los días de Cristo, había dos grupos de personas: los fariseos y los saduceos. Ambos eran legalistas, porque vivían separados de Dios. Ni siquiera reconocieron a su Hijo. Al llegar aquí, necesitamos ser muy cuidadosos. Hay dos clases de legalistas: legalistas negros y legalistas rojos. El legalista negro era el fariseo que basaba su seguridad en las normas, reglas y reglamentos que la iglesia sostenía. El legalista rojo era el saduceo, representado por la mujer vestida de rojo, y llena de joyas descrita en Apocalipsis. Los legalistas rojos eran los saduceos de los días de Cristo, los que basaban su seguridad en las reglas normas y requisitos de la iglesia, las cuales abandonaron. ¿Y dice no ser legalista? Eso es precisamente, aunque de otro color; así de sencillo. Y sorprende saber cuántos “liberales” de la iglesia de hoy, podrían estar anunciando una nueva clase de legalismo.

¿Por qué? Porque tanto los fariseos como los saduceos

tenían su atención puesta en las normas y reglamentos. Un grupo los sostenía, el otro grupo los abandonaba. La persona que vive su vida separada de Jesús ya sea roja o negra, sigue siendo un legalista. ¿Me explico? Si más personas pensarán cuidadosamente, en lugar de reaccionar simplemente contra algunas reglas de las cuales están cansados, descubrirían cuán obvia es su conducta.

El apóstol Pablo no era un legalista rojo. No era saduceo. Él lo aclaró; si se trataba de fariseísmo y ley, él era uno de los más grandes. Él era un legalista rígido de la especie más pura. Pero todo eso era basura separado de Jesús.

Él añade algo más a la lista. Era celoso. Indudablemente es posible ser celoso apartado de

Cristo. Hoy hay personas tan celosas, que harían todo lo posible por destruir a la iglesia. Cuando se trata de celo, hasta persiguen a la iglesia. El celo falso no empieza ni termina con el apóstol Pablo. Los celosos han llevado a la muerte a millones de mártires. Y eso mismo puede suceder dentro de nuestra iglesia hoy.

Pablo menciona la justicia exterior, y dice que ésta y el celo también son basura. Si las buenas obras no son el resultado de conocer a Jesús, son basura tanto como cualquier otra cosa en lo que concierne a Dios.

Quisiera mencionar algunos sustitutos, si me lo permiten, porque creo que son inherentes en las Escrituras.

Confiar en Cristo para la salvación. Si “confiar” no es más que palabras y asentimiento mental, y no el resultado de una relación diaria con Jesús, es un sustituto en nuestro conocimiento de Dios.

- ¿Es usted cristiano?

-Sí.

- ¿En qué basa su salvación?

-Confío en Jesús para mi salvación.

- ¿Pasa usted todos los días un tiempo con Jesús?

-No. No tengo por qué hacerlo. Eso es legalismo.

¡No! Algo que suena tan bien: - “confío en Jesús para mi salvación”, no es más que basura si usted no conoce personalmente a Jesús. Son palabras, eso es todo. Palabras.

Alabar a Dios. Ahora entro en un terreno delicado. Pero es la verdad. Alabar a Dios, o participar en los cultos de adoración, dejándose llevar por la euforia, si no lo conozco regularmente, es basura.

La religión del intelecto, como cuando Pablo dialogó con los atenienses en la colina del Areópago, es basura.

Pablo fue a Corinto después de eso, y dijo: “Porque me propuse no saber nada entre ustedes, sino a Jesucristo, y a este crucificado”. (1 Corintios 2:2)

¿Qué queremos decir cuando hablamos de conocer a Dios? La Biblia dice claramente que es nuestro privilegio, y estamos invitados a hacerlo, dedicar tiempo, cada día, para estar a solas con Jesús, como hacemos para alimentarnos. De eso se trata. No estamos hablando en términos de simplemente levantarnos por la mañana y decir: “Yo creo en Jesús”. No, aquí estamos hablando de dedicar un tiempo de calidad, por lo menos la misma cantidad de tiempo que empleamos al tomar nuestros alimentos, a estar a solas con Jesús, en un encuentro personal y privado, día tras día. Hacerlo no significa que lo conocemos, pero sin duda no lo conoceremos si no hacemos esto.

Permítanme terminar con la apasionada apelación de Pablo, que es notablemente clara. “Pero lo que para mí era ganancia, lo he considerado pérdida por amor de Cristo. Y más aún, considero todas las cosas como pérdida por el sublime valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor”. (Filipenses 3:7-8). Y luego añade: “A fin de conocer a Cristo”. (versículo 10). No basta saber acerca de Cristo, hay que conocer a Cristo. Este es mi deseo. ¿Es también el

suyo? Yo necesito esto por sobre todas las cosas, y lo deseo fervientemente tanto para usted como para mí.

Pronto, uno de estos días, los cielos se abrirán y veremos a Jesús a la derecha de Dios. Vendrá rodeado de millones de ángeles, entre los cuales estará el que lo ha cuidado a usted desde que nació. Cuando vea el rostro de Jesús, será maravilloso poder decirle: “¡Yo te conozco...!” Pero mucho más sublime será escuchar decir, mirándolo fijamente a usted: “¡Yo también te conozco!”

Y ese día, eso será lo único que importe. Todo lo demás, carecerá de valor... pero hoy, también es lo único que importa. Amén.